



Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Universidad del Perú. Decana de América

Dirección General de Estudios de Posgrado

Facultad de Ciencias Sociales

Unidad de Posgrado

**El encierro como espacio social civilizatorio: el caso del
Colegio Militar Leoncio Prado (1944 – 2014)**

TESIS

Para optar el Grado Académico de Magíster en Historia

AUTOR

José Smith VÁSQUEZ MENDOZA

ASESOR

Carlota Alicia CASALINO SEN

Lima, Perú

2018



Reconocimiento - No Comercial - Compartir Igual - Sin restricciones adicionales

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Usted puede distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir del documento original de modo no comercial, siempre y cuando se dé crédito al autor del documento y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones. No se permite aplicar términos legales o medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier cosa que permita esta licencia.

Referencia bibliográfica

Vásquez, J. (2018). *El encierro como espacio social civilizatorio: el caso del Colegio Militar Leoncio Prado (1944 – 2014)*. [Tesis de maestría, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Ciencias Sociales / Unidad de Posgrado]. Repositorio institucional Cybertesis UNMSM.



UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS
 Universidad del Perú, DÉCANA DE AMÉRICA
 FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
UNIDAD DE POSGRADO

**ACTA PARA OPTAR EL GRADO ACADÉMICO DE
 MAGÍSTER EN HISTORIA**

En Lima, a los diecisiete días del mes de Setiembre del año dos mil dieciocho, reunidos en la Sala de Grados de la Unidad de Posgrado de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, a horas 17:30 p.m., bajo la Presidencia de la Dr. FRANCISCO FELIPE QUIROZ CHUECA y con la concurrencia de los demás Miembros del Jurado Examinador, se inició la ceremonia invitando al graduando **JOSÉ SMITH VÁSQUEZ MENDOZA**, para que hiciera la exposición de la Tesis para optar el Grado Académico de Magíster en Historia. Siendo el trabajo titulado:

**“EL ENCIERRO COMO ESPACIO SOCIAL CIVILIZATORIO: EL CASO DEL
 COLEGIO MILITAR LEONCIO PRADO (1944-2014)”**

A continuación fue sometida a las objeciones por parte del Jurado. Terminada esta prueba y verificada la votación; se consignó la calificación correspondiente a:

..... *B. Muy Bueno* 17

Por tanto el Jurado, de acuerdo al Reglamento de Grados y Títulos, acordó recomendar a la Facultad de Ciencias Sociales para que proponga que la Universidad Nacional Mayor de San Marcos otorgue el Grado Académico de Magíster en Historia, al Bachiller **JOSÉ SMITH VÁSQUEZ MENDOZA**. Siendo las 18:30 p.m. y para constancia dispuso se extendiera la presente Acta y firmaron:

Dr. Francisco Felipe Quiroz Chueca.
 PRESIDENTE

Mg. David Víctor Velásquez Silva.
 MIEMBRO

Dra. Mercedes Patricia Giesecke Sara-Lafosse de Vildoso
 MIEMBRO

Mg. Jesahel Yanette Vildoso Villegas.
 MIEMBRO

Dra. Carlota Alicia Casalino Sen.
 ASESORA



Dr. JULIO VÍCTOR MEJÍA NAVARRETE
 Director (e)

A todos nosotros los jóvenes de ayer y de hoy que vivimos parte de nuestras vidas en un colegio, y hemos sufrido las imposiciones sociales para seguir un solo modelo de ser civilizados.

AGRADECIMIENTOS

Una investigación es un proceso personal, pero que necesita de la opinión, sugerencias y motivaciones de otras personas. Por tal razón quiero utilizar este espacio para agradecer a todas y todos los que me acompañaron en la titánica labor de hacer una tesis. Primero al doctor Fernando Armas Asín, quien me asesoró y motivó durante la primera etapa de la investigación, sin él tal vez no hubiera podido seguir adelante. A la doctora Carlota Casalino, mi asesora, quien desde el seminario de tesis confió en mi proyecto de investigación, además, a pesar de tener múltiples actividades siempre dedicó un tiempo para leer mis avances y sugerirme textos. A mi amiga Candy Sueyoshi, quien revisó mis primeros borradores, me facilitó libros y me sugirió algunos contactos para poder entrevistar. A Maribel Arrelucea, amiga de tantas jornadas, quien me ayudo con algunas fuentes usadas en la tesis. A Víctor Falcolní por tener la paciencia de leer mi texto y corregirlo. A todos los leonciopradinos que tuvieron la amabilidad de contarme sus historias, sin ellas gran parte del trabajo no se hubiera podido realizar. También quiero reconocer el importante apoyo del VRIP, en el marco del proyecto “Relación entre la sociedad, la representación y la política en el Perú. 1919-1932 y 1990-2012” (código E18151751, RR03202-R-18). Por último, agradecer a mi familia, a mi madre, a mis amigas y amigos de siempre. Sin su apoyo moral y emocional no lo hubiera logrado, muchas gracias por tanto cariño y aprecio.

ÍNDICE GENERAL	
Índice general	4
Índice de cuadro e imágenes	5
Resumen y palabras claves	7
Introducción	8
Capítulo I: El proceso civilizatorio y el encierro	26
1.1 Controles del grupo dominante	29
a) La naturaleza	29
b) La sociedad	31
c) La persona	34
1.2 El encierro y las instituciones civilizadoras	35
a) Cambio en el control de la sociedad	36
b) Los internados	37
c) Encierro social y material	39
Capítulo II: La educación y el encierro	42
2.1 La educación y la civilización	43
2.2 La educación en el Perú.	52
2.3 El Colegio Militar Leoncio Prado	64
Capítulo III: El proceso civilizatorio en el Colegio Militar Leoncio Prado	73
3.1 Ingreso	75
a) Razones del ingreso	75
b) Proceso de admisión	83
3.2 Tres etapas de adiestramiento	85
a) Primer año, los perros	86
b) Segundo año , los chivos y cuervos	107
c) Tercer año, las vacas	118
3.3 Resultados luego terminado el proceso	128
a) El éxito civilizatorio	130
b) Efectos del procesos civilizatorio en el CMLP	134
Conclusiones	137

Anexos	
Guion de entrevistas	143
Himno de CMLP	144
Fuentes primarias y Referencias	145
Tabla 1	129
Lista de figuras	
Imagen 1. Primer día, ceremonia de bienvenida	87
Imagen 2. Desfile inaugural	87
Imagen 3. Primer día	87
Imagen 4. Ceremonia de bienvenida	87
Imagen 5. Primer día	88
Imagen 6. Desfile hacia las cuadras	88
Imagen 7. Entrega de uniformes	89
Imagen 8. Primer día, entrega de colchones y otros enseres	90
Imagen 9. Primer día, corte de cabello	90
Imagen 10. Primer día, corte de cabello y entrega de enseres	90
Imagen 11. Aprendiendo a tender las camas	91
Imagen 12. Primer día, uniformados con su monitor	91
Imagen 13. Cadetes de tercer secundaria con su monitor	91
Imagen 14. El comedor	94
Imagen 15. El comedor	94
Imagen 16. El comedor	95
Imagen 17. El comedor	95
Imagen 18. Bautizo público	98
Imagen 19. Bautizo público	99
Imagen 20. Bautizo público	99
Imagen 21. Bautizo público	99
Imagen 22. Bautizo público	100
Imagen 23. Bautizo público	100
Imagen 24. Maltrato en las cuadras	100
Imagen 25. Maltrato en las cuadras	100
Imagen 26. Maltrato en las cuadras	101
Imagen 27. Maltrato en las cuadras	101
Imagen 28. Maltrato en las cuadras	101
Imagen 29. Maltrato en las cuadras	101
Imagen 30. Maltrato en las cuadras	102
Imagen 31. Maltrato en las cuadras	102
Imagen 32. Ceremonia de entrega de Armas	105
Imagen 33. Ceremonia de entrega de Armas	105
Imagen 34. Ceremonia de entrega de Armas	106
Imagen 35. Ceremonia de entrega de Armas	106
Imagen 36. Ceremonia de entrega de Armas	106
Imagen 37. Rivalidades	110
Imagen 38. Rivalidades	110

Imagen 39. Rivalidades	110
Imagen 40. Desfile Militar	111
Imagen 41. Desfile Militar	111
Imagen 42. Consumo de bebidas alcohólicas	114
Imagen 43. Consumo de bebidas alcohólicas	115
Imagen 44. Disciplina	116
Imagen 45. Cuadras	116
Imagen 46. Cuadras	116
Imagen 47. Cadetes	121
Imagen 48. Olimpiadas	121
Imagen 49. Olimpiadas	122
Imagen 50. Olimpiadas	122
Imagen 51. Olimpiadas	122
Imagen 52. Olimpiadas	123
Imagen 53. Olimpiadas	123
Imagen 54. Olimpiadas	123
Imagen 55. Marcha de campaña	126
Imagen 56. Marcha de campaña	126
Imagen 57. Marcha de campaña	126
Imagen 58. Marcha de campaña	127
Imagen 59. Marcha de campaña	127
Imagen 60. Marcha de campaña	127

Resumen

El encierro ha sido utilizado —a lo largo de historia de la humanidad— como un espacio para controlar, castigar, vigilar, educar, entre otras funciones, con el objetivo de civilizar a los miembros de una sociedad. Por tal razón, es importante investigar a las diversas instituciones creadas bajo ese criterio, para comprender qué tipo de ciudadanos están creando los estados.

En la presente tesis analizo al encierro a través del tradicional Colegio Militar Leoncio Prado, institución que a lo largo de más de setenta años ha formado a miles de jóvenes bajo un sistema de internado y férrea disciplina castrense. De esta manera podremos comprender cómo se logra el autocontrol y normalización de sus estudiantes. Además, explicaremos la dinámica existente en un sistema de internado, relacionándolo a su vez con las familias, sus hijos y las autoridades que, en su conjunto, contribuyen a la permanencia histórica de establecimientos de disciplina y control en las sociedades.

Palabras clave: encierro, militares, civilización, educación, masculinidad.

Abstract

The confinement has been used throughout the history of humanity as a space to control, punish, monitor, educate, among other functions, with the aim of civilizing the members of a society. For this reason, it is important to investigate the various institutions created under this criterion, to understand what kind of citizens the states are creating.

In the present thesis we will analyze the confinement through the traditional Leoncio Prado Military School, institution that for more than seventy years has trained thousands of young people under a system of boarding school and iron discipline. In this way we can understand how the self-control and normalization of their students is achieved. In addition, we will explain the dynamics existing in a boarding system, relating it in turn with families, their children and the authorities that, as a whole, contribute to the historical permanence of institutions of discipline and control in societies.

Keywords: confinement, military, civilization, education, masculinity

Introducción

Los seres humanos somos una especie producida por el devenir de la evolución biológica-genética, algo que afrontan todos los organismos vivos de nuestro planeta. Sin embargo, algo que muy pocas especies comparten es que en ese resultado final, debemos también agregar la variedad de interrelaciones con los miembros de nuestra propia especie. Esto ha logrado complejas formas de asociación y estructuras que hemos llamado sociedad, siendo esta un elemento que no es posible reconocer de manera indubitable en otros seres vivos. Esta sociedad surge tras un lento e inacabado proceso llamado civilización, el cual promete seguir transformando a la humanidad en formas cada vez más aceleradas. Ello nos ha llevado a sacrificar la primacía de una naturaleza primigenia y de tipo «salvaje» a cambio de un mundo social que hemos erigido mediante normas morales y leyes que los propios humanos crean dentro del marco que la misma sociedad ha delimitado o, en todo caso, lo intenta (Elias, 2009, p.100). Así, seguir las tradiciones que vinculan a una generación con otra, obedecer lo establecido, controlar nuestros instintos o mejor dicho, no interrumpir el orden; permite al individuo poder permanecer en la vida pública. En su forma inversa; si se genera el caos o se siembran distorsiones en aquel orden no tan frágil, aflora entonces en el individuo esa naturaleza que pensamos ocultada y las leyes comienzan a perder sentido en su obligatoriedad, deteniéndose así la normalidad de lo cotidiano. Por estas circunstancias, aquel grupo de personas que actuaron fuera de lo normal y cuyo accionar se hace público, se las confina en un accionar limitado, y se restringe sus conductas al ámbito privado.

El párrafo anterior da pie entonces a las instituciones que, a partir del encierro del individuo, buscan educar, prevenir, controlar, disciplinar, castigar y con ello, civilizar a quienes no se encuentran o han escapado del orden establecido. Esos organismos que tienen al encierro como un elemento común, poseen también sus propias particularidades en función al origen que se determina para los diferentes casos de aislamiento. Es en base a estos preceptos que, por ejemplo, los monasterios se configuraron para conservar la honra de mujeres solteras y de aquellas que no lograron casarse o que incluso transgredieron sus votos matrimoniales, las cárceles para castigar y rehabilitar a los delincuentes, los manicomios para segregar a los enfermos mentales, los orfanatos para proteger a las niñas y niños abandonados, los asilos para cuidar a los ancianos y, finalmente, las escuelas para educar y disciplinar a niños y adolescentes.

Precisamente, la última institución referida es una de las más importantes. Su encargo es enseñar las tradiciones y normas de una sociedad en particular. Es así como en el transcurrir del tiempo, tanto su formación y cambios han ido de la mano con las transformaciones experimentadas en cada una de las épocas históricas; siendo primero de uso exclusivo de las élites y luego ampliando su cobertura a toda la población. Recordemos también que se iniciaron como internados semestrales, luego mensuales y semanales, hasta llegar a los encierros por horas, teniendo incluso una dirección religiosa, política y militar; dependiendo también del interés del Estado y de los padres de familia en cuanto a la educación que quieran inculcar en sus hijos.

El Perú tampoco ha sido ajeno a este contexto general. El encierro escolar tiene como antecedente al Tahuantinsuyo, donde los hijos de las familias nobles fueron llevados al *Yachaywasi* o «casa del saber» a la edad de 16 años. Ahí fueron internados y educados durante cuatro años, bajo un enfoque y dirección militar (González, 2013, p.19). Durante el período virreinal dicha tendencia no se perdió ya que los hijos de la clase dominante se educaron en los claustros o colegios de las órdenes religiosas. Incluso los descendientes de las *panacas* fueron encerrados en colegios especiales para que ser adoctrinados en la cultura hispana y evitando la remembranza de las costumbres de sus ancestros (Urbano, 1999, p. 67). Luego, durante las primeras décadas republicanas, se crearon colegios sobre los antiguos conventos virreinales que fueron abandonados o expropiados. Es aquí donde aunque conservando todavía una dirección del tipo religioso, se empieza a cambiar el régimen de internado de largo encierro al introducirse otras opciones como el *semi- internado* y los denominados *externos*. Una excepción a esta situación fue el colegio Nuestra Señora de Guadalupe, de fundación privada. Si

bien su nombre pueda confundirse con un colegio religioso, más bien promovía una educación laica y prefería tener estudiantes internos aunque sin dejar de tener las otras opciones de convocatoria (Díaz, 1990, p. 48).

Para inicios del siglo XX nuestro país ya contaba con varias instituciones educativas estatales o privadas, en su mayoría con una dirección religiosa del tipo semi-encierro. Esta lógica no cambió del todo aun cuando a mediados de la década de 1920 se dispuso la incorporación de la instrucción militar en los colegios públicos y privados a partir del cuarto año de enseñanza media (Reglamentos militares, 1927, p. 3). De esta manera, se expresaba y se validaba el tipo de disciplina y noción del orden que inspiraba el carácter castrense en la educación de nuestro país. Este hecho será el antecedente de lo que décadas después se creará en el Perú: el Colegio Militar Leoncio Prado (CMLP)¹ fundado en 1943 teniendo como finalidad la de formar — desde la edad escolar — a los futuros oficiales de las fuerzas armadas y policiales (Sierralta, 1968, p. 43). De esta manera se crea una nueva forma de educar a los hombres en nuestro país y, además, se instala un modelo pedagógico en el ámbito nacional que será implementado en los siguientes años (Villacorta, 1956, p. 40). Esta institución retorna al sistema de internamiento prolongado bajo un estricto régimen militar, logrando que muchas familias consideren a la institución como el espacio donde sus hijos se llegarían a transformar en hombres de «bien» bajo el enfoque anteriormente señalado. Con el pasar de los años se convirtió en un espacio educativo-tradicional de mucho prestigio y donde se producían hombres de éxito según los preceptos de la élite social y grupos aspiracionales de su época; lo que llevó a que sus ingresantes proviniesen de espacios provincianos y hasta de otros países de América Latina. La fama alcanzada por esta forma de educación para menores tuvo un gran impacto en la población, motivo por el cual se construyeron otros colegios militares de internamiento en las principales ciudades del país tanto en la costa, sierra y selva; constituyéndose como un sistema educativo que cumple con los ideales de lo civilizado de acuerdo a lo que imaginan sectores numerosos de la sociedad peruana y consolidándose como una buena opción para la educación de los menores.

Entonces la fundación del Colegio Militar Leoncio Prado y su permanencia a lo largo de más de setenta años me conducen a formular las siguientes reflexiones: ¿Por qué un organismo educativo que hace uso del encierro, tiene tanto éxito y aceptación en la

¹ Para referirse al colegio se utilizan sus siglas CMLP.

sociedad peruana? ¿Por qué es necesario el encierro para normalizar a las personas? ¿Cómo se logra el autocontrol y normalización en los adolescentes del Colegio Militar Leoncio Prado? ¿Por qué las familias eligieron al «Leoncio Prado» para la educación de sus hijos? ¿Cómo afectó el encierro a la personalidad de los cadetes durante su permanencia en el CMLP? ¿Cómo se manifiesta el éxito de los egresados del CMLP? Las interrogantes planteadas ayudarán a comprender a las instituciones de encierro educativo y cómo se logra el autocontrol y normalización de sus estudiantes. Además, explicará la dinámica existente en un sistema de internado, relacionándolo a su vez con las familias, sus hijos y las autoridades que, en su conjunto, contribuyen a la permanencia histórica de establecimientos de disciplina y control en las sociedades.

Por lo tanto en la presente tesis de maestría pretendo resolver las preguntas planteadas a partir del estudio al Colegio Militar Leoncio Prado como un claro ejemplo de la continuidad temporal de las instituciones que tienen como aparato civilizador al encierro, espacio usado a lo largo de la historia por diversas sociedades que pretenden controlar y homogenizar a sus integrantes. Además buscó conocer cómo se logra disciplinar en lo social y personal a los adolescentes que fueron formados en esta casa de estudios. Para ello será necesario describir las experiencias de los cadetes que se educaron en esta institución, así como explicar las razones que tuvieron las familias para decidir el ingreso de sus hijos a un colegio de internado riguroso. También se analizará los cambios en los menores luego de terminados los tres años de estricto régimen militar educativo, lo que lleva a conocer aquellos elementos que valora la sociedad peruana y que sirven para reconocer en una persona los parámetros de lo civilizado.

El trabajo se centra geográficamente en Lima Metropolitana (provincias de Callao y Lima) al ser el lugar donde se halla el CMLP y la mayoría de espacios donde residen sus estudiantes. Temporalmente iniciaremos esta investigación en el año posterior a la fundación del colegio (1944), ya que es el año donde ocupó su actual emplazamiento y empieza funcionar; cerrándose la etapa de estudio y análisis investigativo en el año 2014, al ser el periodo donde se terminan de instalar los nuevos cambios educativos, normativos y arquitectónicos de la institución.

La investigación tal como se ha planteado, no tiene antecedentes similares. Sin embargo las instituciones que utilizan el encierro o internado han sido analizadas desde otras perspectivas y diversos periodos históricos que se detalla según el grado de

importancia para los objetivos de esta tesis. Entonces se abordarán los antecedentes del problema a investigar mediante bibliografía — de contexto y referencia — relacionada con el tema. De este modo la primera publicación revisada es una vinculada con la propia institución de estudio, a finales 1944, titulado *Colegio Militar Leoncio Prado*; donde se explica las motivaciones formales que hicieron posible la creación del colegio, cuál es su finalidad, las características de la convivencia estudiantil y el nuevo sistema educativo que se imparte. Aunque es un libro descriptivo, ayuda a conocer las razones de la existencia de un colegio de encierro y su importancia en la época de su fundación. Unos años después, en 1956 el profesor fundador del CMLP, Flavio Antonio Villacorta, publica el libro *Breve Historia del Colegio Militar Leoncio Prado*; donde explica los principales acontecimientos de la institución y la importancia del colegio para el inicio de la renovación educativa y base para los futuros cambios pedagógicos de la educación nacional; un trabajo bastante subjetivo, pero que muestra la manera en que el colegio Leoncio Prado influyó en los cambios y creación de nuevas formas de enseñar en el Perú.

Otros textos sobre el mismo tema se publicaron a partir de la celebración de las bodas de plata (25 años) y de oro (50 años) de la institución. El primero dirigido por Addhemar Sierralta, titulado *Historia del Colegio Militar Leoncio Prado (1968)*, es un texto que expone fuentes diversas como documentos y fotografías donde se describen hechos como la fundación del colegio, así como anécdotas y el valor e importancia de la institución; destacando el énfasis que el autor expresa al relatar las historias de triunfo y beneficios de educarse en un espacio militar y de encierro. El otro libro nombrado que data de 1993 (sin un autor determinado) es un texto que repite lo descrito en el primer libro señalado, aumentando solo el número de páginas con fotografías de diversos periodos de la institución, incluyendo un listado completo de las cuarentainueve promociones que culminaron sus estudios de enseñanza básica hasta el año 1993. Ambos libros sirven como fuente gráfica para conocer la vida dentro del CMLP.

El año 1993 también fue la ocasión para la publicación de otros dos textos con versiones bastante similares sobre el colegio, siendo trabajos escritos por tres ex-cadetes quienes dan su versión de la historia de este centro de estudios a partir de sus vivencias y experiencias en sus claustros. El primero de ellos es Oscar Gómez Peralta con su texto *El Primer Eslabón de Oro*, y Alberto Collantes Osorio con el libro *Historia de Algunos Hechos del Colegio Militar Leoncio Prado, Bodas de Oro*.

Otro relato sobre vivencias en el colegio es el trabajo de Humberto Rodríguez Pastor (2006), quien escribe en versión poética unas breves historias en su libro *La Novena en Décimas*. Aquí se relata la experiencia de cadetes entre los años 1952 hasta 1954, abarcando desde su ingreso, pasando por las jornadas de exámenes, vida militar, anécdotas de su instrucción en el colegio, entre otras. Aun cuando se enmarcan en la literatura, el texto está inspirado en historias reales y sirve para compararlos con otros textos escritos por egresados leonciopradinos.

Un libro importante perteneciente al género de ficción, es *La ciudad y los Perros* de Mario Vargas Llosa (1963) donde el autor — ex alumno de este colegio militar — cuenta vivencias y conflictos que tienen como escenario el interior de esta institución. Si bien se presentan personajes inventados, la obra ofrece indicios de cómo fue el colegio durante el periodo en que el autor fue cadete, y además sirve como referente comparativo con testimonios prodigados por estudiantes de otras promociones. Sobre esta ya clásica obra del novel se han escrito con posterioridad diversos artículos y libros para analizar, desde diferentes perspectivas, la construcción de su primer y monumental texto. De ese importante número de investigaciones, seleccionamos tres que pueden contribuir a la presente tesis: El primero de ellos titulado *El cadete Vargas Llosa: La historia oculta tras la ciudad y los perros* (2011) del escritor Sergio Vilela, el cual se propone encontrar a la mayoría de las personas que inspiraron a Vargas Llosa a desarrollar su novela; es decir, muestra una mirada de los cadetes de la séptima sección ingresantes en aquel lejano año 1950 al CMLP, logrando describir escenas reales, ceremonias, aventuras y la vida cotidiana dentro del mismo. El segundo trabajo es el artículo *El hombre en cautiverio: Modelos de masculinidad en Los cachorros y La ciudad y los perros* (2011) de la investigadora Guadalupe Nettel. Aquí se propone, desde una perspectiva de género, analizar dos novelas de Vargas Llosa para exponer el modelo de masculinidad de la sociedad peruana y latinoamericana. El trabajo muestra los procedimientos represores de la educación tanto religiosa como militar, y como es avalada por una sociedad que requiere de hombres fuertes y viriles. El último trabajo es *La fábrica de machos en la ciudad y los perros* (2014) del sociólogo Francisco Martínez Hoyos. Aquí también se analiza la primera novela del novel desde una perspectiva de género para observar la construcción de la identidad sexual en el contexto latinoamericano, estudiando la importancia de la violencia en los adolescentes hombres, así como el juego de roles y jerarquías de estratos sociales y razas. Además explica la

importancia del honor en el mundo masculino y lo despreciable que puede ser considerado un traidor del sistema establecido.

Otro texto perteneciente a la literatura que expone interesantes relatos sobre el CMLP es *La séptima sección* (1967) de Felipe Buendía, otro ex leonciopradino que narra aventuras dentro y fuera del colegio militar. Si bien estos relatos se consideran en su mayoría de ficción; son interesantes al servir de contraste con algunas de las descripciones que Vargas Llosa hace sobre la institución ya que pertenecen a la misma promoción de ingresantes.

La tesis de magíster en psicología de María Antonieta Meneses, *Juicio moral en los adolescentes de un colegio militar y un colegio no militarizado* (2005) — quien además es la actual directora del departamento de psicología del CMLP — es un trabajo sumamente interesante porque brinda importantes alcances sobre los efectos del encierro en los estudiantes, haciendo una comparación con varios colegios civiles donde no existe la práctica del internado. Una de las principales conclusiones de su estudio consiste en explicar la moral parametrada de los cadetes del colegio militar, influida por la estricta disciplina castrense, la cual al ser contrastada con los alumnos de colegios no militarizados, se muestra como una moral utilitaria y regida según los espacios y la autoridad. El trabajo contribuirá en la tesis — desde la mirada de la psicología — para observar los efectos del encierro en los cadetes.

En el ámbito internacional no se han encontrado trabajos que aborden el problema planteado en la tesis; en cambio, sí se han realizado investigaciones sobre otros tipos de instituciones de encierro, aludiendo a los efectos que pueden ocasionar en las personas sometidas a un internado por un tiempo prolongado. En primer lugar debemos mencionar la obra de Michael Foucault, quien en sus libros hace conocer como en el transcurrir del tiempo las sociedades van encerrando a las personas que no están dentro de lo que se considera normal en la cultura europea. Ello principalmente en dos libros, *Vigilar y castigar, el nacimiento de la prisión* (1976) e *Historia de la locura en la época clásica* (1964). El primero muestra el cambio de mentalidad sobre la forma en que se debe sancionar a los criminales, siendo en un inicio con el castigo físico y luego con el encierro del alma, a través de la creación de la cárcel. El autor expone cómo esta nueva tecnología de sometimiento fue aplicándose en muchas instituciones tales como hospitales, ejército, escuelas, talleres, entre otros. Su planteamiento principal consiste en afirmar que existe en la sociedad una gran vigilancia y control de las personas al estilo de la prisión moderna francesa llamada panóptico; coligiendo que esa finalidad

puede aplicarse a todas las instituciones educativas, incluyendo los colegios militares. En cuanto al segundo texto, Foucault explica la forma en que los cambios en la política configuran una nueva forma de ver el mundo, desarrollando los mecanismos sociales y teóricos que hay detrás de los cambios masivos. Es decir, describe la materialidad del poder en otras condiciones políticas, pero además, el cómo se desarrolló una tecnología social para encerrar a la gente. Primero fueron los leprosos, luego los locos y paralelamente a los que delinquían o se oponían al control de cada época. Ello muestra lo importante que fue y es el encierro para las sociedades occidentales en la búsqueda del control de las personas y la durabilidad del orden establecido.

Otro interesado en estudiar el encierro es Erving Goffman (1961) quien en su libro *Internados: Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, ofrece una reflexión sobre la institución total sea esta como lugar de residencia y trabajo, donde un gran número de individuos en igual situación, aislados de la sociedad por un periodo de tiempo, comparten en su encierro una rutina diaria, administrada formalmente. Aunque el autor solo investiga a las instituciones de enfermos mentales, su trabajo sirve para cualquier espacio de encierro como las cárceles, monasterios, cuarteles, colegios, entre otras. La investigación llevó al reconocido sociólogo canadiense a ingresar en la institución mental para conocer mediante su experiencia cómo funcionan los internados. De sus vivencias en este lugar concluye identificando las características comunes de las instituciones totales. Si bien es un análisis importante, se hace necesaria la experiencia particular para conocer a fondo cómo afectan a las personas los diferentes tipos de encierro.

La tesis doctoral de Francisco Javier Domínguez (2009), *Infancia en internados: Historias, narrativas e itinerario*, cuestiona el encierro en los orfanatos de España y desde la perspectiva del trabajo social por medio de testimonios. El autor se pregunta si realmente los espacios donde se protege a niños y niñas son convenientes, y cuáles pueden ser los efectos del encierro en la vida de estos grupos humanos; llegando a la principal conclusión que los orfanatos, a pesar de mantener aislados a los infantes y no permitirles algunas libertades, continúan siendo lugares donde mejor cuidados y protegidos pueden estar los niños y niñas, pese a que el autor considera que se debería pensar en nuevas formas de criar a los infantes abandonados en espacios menos uniformizados y con flexibilidad en sus formas de disciplina.

Un artículo interesante sobre el tema es el presentado por el sociólogo Felipe Morante Mejía (2009), titulado *Menores infractores en instituciones de reforma, una mirada*

desde dentro. Aquí se plantea conocer si los adolescentes que cometieron delitos son conscientes de la necesidad de cambio a partir de ser inmersos en el sistema represor que involucra a los internados. Para ello realizó una serie de entrevistas a los protagonistas del encierro, llegando a la conclusión que si bien es necesario que los infractores tengan una sanción o pena, es también importante una recuperación de la vida de estos individuos a través de la resocialización y la familia, con el objeto de no volver a repetir estas inconductas. Igual que el autor anterior, considera que hasta el momento sólo las instituciones de encierro son las únicas opciones disponibles para este tipo de casos.

Otro trabajo importante es el planteado por el jurista Faustino Gaudín Rodríguez (2013) con su texto *Historia de las prisiones*, cuestionando la validez de las cárceles como espacios sancionadores y punitivos para quienes cometen delitos. Además, a modo de balance, revisa las diversas legislaciones para castigar a los delincuentes en España. El trabajo de mirada jurídica es importante en el sentido que ofrece los cambios introducidos históricamente en la manera de administrar los centros de reclusión.

Las siete últimas investigaciones hasta aquí expuestas analizan a las sociedades como espacios donde los individuos son sometidos a un conjunto de normas e instituciones para que sean personas de «bien». Sin embargo, es importante mostrar la perspectiva desarrollada por Adam Smith en su libro *Teoría de los sentimientos morales* (1759) aquí el autor nos expone a la bondad humana como un elemento que busca unir a las personas para conseguir el bien común, y ello no por una obligación, sino porque existe naturalmente una simpatía hacia los sentimientos ajenos y el amor propio que desarrollan valores morales para construir una sociedad justa, pacífica, próspera y libre. La teoría está enmarcada históricamente en un contexto donde el liberalismo y el pensamiento individual tienen una gran importancia, sin embargo, Adam Smith no tiene en cuenta los procesos culturales y los civilizatorios que obligan a los seres humanos a perder su naturaleza a cambio de un mundo normalizado, y que en muchos casos las personas deben ocultar sus verdaderos deseos y actitudes para poder conseguir aceptación social.

Retornando a nuestro país en lo referido a este tipo de investigaciones sobre educación, tenemos, por ejemplo, el tomo I de la colección «Pensamiento Educativo Peruano» elaborado por Enrique González Carré y Fermín Del Pino Díaz, titulado *Aprender a*

instruir en los Andes, siglos XV – XVI. En sus primeras páginas explican la forma en que se impartía la educación durante la época incaica, señalando que el primer lugar donde la gente de todo nivel social aprendía era el ayllu o familia. Sin embargo también existió una educación para la élite, donde sus jóvenes a partir de los 16 años eran encerrados durante cuatro años en el *Yachaywasi* (Casa del Saber) con el objeto de que logren aprender todo lo referente a la administración del poder. La institución era dirigida por el *amauta* o maestro, y según el autor, este espacio educativo tuvo un disciplinado régimen militar (González, 2013, p. 13). El trabajo es importante porque describe a las instituciones educativas de internado prehispánicas; sin embargo su narración se basa en lo descrito por los españoles en sus crónicas. Propuestas similares las podemos encontrar en investigaciones anteriores tales como las de Waldemar Espinoza en *Los incas, economía, sociedad y Estado en la era del Tawantinsuyo* (1997) y de María Rostworowski con su *Historia del Tahuantinsuyo* (1999).

Para el caso del periodo virreinal, los libros del religioso e historiador Rubén Vargas Ugarte. Textos como *Historia de la Iglesia en el Perú* Volumen III (1953) e *Historia de la Compañía de Jesús en el Perú* Volumen I y II (1963) son muy importantes al narrar los inicios de los colegios internados en nuestro país, dedicados a educar a la élite española e inca. Sus investigaciones son descriptivas y en algunos casos hasta exagerados al tener como afán de resaltar el prestigio de la orden religiosa a la que pertenece.

El tomo segundo de la colección Pensamiento Educativo Peruano elaborado por Luis Miguel Glave y titulado *Entre la Sumisión y la Libertad, siglos XVII – XVIII* (2013), también plantea la importancia de la Compañía de Jesús en el desarrollo de la educación del Perú colonial, poniendo mayor énfasis en el rol que afrontó en los colegios-internados de caciques, espacios importantes para concluir el proceso evangelizador y adoctrinamiento de los descendientes de los incas. En esa misma línea ubicamos el libro *La Extirpación de la Idolatría en el Perú, 1621* (1999) del investigador Henrique Urbano. Aquí se muestra a los colegios de caciques-internados, dirigidos por jesuitas, y su importancia frente a las prácticas idolátricas, ya que era fundamental para los religiosos el cortar con la cadena de creencias antiguas de los indígenas. Por esa razón, a los hijos de los caciques se les encerraba en estos colegios para que no regresaran a la práctica de las tradiciones religiosas de sus antecesores.

Lo interesante de estos últimos trabajos es la importancia que adquieren los colegios de internados en la sociedad colonial: El encierro es necesario para aislar a los jóvenes de

sus viejas costumbres, buscando a través de estas instituciones, poder disciplinar y controlar el comportamiento de los nuevos miembros de la sociedad virreinal.

Otras formas de encierro educativo y con opciones de ascenso social en el virreinato era el ingreso a conventos y monasterios; tema que ha generado abundante bibliografía, principalmente en lo referente a los claustros femeninos. Hay varios textos destacados que tocan estos asuntos. Primero tenemos a *Miedo reverencial versus justo miedo: presiones familiares y vocación religiosa en Lima 1650–1700* de Bernard Lavallé, un artículo del libro compilatorio *El miedo en el Perú, siglo XVI al XX* de Claudia Rosas (2005). Aquí el autor muestra las relaciones entre padres e hijos durante el virreinato peruano a través de los pedidos de nulidad de profesión presentados en los principales conventos de Lima durante las últimas décadas del siglo XVII. Su trabajo expone cómo los padres obligaban a sus hijos a ingresar a los claustros sin tener vocación, por una necesidad de mejoras sociales, y cómo los religiosos deciden establecer juicios buscando su libertad. La investigación es muy trascendente porque plantea la existencia de personas que rechazaban el encierro. Sin embargo, su trabajo solo incluye a los religiosos y segrega a las monjas, quienes también entablaron juicios para solicitar la nulidad de su profesión². Tal vez porque el número de casos de las religiosas era mucho menor al de los frailes, pero aun así, quedó en el tintero el haber podido conocer lo sucedido con las mujeres obligadas a ingresar al estamento religioso y de cómo trataron de librarse de esas cadenas a pesar de la coerción familiar.

Un libro descriptivo sobre los monasterios limeños es *La mujer en la conquista y la evangelización en el Perú (Lima 1550 –1650)* de las investigadoras Amaya Fernández, Margarita Guerra, Lourdes Leiva y Lidia Martínez (1997). En él, las autoras explican la importancia de la mujer en la época colonial a través de su ingreso al clero religioso. Para ello describen las historias de los principales monasterios de la ciudad de Lima, contando anécdotas y situaciones no tan santas en el cenobio. Este libro es importante en la medida que brinda información resumida sobre las instituciones de encierro femeninas, pero no deja de tener un apoyo en su función social obviándose los maltratos y sometimientos que no pocas mujeres sufrieron.

² Mi tesis de licenciatura (2011): *Mujeres en Busca de Libertad: Exclaustración y nulidad de profesión en los monasterios limeños (1825 – 1835)* explica cómo muchas mojas tomaron los votos por obligación y estuvieron encerradas de por vida teniendo vidas infelices.

El tema será estudiado de manera distinta en *Instituciones religiosas y seglares para mujeres en el siglo XVII en Lima* (Van Deusen, 1997), investigación que muestra las estrechas relaciones existentes entre el clero religioso y el mundo seglar. Además, destaca la importancia de las instituciones religiosas de internamiento como refugio para aquellas mujeres que no lograban casarse o de alguna forma no estaban bajo el control de alguna figura masculina.

Una forma particular de conocer la vida de las monjas en el cenobio se encuentra en el libro compilatorio *Diálogos espirituales. Manuscritos femeninos hispanoamericanos. Siglos XVI-XIX* (2006). En su texto, Asunción Larvin y Rosalía Loreto presentan un conjunto de artículos que muestran el mundo de las religiosas a través de los escritos dejados por ellas mismas (autobiografías, biografías, epístolas, poesía y teatro), destacando los artículos de Nancy van Deusen sobre Jerónima de San Francisco y la práctica mística en Lima, así como el de Asunción Larvin referida a María Marcela Soria. En el mismo texto, Nora Jaffary expone sobre la mística María Josefa de la Peña, Rosalva Loreto trata sobre los textos hagio-biográficos y espirituales del Padre Miguel Godínez y Fernando Iturburu quien analiza la vida de Gertrudis de San Ildefonso. Todos ellos destacan porque exponen fuentes primarias y analizadas. Brindan, asimismo, muchos criterios para comprender la vida monacal femenina tales como la imagen de refugio del monasterio, los beneficios que implicaban llevar una vida monacal y lo trascendente de ser una intermediaria de Dios. Esto enmarcado en el periodo colonial y desde adentro del claustro.

Otra institución de tipo internado fue la Casa de Niños Abandonados, tema investigado primero por la historiadora Carlota Casalino en su trabajo titulado *De los expósitos protegidos a los expósitos desprotegidos. La transición de la administración colonial al Estado republicano del Perú y sus efectos en grupos vulnerables*, publicado a su vez en el libro *Mujeres, familia y sociedad en la historia de América Latina, siglos XVIII-XXI* (2006). Aquí se muestra cómo el cambio en la forma de gobierno dejó en el abandono a la institución de protección infantil colonial; y aunque no tiene como tema central al encierro, el trabajo es trascendente en la medida que expone respecto a una institución de tipo internado.

Otro historiador que investiga al orfanato colonial es Richard Chuhue con su trabajo *Orfandad, asistencialismo y caridad cristiana en Lima Colonial. Historia de la Iglesia de Niños Huérfanos de Lima*, el cual fuera publicado por la revista del Archivo General de la Nación N° 27 (2009). Aquí el autor describe el mundo virreinal a partir de la

procreación de hijos fuera del matrimonio, configurando un contexto de ilegalidad para la época. Esta fue una razón por la cual muchas mujeres abandonaban a sus bebés en las calles, motivo por el cual surgen este tipo de internados donde niños y niñas son rescatados de la muerte y protegidos bajo un régimen de encierro y trabajo en la imprenta que poseía la institución. La investigación es importante en la medida que narra un hogar histórico poco conocido y su función social, aun cuando la investigación pudo haber desarrollado un análisis teórico más profundo en cuanto a la subalternidad de sus miembros.

El tema de la locura y la forma en que se intentó curar en el virreinato peruano es expuesto por el médico Hermilio Valdizán en su artículo *Los Locos de la Colonia* (Anales, Facultad de medicina de Lima Vol. 1, 1918) aquí se muestra como la histeria, epilepsia y otras enfermedades neurológicas fueron tratadas como castigos divinos, influencia del diablo, hechicería. Por ello se le encargó al Santo Oficio y a otras instituciones represoras investigar y vigilar los casos para que las personas que lo padecían sean aisladas y encerradas. Para el caso del siglo XIX y principios del XX Augusto Ruíz Zevallos ha tratado el tema en su libro *Psiquiatras y locos* (1994) el autor realiza un recorrido por las enfermedades mentales de los peruanos de esta época así como por los hospitales psiquiátricos y manicomios más importantes a través de las historias de personas que lo padecieron.

En cuanto a lo referente a la vida militar en la colonia, el artículo de José Ragas denominado *El virrey Amat y su tiempo* en el compendio *El discreto encanto de la milicia. El ejército y sociedad en el Perú borbónico* (2004). Aquí el autor expone el gobierno del virrey Amat, para mostrarnos cómo en esta época toma mucha importancia los cuarteles militares ya que la milicia se convierte en una profesión de prestigio; ya sea por la paranoia de la amenaza de los piratas, o las rebeliones de indígenas y esclavos, o también porque la nueva autoridad era un militar que pretendía la profesionalización de los militares en el virreinato. Entonces, al no existir muchos aspirantes españoles o criollos que deseen pertenecer a esta fuerza, se dará la oportunidad para que otros grupos humanos aspiren a mejorar su condición social: los indígenas y negros. Ellos deseaban ingresar a esta institución porque sabían que conseguirían prestigio social, privilegios como el fuero militar, y la exención de determinados impuestos. Así, Ragas nos muestra que existieron personas dispuestas a pasar una temporada de encierro con el fin de conseguir ascenso social y mejoras en sus vidas. Sin embargo, como el mismo autor señala, es un trabajo breve y limitado, porque

no muestra muchas fuentes al respecto y tampoco investigaciones que traten el tema de las consecuencias de las medidas tomadas por Amat en cuanto a los subalternos.

Una investigación que sale del periodo virreinal e introduce en las luchas por la independencia es el de Natalia Sobrevilla con su artículo *Hermanos, compañeros y amigos de sus mismos contrarios: las guerras de independencia en el Sur Andino 1805-1825* (Dossier. Las guerras frente a la crisis del orden colonial. Hispanoamérica, 2011) Esta investigación pretende entender la Guerra de Independencia de una manera total, concentrándose en la cercanía entre ambos bandos y poniendo el énfasis principal tanto en los diversos actores y las opciones que tenían abiertas para asumir un determinado bando en el conflicto. Además, hace notar que ambos ejércitos estaban conformados por hombres de diversos niveles sociales y que existían más similitudes entre quienes peleaban por bandos distintos, pero que pertenecían al mismo grupo social; que quienes podían estar del mismo lado, pero sus orígenes sociales eran disímiles. El trabajo es interesante porque permite ver cómo los grupos de indios y negros iban tomando posición en los bandos según los beneficios económicos y sociales que les podían ofrecer tanto realistas como patriotas en un contexto donde la milicia generaba un prestigio social ya referido en líneas anteriores.

Por último la tesis de maestría de David Velásquez; *La reforma militar y el gobierno de Nicolás de Piérola, el Ejército moderno y la construcción del Estado Peruano* (2013). Nos traslada a finales del siglo XIX y principios del XX, para explicarnos como la construcción de una milicia profesionalizada será uno de los motores de la formación de un nuevo país y modelo de ciudadano.

En cuanto a la historia de las cárceles y de la delincuencia durante la época republicana, es importante revisar dos investigaciones: La primera de ellas realizada por el historiador Juan José Pacheco, titulada *La vida en la penitenciaría de Lima (1868-1962)*. Publicada en el blog Rincón de la Historia peruana (2012), aquí se describe la creación y funcionamiento del panóptico (la primera cárcel moderna del país), así como el cambio de mentalidad al comprender al encierro como una forma de castigar, pero también de modificar las conductas de las personas. Un elemento importante que subraya el autor es el trabajo como forma de vida dentro del recinto perteneciente a las décadas finales del siglo XX. La investigación se basa en otros trabajos como lo escrito por Mariano Paz Soldán en lo referente a la memoria de los ministros del sector justicia y los reglamentos dentro de la penitenciaría de Lima.

Las investigaciones de Carlos Aguirre como *Delito, raza y cultura: el desarrollo de la criminología en el Perú (1890-1930)* en *Diálogos en historia 2* (2013), y *Denle duro que no siente: poder y transgresión en el Perú republicano* (2008); son trabajos que describen al mundo subalterno de la delincuencia, el mundo de quienes han violado normas y han sido castigados, pero al mismo tiempo maltratados y excluidos por los aparatos de justicia. Estos trabajos desarrollan a la institución del encierro-castigo, en particular la estructurada en el Perú, y son uno de los pocos ejemplos que desarrollan el problema de los presos y el sistema de justicia en nuestro país.

Es necesario resaltar que el tema de las cárceles en el Perú ha generado mucha literatura de ficción, que se basa en las vivencias en el encierro de la mayoría de los autores. Un trabajo que reúne el análisis de estos libros es *Las Cárcenes Peruanas y su Ficcionalización: una imagen del Perú contemporáneo* de Isabelle Tauzin. Aquí la autora hace un recorrido por las principales prisiones del Perú vinculándolas con escritores y planteando cómo esas historias reflejan la realidad, y como en nuestro tiempo se intenta convertir en mitos lo sucedido en el interior de las prisiones. El trabajo es una trascendente mirada del encierro carcelario al vincularlo con la ficción y su contraste con lo que se considera cierto.

Para concluir haré referencia al libro *El Colegio Guadalupe y La Educación Peruana* del investigador Plácido Díaz Suárez (1990) donde expone la historia de Colegio Nacional Nuestra Señora de Guadalupe, institución emblemática de tipo internado en los albores de la república. En el libro también se habla de la historia de la educación en el Perú a partir del período de independencia política, así como sus diversas formas de organización. La importancia del texto radica en señalar cómo una institución escolar de encierro va adquiriendo prestigio y superando a otros colegios de su época. De esta manera se va construyendo la idea que el sistema de internado tiene mayores logros al mantener la disciplina de los alumnos frente al alejamiento de la protección familiar. El estudio nos servirá para poder comparar a este colegio de internado civil con el Colegio Militar Leoncio Prado.

Todas las investigaciones y textos expuestos en los anteriores párrafos me ayudan a reflexionar sobre las instituciones de encierro. Espacios sociales que se han construido en diversas épocas para seguir formas de comportamiento que el grupo dominante desea establecer, y que se han mantenido e incluso sobrevivido a los cambios políticos. Ello lleva a determinar que estas instituciones son agentes históricos importantes de estudiar

para comprender a las sociedades. Por tal razón, la presente tesis tiene como unidad de análisis a los cadetes y ex-cadetes del CMLP, quienes estuvieron sometidos a un sistema de educación militarizada de modalidad internado, y donde han surgido más de setenta generaciones, unos 50,700 jóvenes, disciplinados bajo este régimen. Tan amplia población, educada durante los años señalados, requiere un análisis temporal que logre analizar los cambios y continuidades. Por tal razón usaré una investigación de tipo histórica, que ayude a saber los efectos en los individuos encerrados, así como para analizar el modelo civilizado que las creó y las conserva para mantener el orden social durante largos periodos, tiempo, en donde se construyen tradiciones, identidades y modelos a seguir.

La tesis, a pesar de ser un trabajo histórico, se sostiene de conceptos definidos por sociólogos que han usado a la historia como medio para comprender sus investigaciones. Así la base teórica de la presente investigación se enmarca en los estudios realizados por la obra de Norbert Elías titulada *El Proceso de la Civilización, investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (1977), la cual analizó a la civilización occidental a partir de los cambios sobre la naturaleza a través de la ciencia y tecnología, elementos que alejan al hombre de sus orígenes. Además reflexiona sobre el control social que estructura las formas en que los seres humanos debemos organizarnos a partir de normas y leyes; y por último, se centra en el control sobre el individuo mismo, quien debe reprimir sus deseos y libertades para ser considerado civilizado. Estos tres procesos llevan a conocer cómo se inician las relaciones sociales y los cambios en nuestra mentalidad y conductas; con ello se comprende por qué una buena parte de la población considera a las instituciones de encierro como positivas y beneficiosas para las personas que no estén dentro de lo exigido por una sociedad. Así, tomaré de este trabajo los conceptos de civilización, control, autocontrol, y las conclusiones de los efectos que pueden ocasionar en las personas el proceso de normalización.

Por otro lado, también usaré los estudios sobre control, disciplina, castigo y encierro de Michael Foucault para comprender las razones de la existencia de instituciones que mantienen encerradas a las personas. Para ello se utilizará dos libros ya referidos en párrafos anteriores, los cuáles son *Historia de la locura en la época clásica* (1964) y *Vigilar y castigar, el nacimiento de la prisión* (1976). En ambos textos se muestra como se crearon dos instituciones de encierro; la cárcel y el manicomio, en contextos en que las sociedades europeas buscan tener control sobre los individuos que no están dentro de lo normal, por esa razón deciden aislarlos y disciplinarlos. Sin embargo, el autor no

solo relata el nacimiento de estas instituciones, sino también construye una teoría donde demuestra que en las sociedades europeas se han creado sistemas de vigilancia social donde todos se controlan y disciplinan a la vez. Propuesta que ayuda, al presente trabajo, a entender como se mantienen los procesos de normalización en el tiempo.

Por último, tomaré las ideas de Erving Goffman en su investigación denominada *Internados: Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, pues en ella el concepto de institución total es fundamental en la presente tesis, ya que describe a profundidad como es el interior de los espacios de encierro. Además expone los comportamientos de los encerrados, quienes son asilados de su entorno familiar y amical para poder ser dominados y moldeados a la medida de la institución. Por otro lado también logra explicar los diferentes comportamientos que adoptan los internados, como una manera de sobrevivir al encierro, frente a la autoridad y a sus pares. Situación que ocurre en una institución para enfermos mentales, pero que el autor señala se pueden replicar en otras similares, porque el sistema de la institución total puede generar semejantes efectos en sus ocupantes. Por ello, en la investigación, al preguntar por las consecuencias de una educación de encierro se utilizará lo descrito por Goffman para tratar de conocer cómo son los comportamientos de los cadetes del Leoncio Prado.

La parte documental se basó en la búsqueda de fuentes primarias en los archivos del CMLP, principalmente aquella información referida a los libros de matrícula de los cadetes durante los setenta años del presente estudio, ya que ahí se precisan el origen de los alumnos, quienes fueron sus padres, calificaciones, y sanciones en su periodo de estudiante. Además se han revisado las libretas de normas del CMLP; para conocer los reglamentos y el proceso de normalización que tuvieron los jóvenes en sus tres años de permanencia en la institución, también se han analizado los libros institucionales, revistas y los anuarios para comparar las diferencias entre publicaciones oficiales y aquellas donde los cadetes tenían mayores libertades para expresarse. Por último, se revisaron fuentes audiovisuales; fotografías y videos que expresen o evidencien la vida dentro de la institución, sus ceremonias y tradiciones, pero también el ámbito privado para conocer los efectos de tener una vida disciplinada.

En la investigación es trascendente conocer los testimonios de todos aquellos que son parte del CMLP, por tal razón se han realizado entrevistas semiestructuradas y de tipo presenciales a cadetes y ex-cadetes (200), sus familias (30), profesores (5) y militares (10), de diversas épocas del colegio, a fin de conocer desde una fuente directa las

experiencias vividas dentro de la institución y cómo el aprendizaje en los tres años de encierro influyó en distintos planos de su vida. Sus historias serán contrastadas con los documentos y nos servirán en gran medida a responder a las preguntas iniciales de la tesis. Por lo tanto, son el material más importante, no sólo por ser inéditos, sino porque sirven para exponer con claridad la existencia de instituciones de encierro, su aceptación social, el proceso de normalización en su interior, y el éxito social de sus egresados.

Esta investigación está estructurada en tres capítulos dirigidos a exponer la propuesta planteada en la tesis. El primer capítulo titulado «El proceso civilizatorio y el encierro» explica toda la parte teórica y conceptual referente a lo que se toma como civilización en este trabajo, así como el encierro en las instituciones normalizadoras y sus efectos en las personas. El segundo capítulo está organizado para explicar la importancia de la educación en la construcción de sociedades, haciéndose necesario hacer una breve historia de su inclusión en la vida civilizada, analizándose también a la educación en el Perú y, como cierre, se expondrá una breve historia del CMLP. El tercer y último capítulo expone cómo se realiza el proceso civilizatorio dentro del CMLP durante los tres años que duran los estudios, siendo su parte final donde se analizará — a partir de testimonios orales sistematizados — el nivel de éxito asumido por el individuo y su entorno, junto a los efectos negativos que se produjeron en los egresados del CMLP.

La tesis que pretendo sustentar está orientada a exponer al encierro como un espacio social civilizatorio; para ello, como ya se explicó, se ha tomado como caso al Colegio Militar Leoncio Prado en sus primeros setenta años de existencia, sirviendo como modelo para observar cómo funcionan las instituciones educativas donde las personas están enclaustradas por un determinado tiempo en un afán por adecuarlas al sistema social que el contexto de su tiempo requiere. La propuesta de la investigación no pretende generalizar ni señalar que el mundo civilizado condena a todos sus miembros a seguir sus normas y tradiciones de manera estricta. Tengo presente y sé que existen grupos de personas que se resisten a ellas y tratan de realizar sus vidas de manera independiente. Sin embargo existe un ideal de hombre y mujer que toda sociedad impulsa; y ese modelo es el formado en las instituciones educativas, y es justamente aquello que pretendemos exponer y escudriñar en esta investigación.

Capítulo I

El proceso civilizatorio y el encierro

La investigación se centra en el encierro como espacio civilizador, por ello en este primer capítulo se van a plantear las principales ideas y propuestas sobre el complejo sistema civilizatorio: las formas en que se establece, cómo afecta a las personas, y su presencia en la historia humana. En esta sección, definiré a una institución de encierro, sus características y su uso continuo en la formación de hombres y mujeres en la sociedad. Para tales propósitos se utilizarán ideas y conceptos tomados de los más importantes investigadores relacionados con los estudios civilizatorios e instituciones dedicadas a controlar, disciplinar y mantener el orden social establecido a través del encierro.

Buena parte de la investigación aquí presentada se basa en los estudios del sociólogo alemán Norbet Elias quien, en su monumental obra *El Proceso de la Civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (1977), logra explicar cómo se van construyendo a lo largo de la historia los espacios públicos y privados donde las personas debemos convivir y comportarnos, incluyendo el vestir, hablar y pensar de acuerdo a lo establecido por los Estados y sociedades que se asumen superiores y modélicas para otras. De este modo, el ser humano va formando un mundo artificial rodeado de imposiciones y sometimientos al que denominaré civilización.

Una de las razones por las que se toman los estudios de Elias es su éxito al mostrar con claridad la conformación del desarrollo de la humanidad mediante dos puntos

específicos y amplios: el inicio de la sociedad, y los orígenes de los cambios psíquicos y mentales de los hombres y las mujeres en el tiempo histórico. A esos dos principios en adelante se les conocerá como la sociogénesis y la psicogénesis (Elias, 2009, p. 79 - 80). Estos conceptos son fundamentales para entender el rol angular que toma el control social y el autocontrol humano al momento de establecer las complejas relaciones sociales que explican la civilización pasada y actual.

El autor toma la historia de occidente para mostrarnos el proceso civilizatorio y a partir de ello poder realizar algunas generalizaciones con otras sociedades. Uno de sus principales descubrimientos es explicar que:

La civilización no es un proceso provocado por seres individuales, que hayan tenido conciencia racional para querer hacer los cambios en la sociedad (Elias, 2009, p. 535) [...] Sino que en el transcurso de las modificaciones históricas hay un orden direccionado por las coacciones sociales que pasan de ser externas o violentas a coacciones internas o la vergüenza. Lo cual forma en la conducta humana la necesidad de la autodominación y control de las acciones de las emociones humanas (Elias, 200, p. 536).

De este modo, se transcurre de un periodo de violencia y dominación, a otro donde se somete a las personas a través de sistemas sociales relacionados con la modificación de las conductas y formas de violencia psicológica ejercidas desde el nacimiento hasta todo proceso formativo de las personas. Pero ¿cómo sucedió este proceso? Elias considera que en los inicios de las formaciones sociales, los movimientos emocionales o racionales de los hombres se entrecruzan de modo continuo en relaciones de amistad o enemistad, ocasionando situaciones de competencia que obliga a enfrentamientos entre grupos; obteniendo el ganador del conflicto un monopolio del poder y creándose con ello una nueva sociedad o Estado.

La nueva organización del poder crea una dinámica en un grupo de personas mutuamente responsables y que comparten un conjunto común de principios con otros, que Elias llama «la creación de interdependencias» en los seres humanos que van a influir directamente en el cambio de costumbres que se consideran superiores a las establecidas antes de los conflictos. Aquellas nuevas formas sociales serán la manera en que se va desarrollando el proceso civilizatorio en Europa occidental. (Elias, 2009, p. 537). El resultado es la construcción de sociedades con ánimo de superioridad, porque al ser su cultura la dominante, esta debe imponerse y hacer sentir sus tradiciones, leyes

y comportamientos; las cuales deben ser practicadas por sus miembros e imitados por quienes no son parte del grupo de poder.

Partiendo de la explicación anterior, la presente tesis toma el modelo de Norbert Elias porque la cultura peruana está fuertemente influenciada por la cultura occidental desde el siglo XVI con la conquista del Tahuantinsuyo y el establecimiento del virreinato español del Perú. Este choque cultural fuerza a adoptar costumbres y tradiciones del grupo ganador del conflicto que hasta el día de hoy son parte de la cultura del actual país. Transcurridos los siglos XIX, XX y el actual inicio de milenio, las sucesivas influencias de metrópolis como las de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos han sido — y continúan — siendo muy intensas en diferentes campos, interiorizándose en la conciencia de nuestra población a tal grado que les es casi imposible no considerarlas como modelos de países civilizados y siendo, al mismo tiempo, la meta hacia donde debería llegar nuestra sociedad.

Este modelo ayuda a comprender que la reorganización de la sociedad dominada es el inicio del proceso civilizatorio occidental, y como el nuevo estado dominante obtiene el monopolio de la violencia para usarla primero intensamente y *a posteriori*, ir la reduciendo porque ha creado espacios liberados gracias a su sometimiento y a la desaparición de la cultura antigua (Elias, 2009, p. 541). Una vez que se logra la tranquilidad, se establecen claramente las clases sociales a través de complicadas reglas de comportamiento, vestimenta y formas de hablar que se autoproclaman superiores y se establecen como el modelo a seguir para los otros grupos sociales. Ejemplos de esta teoría aplicada a la realidad son los hechos sucedidos con los incas, los mexicas y otras culturas dominadas por los pueblos occidentales.

Todo este proceso ocurrirá durante los siglos más antiguos, pero en las últimas décadas del siglo XX y abarcando hasta la actualidad, tenemos que el proceso civilizatorio se lleva a cabo en gran medida de *un modo ciego* (Elias, 2009, p. 549). Es decir todo se desarrolla a partir de los ejemplos de las grandes potencias del mundo; admiradas y practicadas por muchos adultos quienes les exigen a los niños y adolescentes que practiquen reglas de comportamiento y actúen de acuerdo a lo que la cultura occidental ha establecido. Estas imposiciones deben ser aceptadas sin mayor explicación racional y con el convencimiento que es lo que la sociedad pide y espera de las personas de bien. En otras palabras, la exigencia de gente civilizada, de la que domina la sociedad y, por ende, con prestigio.

Pero ¿cómo se logra incorporar este proceso en las nuevas sociedades y las personas? El autor explica que es necesario que la clase dominante desarrolle controles sociales sobre tres puntos fundamentales: 1) la naturaleza que de alguna manera será controlada por los seres humanos a través de la ciencia y tecnología; 2) la sociedad, con la formación de complicadas organizaciones y estructuras que pretenden dominar a los seres humanos en la forma en que planifican su vida desde el nacimiento hasta la muerte; 3) la persona que debe aprender a autocontrolarse y autodominarse para poder desarrollar el complejo proceso civilizatorio, reprimiendo su naturaleza y deseos (Elias, 2009).

En los siguientes párrafos se explicará con mayor amplitud cada uno de estos tres puntos para entender el complejo camino que toman las sociedades para ser consideradas civilizadas.

1.1 Controles del grupo dominante

El grupo que dirige una sociedad tiene la necesidad de ejercer control sobre todo aquello que está en su espacio de poder. De esta manera puede demostrar que son ellos quienes dominan y tienen la superioridad sobre cualquier otro grupo humano a través de acciones concretas, pero también sobre las formaciones espirituales o conductuales. En las líneas siguientes explicaré tres de los principales controles desarrollados por quienes ejercen poder en un determinado territorio. De este modo es comprensible la manera en la que toma forma el mundo artificial humano al momento de imponerse una determinada civilización.

a) La naturaleza

La naturaleza es todo aquel conjunto de elementos que forman parte del mundo físico y que no ha sido modificado por los seres humanos (Enciclopedia Universal, 2009, p.10780). Ese espacio ha sido el lugar donde hemos evolucionado y, en el proceso, incluso logramos transformar y controlar lo natural en gran medida debido a la curiosidad y la búsqueda constante de conocimientos que tienen como su máxima expresión a la ciencia. Esta es la encargada de describir parcialmente el funcionamiento de la naturaleza y es capaz de producir artefactos, maquinarias, e instrumentos que, en su conjunto, hemos llamado tecnología. Su éxito implica un importante cambio en la vida de los hombres y las mujeres ya que los aparta en gran medida de la dependencia

extrema a lo que provee la naturaleza a partir de la recolección o la riesgosa cacería, y los convierte en seres capaces de controlar el espacio donde se establecen.

El control de la naturaleza se ha realizado en diversas etapas. La primera de ellas está relacionada con la producción de alimentos a través de la agricultura y ganadería, actividades que se desarrollaron en diversos polos culturales en el mundo como lo fueron Mesopotamia, Egipto, América Central y Sur, además del Asia oriental donde surgiría China. Su inicio se encuentra en el Neolítico, cuando se da el gran paso de una economía de caza y recolección por una donde son capaces de producir plantas y animales según las necesidades de determinado grupo de personas (Enciclopedia Universal, 2009, pp. 199–201). Esta producción de alimentos generó a su vez el establecimiento y creación de espacios públicos donde se asentaron las primeras sociedades en las llamadas ciudades; lugares rodeados de diversas construcciones con fines administrativos, económicos, políticos, sociales y religiosos, ubicados en distintas áreas naturales; siendo verdaderos retos al ingenio humano ya que a pesar de lo difícil de la geografía y el clima, lograron establecerse — gracias a los avances científicos — en casi todos los rincones del planeta. A lo largo de la historia hemos observado la manera en que diferentes culturas han dominado a la naturaleza en lugares donde antes la humanidad jamás existió. Algunos ejemplos nos los muestran los egipcios quienes en pleno desierto lograron desarrollar una poderosa civilización con avanzadas técnicas de construcción e hidráulicas; o los griegos quienes desarrollando las famosas ciudades-estado en islas rocosas y poco fértiles, forjaron una de las culturas más influyentes de occidente. También tenemos a los mayas modificando los bosques para construir inmensas pirámides con impresionantes diseños en piedra; o los incas modificando varias montañas de la cordillera de los andes para elaborar terrazas agrícolas y erigir ciudades poderosas en sus cimas. De esta manera diversos grupos humanos fueron ampliando la presencia de hombres y mujeres en diversos puntos del planeta desafiando a lo natural y utilizándolo en numerosas áreas de la vida social.

La gran transformación de la naturaleza está relacionada también con la necesidad de los hombres de explorar lo desconocido. Gracias al aporte de nuevos conocimientos, se logró conquistar los grandes mares y océanos, debido entre otras cosas al diseño de mejores embarcaciones y aparatos para navegar de noche. Ello logró la unión de los continentes, conocer una nueva naturaleza que posteriormente será saqueada — y en algunos casos destruida — para adecuar el paisaje a los criterios del grupo que logró dominar esos territorios; y además, los grupos humanos nativos — carentes de los

conocimientos de los opresores — serán diezmados y los sobrevivientes «civilizados» según la manera en la que el grupo dominante impone su cultura.

La vida en la ciudad ha generado humanos cada vez menos naturales y más artificiales que han transformado casi todas sus actividades. Así tenemos el uso de diversas vestimentas, adornos, y la creación de artefactos que han cambiado momentos tan simples como el acto de comer. Antes esta actividad se podía realizar en cualquier lugar y sin mayor utensilio que las manos, pero luego con los avances sociales se convirtió en una actividad practicada en espacios íntimos denominados comedor, donde se usan mesa, sillas, servilletas, mantel, varios recipientes y una gran variedad de cubiertos que marcan el nivel de refinamiento de la familia o sociedad que los ponen en práctica (Elias, 2009, pp. 188-191). Sobre lo descrito se pueden tomar otros ejemplos del hogar como la creación del baño: habitación individual y oculta, o el dormitorio que se creó para el descanso y al que se le han añadido otras funciones, así como una variedad de artefactos e indumentarias que reflejan cómo se ha modificado la naturaleza. El mismo autor consideraba que, cuando «un grupo humano alcanza el mayor grado en la técnica, así como al tipo de modales y desarrollo del conocimiento científico se le puede hablar de civilización» (Elias, 2009, pp 82-83) porque, cuanto más se transforma lo natural y se complejiza la vida de los seres humanos, pues estamos frente a una sociedad que produce lo que es considerado civilizado.

Es importante advertir que si bien los seres humanos hemos avanzado en el conocimiento y transformación de la naturaleza, no somos completamente artificiales ya que sigue estando en nosotros los placeres e instintos que nos recuerdan que seguimos siendo animales a pesar de tener a la ciencia que nos apoya. Además hasta el momento no se han podido controlar los fenómenos climáticos, el envejecimiento, la muerte y otros acontecimientos que nos recuerdan la superioridad de la naturaleza.

b) La sociedad

En el largo proceso por el que los seres humanos nos organizamos estableciendo jerarquías, imponiendo normas y creando instituciones, hemos terminado por establecer aquello que llamaremos la sociedad. Esta es la que se encarga de supervisar que todo el orden creado y acostumbrado no cambie o, en su defecto, siga su ritmo normal salvo que surjan nuevas y aceptadas formas de concebir lo civilizado y se realice una revolución social.

Es la sociedad quien se encarga del desarrollo o evolución de la humanidad ya que funciona como «el gran aparato de modelación y adaptación de cada miembro bajo su supervisión» (Elias, 2009, p. 549). Ahora, es importante señalar que ese control no lo realiza en forma aislada pues cuenta con el respaldo de todos sus miembros quienes han sido organizados o insertados en diversas instituciones. Entre las más importantes están las de tipo político, militares y religiosas. Todas ellas complementan con una serie de creencias, costumbres y tradiciones, todo un conjunto de redes que hacen posible sostener un sistema social civilizado.

Y sin duda, una de las instituciones más importantes y complejas es el Estado. Se configura como el gran organizador de un pueblo o nación, pero también es uno de los principales entes que se encarga de controlar y vigilar a una sociedad democrática occidental a través de instituciones políticas que ejercen su poder con la generación de leyes (Parlamento), la ejecución de la ley (Poder Judicial) y la administración de la economía y bienestar de la población (Poder Ejecutivo). Todo ello funciona por un elemento llamado *pacto social* por el cual los ciudadanos le confieren poder a un conjunto de personas para que puedan gobernarlos. Ese acuerdo se complementa con el soporte coercitivo de los estamentos militares, quienes harán cumplir la ley al estarles permitido el uso de la violencia bajo el amparo de la legalidad (Elias, 2009, p. 541).

La policía junto a las fuerzas armadas reúnen a una mayoría masculina que, antes de ejercer su oficio, pasan por varios años de entrenamientos — encerrados periódicamente — donde no sólo aprenderán sus funciones, sino todo un cambio en las formas de crianza adoptadas en la vida civil. Este grupo comienza a obtener un enorme respeto por los demás miembros de la sociedad ya que representan al orden y la tranquilidad en el espacio social, necesario para el desarrollo económico.

Las religiones asumen una parte importante en esta construcción del proceso civilizatorio al constituirse como el orden moral respaldado ya no por una fuerza humana, sino divina. Esta fuerza sobrenatural explica para el común de integrantes del cuerpo social aquello que los seres humanos no entendemos o no queremos entender, además de darnos consuelo frente a los grandes problemas y dificultades presentados en la vida cotidiana. Pero en el fondo, esta institución en ocasiones casi disimulada y en otras muy vehemente y notoria, se configura como una de las más represoras ya que son sus normas las que pretenden orientar y controlar el o los usos del cuerpo, la vida y la mayoría de las acciones humanas. La no sujeción a sus preceptos se considera no solo como una ofensa a su grey, sino también como una ofensa a la divinidad de la que se

hace conferir autoridad; ejerciéndose sobre los transgresores amenazas como castigos celestiales, la pérdida de la vida eterna luego de la muerte, o la mancha en la honra familiar al no seguir los mandamientos de Dios que este canaliza a través de ella.

Las instituciones descritas anteriormente usan como instrumentos de legitimidad a una serie de personajes, imágenes, tradiciones y costumbres que fortalecen y dan continuidad a su poder de control sobre las masas. Veamos el caso del Estado. Este declara días feriados y establece conmemoraciones a fechas significativas como las celebraciones de independencia, acompañándolas por fiestas, música y comidas especiales. En el caso de las fuerzas armadas, estas exaltan el valor y coraje de los héroes en batallas y guerras, se construyen monumentos y se asignan días especiales para recordar sus hazañas. Y en las religiones esta parafernalia no se queda atrás, mostrándonos a personajes divinos con uno o varios poderes sobrenaturales, siendo capaces de sanar gente o resucitar, colocándoseles como modelo de vida. Incluso se crean ceremonias donde los creyentes deben demostrar fidelidad exponiendo humildad, o hasta flagelándose, regalando monedas u objetos y muchas otras demostraciones de sacrificio.

Un papel importante en la validación de estas instituciones lo cumplen las clases altas o dominantes; quienes desarrollan reglas de comportamiento para diferenciarse de las demás clases y a su vez consiguen que los estamentos inferiores traten de imitarlas para mejorar su estatus. De esta manera las interdependencias se afirman y logran que la sociedad funcione (Elias, 2009, pp. 547–548).

Es importante señalar que los controles sociales funcionarán — en sus primeras etapas — siempre que exista una autoridad o persona moral vigilando las acciones de los otros. Así ya lo han demostrado los estudios de Elias, quien explica que las sociedades militarizadas ejercen violencia y control total de las personas para que el sistema normativo se cumpla (2009, pp.544 – 547). De manera similar reflexiona Goffman al describir la vida cotidiana de las cárceles y cuarteles, donde la ausencia de autoridad propicia actos de indisciplina y robos entre compañeros de dormitorio (2001, pp. 69 – 74) En esa misma línea Michel Foucault explica que la modificación de la conducta requiere una vigilancia constante por parte de quienes ejercen poder. Por tal razón se requiere un examen continuo de todo el grupo que está dentro de una institución de encierro (2013. pp. 199 – 203). Entonces se puede inferir que en los espacios privados o donde la autoridad es escasa los seres humanos tienden a relajarse y a guiarse más por sus instintos y naturaleza. Propuesta que se intentará comprobar en el capítulo III de

esta investigación, a través del análisis de las fuentes primarias que nos remiten al internado de los cadetes del CMLP, y que a su vez formará parte de las respuesta a la interrogante sobre los efectos de una educación militarizada.

La persona

El autocontrol y la autodominación del individuo se logran con la fuerte represión que se ejerce sobre su naturaleza — desde muy niño — y durante todo su camino a la adultez. Norbert Elias en varias partes de su texto explica este proceso utilizando la teoría del psicoanálisis de Sigmund Freud, la cual establece que es necesario el escudriñamiento del aparato psíquico. Este elemento se halla dividido en el *Ello* como parte primitiva, desorganizada e innata de la personalidad, cuyo único propósito es reducir la tensión creada por «pulsiones» primitivas relacionadas con el hambre, lo sexual, la agresión y los impulsos irracionales. Se agrega el *Yo* que tiene como fin cumplir de manera realista aquellos deseos y demandas del *Ello* hacia el mundo exterior, y a la vez conciliándose con las exigencias del *Superyó*. Es este último al que Norbert Elias le da gran importancia al ser producto de la influencia social y cultural, conteniendo el motor transformador de la civilización. Este último somete a la naturaleza humana a conflictos entre lo que quiere por instinto; y lo que debe hacer o reprimir si quiere seguir perteneciendo a una sociedad (Elias, 2009, p. 550).

Resulta necesario entonces que el proceso para que un ser humano se convierta en un ser social deba iniciarse desde la niñez y dura hasta el término del crecimiento biológico llamado adolescencia. En la adultez ya no se expresa y ejerce el mismo nivel de presión porque ya se asume como un individuo formado, siendo ya muy difícil aplicar una presión real sobre ellos. Para afrontar esta situación surgen de manera útil otros tipos de presiones como las leyes, las normas morales y familiares para que no abandone el encierro social al que está siendo sometido.

Ya desde que nacemos, a los seres humanos nos separan por géneros y por lo tanto, nos asignan colores para diferenciarnos en nuestra sexualidad, les dan características a cada uno de ellos asociándolas a dicotomías como la debilidad- valentía, la discreción- audacia y otras más que sirven en la implementación de estereotipos que la sociedad ha impuesto para hombres y mujeres. Además, nos enseñan a sentir miedo a través de tradiciones, estando nuevamente la religión como una abanderada de esta causa, la cual

va suprimiendo nuestra libertad y naturaleza. Asimismo la vergüenza, una vez aprendida, juega un rol muy importante para el autocontrol de una persona ya que aprendió a juzgar que ciertas acciones no son aceptadas en la sociedad y es necesario suprimirlas si quiere seguir formando parte del grupo (Elias, 2009, pp. 547-550). Como ejemplo están los modales en la mesa, el comportamiento frente a un adulto, el respeto por la divinidad, la exacerbación de los símbolos patrios y los héroes. De esta forma el individuo comienza a diferenciar y practicar maneras de actuar en espacios formales y otras en los espacios de distracción, sin olvidar el reprimir los deseos fisiológicos.

Cuando se llega a la adolescencia y tras año de asimilar el modelo educativo y la escala de valores que la sociedad impone, se consigue en buena medida la consciencia del autocontrol en una persona. Sin embargo ese proceso no ha terminado porque es en este periodo donde se empieza a cuestionar varias normas y reglas aprendidas, haciéndose necesario utilizar nuevas estrategias de miedo, vergüenza y desagrado para conseguir la imposición de la autodominación. Aquí juegan un rol importante los padres, familiares, profesores, los medios de comunicación y otros personajes inmersos en los diferentes agentes de socialización y que ayudan a hacer efectiva la formación social de alguno de sus jóvenes integrantes.

Norbert Elias considera que el proceso civilizatorio sólo es claramente desfavorable o favorable en un número relativamente bajo de casos, ya que «la mayoría de personas en una sociedad vive en un punto medio entre esos dos extremos» (Elias, 2009, pp. 550-551). Eso significa que la mayoría de seres humanos nos logramos adaptar a todas las privaciones naturales que nos impone una sociedad; o en palabras sencillas, logramos comportarnos como quiere un sistema en el ámbito público: reprimimos nuestros deseos y naturaleza, trasladándolas a otras actividades como los deportes o la violencia. En contraparte, son en los espacios privados y con mínima autoridad donde relajamos las reglas aprendidas y así poder liberar las tensiones reprimidas por la propia civilización.

1.2. El encierro y las instituciones civilizadoras

La sociedad en el transcurrir del tiempo ha ido perfeccionándose en lo referente a las formas de controlar, disciplinar y reprimir a sus miembros. Es por esa razón que se pueden observar diferentes métodos y organismos dedicados a cumplir esa labor, con una tendencia a buscar acciones menos evidentes y al mismo tiempo, más sutiles para civilizar a los seres humanos. Bajo esta realidad surgen los espacios privados y

cerrados, donde se aíslan a diferentes grupos de personas –de acuerdo a lo que se les quiera enseñar o corregir- con el objetivo de mantener el orden establecido por la sociedad y las instituciones que la administran. A continuación, se explica este proceso a partir de lo investigado y difundido por Michel Foucault e Irving Goffman. Ellos complementan lo desarrollado por Norbert Elias, dando mayores detalles sobre cómo la sociedad se construye y se establece en un proceso civilizatorio.

a) Cambio en el control de la sociedad

La manera como se puede evidenciar los cambios en la sociedad es revisando el pasado y, a partir de ello, observar la forma — cada vez más discreta — de ejercer el control sobre todos sus miembros, principalmente sobre quienes no están dentro de lo normal o hacia quienes trasgreden las leyes. Un ejemplo puede ser cuando se asumió que los enfermos mentales son un peligro para el orden establecido, se dejó de ignorarlos y se crean instituciones para encerrarlos y mantenerlos aislados a partir del siglo XVI (Foucault, 2009, Tomo I). Por otro lado, los delitos y los errores (como pasó en las sociedades monárquicas europeas) se castigaban de manera ejemplar mediante actos públicos y con crueldad extrema. Sin embargo, conforme va cambiando el paradigma social — influenciado entre otras cosas por el movimiento intelectual conocido como la Ilustración — se empieza a ver con otros ojos la tortura y la flagelación física de los cuerpos, buscándosele reemplazo vía cautiverio de las almas a través del encierro en las cárceles (Foucault, 2009, pp. 15–21). Es decir, el proceso civilizatorio refina su control y diseña instituciones para ocultar los defectos sociales, y a su vez logra interiorizar en las personas lo que les puede suceder si no logran adecuarse al régimen social; teniendo esta nueva forma de control, mayores alcances y efectos menos visuales para una sociedad que se pretende encaminar en el proceso de perfección.

La inspiración para las instituciones mencionadas líneas arriba y otras como los colegios y los orfanatos fueron, primero, los monasterios medievales y luego los cuarteles de la edad moderna. Ambas tienen en común el encierro de personas para un fin determinado y «el control de los cuerpos a través de una disciplina transformadora” (Foucault, 2009, pp. 157-161). Esos dos elementos se necesitan mutuamente y la falta de uno puede hacer fracasar al otro. Por esa razón son imprescindibles en organizaciones de control social. Así, la disciplina aporta un conjunto de «coerciones que constituyen un trabajo sobre el cuerpo, una manipulación calculada de sus elementos, de sus gestos y de sus

comportamientos» (Foucault, 2009, p. 200). Los seres humanos ingresan a un mecanismo de poder que los estudia, desarticula y los reestructura según lo pedido por el orden social. Además se puede afirmar, como dice Foucault, que la disciplina *fabrica individuos* ya que en el proceso de formación los estandariza y, de alguna manera les hace perder identidad para lograr el objetivo del control social. El triunfo de un sistema disciplinario se basa en la buena aplicación de instrumentos de sujeción como «la inspección constante y jerárquica; la sanción normalizadora y ejemplar; y la vigilancia constante para hacer sentir a los sometidos que el poder superior los observa constantemente» (Foucault, 2009, p. 200).

La disciplina es fundamental en los organismos de encierro ya que logra ordenar a los individuos en el espacio donde serán reclusos, siendo el encierro ese lugar que materializa el orden social al segregar a los individuos que necesitan adaptarse a la sociedad o deben estar separados de la vida social porque interrumpen el orden y las costumbres establecidas y, para lograr su cometido, debe aplicársele una clausura. Es este sistema de internamiento, con su consiguiente aislamiento con el mundo exterior, el que logra generar en los internos la impresión de respeto o miedo, según la perspectiva del disciplinado. Como explica ampliamente Foucault, el sistema de encierro — que tiene sus inicios en los monasterios — se empezó a aplicar en otras instituciones disciplinarias como cuarteles, colegios, hospitales, talleres y otras instituciones que buscan someter a régimen de orden y obediencia a sus internos.

b) Los internados

Es importante saber la mirada del sujeto internado pues conociendo su sentir podremos saber los efectos que causan las instituciones civilizadoras de encierro sobre quienes permanecen en ellas. Por ello hemos tomado el trabajo de Erving Goffman titulado “*Internados*” (2001) el cual nos describe el lugar de encierro de los enfermos mentales, y a su vez logra reflexionar sobre este tipo de organizaciones en general, a las cuales llama *instituciones totales*, por compartir algunas características muy similares como «un lugar de encierro, donde conviven un número determinado de individuos, en igual situación, por un determinado tiempo, obligados a seguir una rutina diaria y que son administradas oficialmente» (Goffman, 2001, p.19).

Aquí encajan muy bien los hospitales, colegios, cuarteles, monasterios, orfanatos o cárceles. Todas tienen una razón de existencia diferente, aunque con el elemento común

referido a que la vida de los internos está ordenada en un solo espacio y con una autoridad vigilante. Aquí las actividades se «realizan en ese lugar en forma grupal, bajo un conjunto de normas estrictas, y todas las horas del día tienen programada una actividad que casi nunca varía» (Goffman, 2001, pp. 19–20); entonces en las «instituciones totales» los individuos están sometidos constantemente por un control y disciplina encaminada a desarrollar logros y avances que estos hogares tienen programados para sus internos.

Los individuos de estos espacios civilizadores son controlados por un personal especializado al que se le han conferido privilegios en su calidad de autoridades y quienes deben ser tratados con respeto al encarnar al sistema de control y sus instituciones. Es en estos lugares donde se construyen dos miradas: La de los supervisores o vigilantes, quienes se encargan de hacer cumplir las normas y mantener el orden establecido; y los internos quienes se someten y deben cumplir las órdenes que se le han enseñado para poder permanecer en esta institución (Goffman 2001: 21). Esta dualidad es fundamental para lograr el éxito de la institución y debe ser entendida y asimilada por los nuevos miembros desde el primer día. Quienes ingresen, deben comprender que han llegado a un mundo muy distinto al que estaban acostumbrados y por lo tanto tienen que adecuarse rápidamente si quieren tener una convivencia pacífica en el lugar. Goffman asegura que las instituciones totales ocasionan en los recién llegados una serie de depresiones, degradaciones, humillaciones y profanaciones del *yo*, lo cual hace que la moral del individuo decaiga y acepte rápidamente el nuevo mundo al que está siendo sometido. Una forma de desarrollar estas acciones es «aislando a los sujetos al mundo exterior y principalmente de sus seres queridos y amigos. Lo cual genera una sensación de soledad y necesidad de adecuarse al grupo que está siendo obligado a integrar» (Goffman 2001: 26-27). Aunque estos efectos no logran su cometido en la totalidad del grupo ya que algunas personas ingresan de manera voluntaria, ese grupo menor llega preparado emocionalmente para resistir con mayor rapidez los cambios que se le impongan. Por lo tanto, serán los más fuertes y con altas posibilidades de liderar grupos dentro del encierro y organizar formas de vivir más serenamente dentro del claustro.

Los primeros meses o el primer año resultan los más trágicos para quienes ingresan, pues adecuarse al encierro implica someterse a reglas de comportamiento; ritos de iniciación con actividades rudas; cambios de nombre por uno del algún animal u objeto. Ello causa el deterioro de la persona o, como dice Goffman, *la mutilación del yo*. Esto

se materializa cuando le quitan sus pertenencias, les cortan el cabello y les cambian su ropa civil por uniformes que los iguala a los demás ingresantes.

Se debe destacar también que es a través del lenguaje que los internos sienten o se auto reconocen en estatus inferiores, manteniendo así sus distancias frente a sus tutores o autoridades a quienes deben hablar con respeto y en ocasiones, por medio de súplicas; casi siempre acompañadas de apelativos como «señor» u otro nombre que denote jerarquía y subordinación (Goffman, 2001, pp. 33-34).

En general, el ingreso a una institución totalizante implica sometimiento y desprendimiento de lo ya acostumbrado. También implica la formación de otra identidad y el aprendizaje de un conjunto de normas que se respetarán y cumplirán mientras esté presente una autoridad. Se pretende con ello que, una vez fuera de la institución, el ex interno será otra persona: alguien adecuado para la sociedad que ahora está en condiciones de seguir las normas y cuya asimilación de este control impuesto por la reeducación, nos da mayores garantías de no volver a transgredirlas. Sin embargo en muchos casos lo que se logra es que desarrollen formas de actuar frente a una autoridad y en espacios públicos, o que sólo se hayan comportado como querían en el encierro para poder liberarse y seguir con sus propias costumbres.

c) Encierro social y material

Lo tratado líneas arriba ayuda a comprender a la civilización como un proceso de cambio longitudinal por medio de imposiciones que los grupos dominantes van desarrollando. Para ello fue necesario la creación de la vida social y el establecimiento de obligaciones referidas al autocontrol de emociones, sentimientos y del cuerpo. Además se ha destacado o ensalzado a las sociedades de occidente donde la vigilancia y la disciplina se hacen menos evidentes, pero afinando su precisión. De este modo logran continuar con el control del poder por medio del cumplimiento estricto de la norma, ya que han desarrollado diversas instituciones dirigidas a educar, castigar y ejemplificar a la mayoría de sus integrantes.

Los procesos e instituciones explicados pueden ser analizados desde el término *encierro*, el cual según el Diccionario de la Real Academia Española (2014) lo define como «la acción de encerrar o encerrarse»; es decir, por medio de la decisión de otros o por voluntad propia una persona puede ser sometida a un espacio donde ha perdido ciertas libertades y con el objetivo de aislar, castigar, controlar o autocorregirse.

Esta definición puede aplicarse para describir la vida en sociedad porque ahí los seres humanos somos sometidos a una serie de encierros sociales y materiales durante la mayoría de nuestra existencia. Por lo tanto, no necesariamente el encierro implica un espacio físico; abarca además a todas aquellas acciones e imposiciones que se ejercen sobre las personas para adaptarlas a una determinada civilización.

Se puede afirmar entonces que desde nuestras primeras horas de vida. Somos sometidos a diversos encierros como cuando se nos impone colores para diferenciar nuestros géneros: Harán todo lo posible para internalizar en nuestras mentes que los hombres se comportan de una sola manera y las mujeres de una forma opuesta; nos llenarán de prejuicios y estilos de vida, nos someten a una religión sin entender su dogma. A la corta edad de cinco años o menos, saldremos del encierro familiar para pasar al encierro educativo, donde por varias horas se nos dirá qué hacer y cómo hacerlo. En los siguientes años las horas de encierro escolar se prolongarán y continuarán durante once años más. Lo siguiente será convencernos de las profesiones que deberíamos seguir si queremos obtener el éxito social, mutilando, a veces, la verdadera vocación; y por último presionarán para formar un solo tipo de familia y repetir con nuestros hijos todo este proceso aprendido. Aquí no hay muros ni celdas, pero se cumple con la disciplina y el control de las personas para limitarlas y moldearlas de acuerdo con lo exigido por una sociedad.

El encierro social no funcionaría si no existieran los encierros materiales pues ayudan en la formación y coerción de los seres humanos de forma concreta y evidente. Por tal motivo, su conformación requiere de un conjunto de instituciones como es el caso de los colegios. Es aquí donde pasaremos buena parte de nuestra niñez y adolescencia aprendiendo lo necesario para actuar bien en la vida social, los hospitales servirán para aislar a quienes no evidencian las condiciones de salud que los demás tienen y que la sociedad espera, las correccionales de menores dirigida hacia aquellos adolescentes que no lograron adecuarse a las normas y cometieron delitos, los cuarteles para quienes deciden tener una vida disciplinada y ascender socialmente, los manicomios para ocultar a los enfermos mentales y no sean un peligro para el orden social, las cárceles para castigar y aislar a quienes cometen delitos o los asilos para cuidar a ancianos y reducir las preocupaciones familiares. Es así como al final de nuestras vidas, la mayoría terminaremos encerrados en una caja de madera y luego depositados en una institución llamada cementerio.

Como se observa, el encierro está presente de forma oculta o evidente y en ambas situaciones podemos encontrar un aparato que lo sostiene y al que hemos dado el apelativo de instituciones de encierro. El primero o aparato social que es el formado por todas aquellas normas, leyes, costumbres, tradiciones e imposiciones que nos obligan a realizar acciones no deseadas, pero sí aprobadas por la sociedad; generalmente ejecutado por familiares, amigos, y autoridades. El segundo — complemento del anterior — es el encierro material, configurado por una serie de instituciones especializadas y orientadas a controlar, disciplinar, adiestrar, castigar y normalizar a un grupo determinado de personas, a través de una infraestructura de cautiverio.

Los anteriores organismos implican presiones familiares, generación de miedos, el desarrollo de vergüenza, los deseos de ser civilizado, la conciencia de respeto por algún tipo de autoridad y muchos otros más. Y a su vez también comprometen recintos cerrados bajo estrictas normas y según la categoría de la institución: Unos con cercos perimétricos y todos ellos con personal dedicado a la vigilancia y disciplina. Todas estas instituciones son aceptadas y permitidas por todos los miembros de una comunidad al considerárseles necesarias para tener un menor número de interrupciones de lo que se pretende o califica como lo normal para una sociedad. En la presente investigación se utiliza todo lo ya descrito para analizar la vida dentro de un tipo de institución social de encierro, en este caso del tipo educativo: el Colegio Militar Leoncio Prado.

Capítulo II

La educación y el encierro

El encierro es una herramienta que puede ser usada de variadas formas en la vida social puesto que sus alcances han estado muy relacionados con las nociones y prácticas de generar una sentencia, dictaminar un castigo e infringir un dolor. Sin embargo, su utilidad puede encontrarse en otras actividades menos punitivas, lo que incluye sin duda alguna a la educación. Con el transcurrir de la civilización, la formación educativa fue tomando gran importancia y obteniendo espacios propios con el tiempo, muchas veces hasta de caracteres aislados, cerrados y donde un grupo selecto de individuos jóvenes sería disciplinado y aprendería todo lo necesario para dominar o ser un eficiente subordinado en una sociedad. Se puede advertir entonces que la educación se constituye como un elemento trascendente que ha requerido de una infraestructura particular para su ejecución, y por tal razón está muy bien relacionada a espacios segregados para generar sistemas de orden y disciplina a través de un encierro voluntario en la gran mayoría de casos.

Aunque los orígenes de la educación no tienen una datación definida, ello no impide señalar que sus inicios estarían enmarcados dentro de la prehistoria. Los grupos humanos debían aprender rápidamente a cazar, recolectar y defenderse de los peligros de la naturaleza si querían sobrevivir. Luego, con el surgimiento de los diversos tipos de sociedades y su respectiva complejidad, la educación fue adquiriendo diversos grados de intensidad y complejidad según la ubicación del individuo en la jerarquía de cada

sociedad. Así tenemos que el inicio de este proceso siempre era ubicado en el seno familiar y posteriormente fue surgiendo la figura del o los maestros: individuos quienes en sus casas o en el campo daban largas charlas didácticas sobre la moral de una sociedad y las principales premisas que regían la identidad individual dentro del colectivo. Con el tiempo, en los grandes templos o palacios se empezó a aislar a los jóvenes de la élite para asimilar todo lo referente a la vida espiritual y la administración de su pueblo. Así, quienes tenían un alto rango de mando, recibirían la mayor información y enseñanzas; mientras que otros muchos ubicados en el zócalo de la pirámide social tendrían una educación muy básica, dirigida al servicio y sostenimiento de su civilización.

El propósito de este segundo capítulo será exponer los orígenes de la educación en occidente, vinculada al encierro y su estrecha relación con la cultura de cada sociedad. Se explicará el desarrollo de la educación en el Perú y su relación con un aprendizaje de encierro; por último, analizaré la fundación e historia del Colegio Militar Leoncio Prado y su importancia en la educación peruana de mediados del siglo XX.

2.1. La educación y la civilización

La educación a lo largo de la historia de la humanidad ha sido la principal difusora de la cultura de un Estado. Este es el sistema de transmisión de ideas y saberes encargado de facilitar el aprendizaje de diversos conocimientos, habilidades, valores, creencias, tradiciones — entre otros elementos — que sirven para el fortalecimiento y continuidad de una sociedad. Su estudio requiere amplias investigaciones que permitan bosquejar las muy diversas formas en que los seres humanos hemos sido sujetos al rol educador en diversos territorios y contextos históricos.

Justamente, en esta parte de la tesis se expone parte de la historia de la educación que atañe a la civilización occidental, así como la tendencia del uso de espacios cerrados para educar en su calidad de modelo para el caso estudiado. Ello no excluye que se haga referencia a las culturas que ejercieron gran influencia sobre Europa; como son todas aquellas cercanas al Mediterráneo y el próximo Oriente. Y es que, tomando las palabras de Abbagnano y Visalvaberghi: «Las sociedades civilizadas son aquellas cuya cultura está abierta a las innovaciones y posee instrumentos aptos para hacerles frente, comprenderlas y utilizarlas» (1992, pp.12 – 13). Esas culturas llamadas «dinámicas» por los autores citados, las podemos encontrar en Europa y son aquellos que fueron capaces

de tomar a su favor una serie de conocimientos ajenos y luego reproducirlos en su cultura, sin que implique una destrucción de las tradiciones. Entre estas primeras influencias para Occidente, podemos citar a la cultura egipcia, babilónica y la India. Todas ellas desarrollaron formas de generar educación a través de la enseñanza religiosa y militar, necesarias para continuar con el orden estamental de sus sociedades. Para el caso de la cultura egipcia, existían maestros privados quienes enseñaban la labor que ejercían los escribas, así como grandes escuelas cerradas donde se formaban — en un ámbito religioso — las altas autoridades y funcionarios; estando entre las más importantes aquellas instaladas en los templos de Menfis, Heliópolis y Tebas. Fueros estas locaciones donde se formaron a los escribas de alto rango, los cuerpos administrativos, médicos, ingenieros, arquitectos y sacerdotes que sostenían el aparato burocrático y administrativo del antiguo Egipto (Abbagnano y Visalvaberghi, 1992, pp. 22 – 23). Del mismo modo en Babilonia — donde la casta sacerdotal era muy poderosa — la educación fue de exclusivo acceso para la clase dominante, llámese el clero y la milicia, quienes aprendieron estos saberes por medio de la práctica repetitiva y bajo severas medidas disciplinarias. Para el caso de la India, la educación fue transmitida en el interior del sistema de castas, a tono con su condición de ser un conjunto de familias que — de acuerdo con su clase social — podían estar dentro de la élite o tener la condición de siervos. Aquí la educación era relacionada con su papel en la administración, los oficios y tradiciones que cada familia ejercía según su rango o prestigio parental.

Una mención aparte merece el reino de Judea, en donde los judíos asimilaron tradiciones babilónicas, griegas y persas, las cuales ayudaron a moldear su religión; y donde los profetas fueron los grandes maestros, no solo en religión, sino en filosofía y costumbres (Abbagnano y Visalvaberghi, 1992, pp. 28 – 29) las mismas que enseñaban en templos, pero también en calles, plazas y el campo. Se les menciona porque *a posteriori*, parte de su cultura religiosa será adoptada por varias sociedades europeas que se hacen llamar «civilizadas» en el contexto de seguir una tradición religiosa que les permite adoptar la posición de autoerigirse como pueblos elegidos para gobernar el mundo.

Como se observa, las culturas africanas y asiáticas que sirvieron de influencia en las europeas, nos muestran una educación con un inicio en el núcleo familiar y que luego — según su orden social — otorga más beneficios al grupo dominante ya que recibe un aprendizaje especializado, estricto, reglamentado y además existiendo un afán de

realizarlo en espacios separados de las masas con la finalidad de mantener los conocimientos y el prestigio en el mismo grupo dominante. Dicha situación se mantendrá hasta los albores de la confrontación con otro pueblo y, del resultado del conflicto, la cultura ganadora impondrá sus tradiciones, terminando por cambiar tanto el grupo privilegiado como aquel que recibirá los conocimientos (Elias, 2012, pp. 538-542). Esto configurará un patrón repetitivo a lo largo de la historia de la humanidad al ser una estrategia necesaria para imponer el sistema sociocultural de una civilización vencedora frente a la subyugada.

Es necesario — para ingresar a la educación de Occidente — iniciar hablando del mundo griego, ya que mucho de lo que se desarrolle en aquél pequeño rincón de penínsulas e islotes sur europeos, tendrá gran influencia en amplios sectores de su continente. Los registros arqueológicos nos permiten decir que Grecia es el producto de un conjunto de asimilaciones culturales que fueron difundidas entre los grupos dominantes y sectores religiosos de su tiempo y geografía tras un proceso largo que abarcó varios periodos. La mayoría de estudiosos encuentra tres momentos fundamentales: el arcaico (siglos VIII - VI a. C.) que es el período de formación de la cultura griega; el clásico (siglos VI - IV a. C) o período de la alta cultura y de la formación de las grandes *polis*, teniendo especial relevancia las de Esparta y Atenas; y por el último el período helenístico creado por Alejandro Magno en su gran proceso de expansión hacia el Nilo y el Imperio Persa (Larrollo, 1960, pp. 21 – 25). De lo anterior descrito nos abocaremos sobre todo al momento clásico y tomando como muestra a las *polis*, Esparta y Atenas. En la primera se desarrolló una educación que buscaba formar ciudadanos a partir del dominio y las destrezas de la guerra para dar legitimidad a la participación en la vida civil y política de la ciudad. Crearon un arquetipo de hombre basado en la obediencia, la disciplina, templanza, austeridad en la vida cotidiana y en la resistencia al dolor y al sufrimiento (Larrollo, 1960, pp. 28 – 29). Es decir, los espartanos o lacedemonios construyeron una forma de «ser civilizado» modificando la naturalidad de los hombres para convertirlos en seres normalizados en un contexto de defensa, patriotismo y guerra.

Este tipo de educación — como en la mayoría de culturas — no fue dirigida hacia toda la población espartana. Más bien la beneficiaria terminó siendo una minoría con derechos civiles y políticos gracias a que eran los descendientes de los dorios, aquel pueblo guerrero que invadió y conquistó Laconia, en el siglo X a. C., sometiendo a la esclavitud a sus habitantes aqueos y mesenios. Estos esclavos o *ilotas* se hallaban en lo

más bajo del escalafón social, luego de los denominados *periecos* quienes conformaban el conjunto de trabajadores libres dedicados al comercio, la artesanía y la agricultura. Ambos grupos conformaron la mayoría de la población espartana, privados de derechos por estar sometidos a la minoría espartana u *homoioi* que sí podía residir dentro de los muros de la *polis*. Esta situación provocó durante los siglos VII y VIII a.C. el estallido de las Guerras Mesenias, donde las poblaciones carentes de privilegios se rebelaron para lograr su libertad frente a la élite espartana, sin éxito. Tras esta experiencia, los espartanos desarrollaron un Estado militar aunado a una estructura social y educativa basada en el adiestramiento en el manejo de las armas, y en las virtudes del guerrero (Abbagnano y Visalvaberghi, 1992, pp. 41 – 46).

El referido proceso educativo se iniciaba desde el nacimiento, cuando los ancianos examinan al recién nacido y determinan si debía vivir o morir bajo la lógica de que un bebé sano sería un buen guerrero. Por el contrario, si observaban alguna enfermedad o si el neonato podía presentar alguna deformidad que le impediría sus deberes como espartano (léase como guerrero), lo condenaban a ser arrojado a un profundo foso desde el monte Taigeto. Luego de pasar esta primera prueba, será el Estado quien lo confería a la crianza de su madre a fin de educarlo hasta los siete años; a partir de allí, su educación quedaría a cargo del Estado hasta que cumplieran los treinta años. Y es que las leyes espartanas consideraban a los hijos de las familias *homoioi* como propiedad de la *polis*, de la comunidad. Así, al ser arrancados de los brazos de sus madres o familiares, los infantes serían llevados a un cuartel: recibirán entonces un conjunto de órdenes de diversas autoridades como el *eforo* (supervisor de la educación), los *próteros* (encargados de los batallones) y una policía militar que se encargaba de imponer sanciones y disciplina. Durante este largo periodo educativo los espartanos recibían una dura formación física y militar que los preparaba para la guerra, la cual se completaba con una educación moral y cívica; fundamental para cuando lleguen a una edad adulta y puedan incorporarse a la vida ciudadana y tomar partido en la política lacedemonia (Larrollo, 1960, pp. 30 – 32).

Como consecuencia de este proceso, se debía producir espartanos que conseguían disciplinar el alma y el cuerpo, desarrollar un sentimiento de honor basado en una especie de orgullo de casta social y de patria manifestada en sus conductas expresadas en episodios de lealtad y fidelidad mutua, de respeto y veneración a los ancianos. Sin embargo, aunque este tipo de educación le brindó la primacía en el Peloponeso, no llegó a darle una prolongada vida a la polis espartana porque fueron vencidos por los tebanos

y luego por los romanos. Es así como varios investigadores consideran que esta sociedad finalmente no logró un control perfecto sobre sus ciudadanos, filtrándose en ella la corrupción y las bajas pasiones (Larrollo, 1960, pp. 37 – 39). El molde educativo forjado en espacios cerrados, no los libró de tener una doble moral; cosa típica de sociedades controladas por estados totalitarios, y donde la represión de la naturaleza y emociones de las personas consiguen una aparente disciplina y control de las personas civilizadas. Sin embargo, lo único logrado al fin de cuenta fue el de tener individuos que actuaban de acuerdo con la presencia o ausencia de una autoridad vigilante, rasgo típico que se presentará en un buen grupo de egresados de las instituciones de encierro.

La otra *polis* destacada en la antigua Grecia floreció en la región del Ática, precisamente en Atenas. Es en esta donde se construye un modelo educativo a partir de diversas tradiciones griegas tal como la homérica, con su enfoque aristocrático y concebido como nobleza espiritual más que de grupo social; o como la del pensamiento de Hesíodo, enfocado a la necesidad de ampliar la educación para todos los ciudadanos, considerándola tanto un derecho y una obligación. Incluso de su rival Esparta toma el sentido comunitario de la educación para cumplir con agrado y obediencia sus deberes en los asuntos de la *polis*; también incluyendo — de la transmisión de conocimientos jónica — el imponer el concepto de libertad ciudadana y una educación cívico-política que ha de formar buenos ciudadanos (Larrollo, 1960, pp. 33– 34).

Es importante recordar que, si bien la democracia se ejerció en Atenas, esta solo fue un privilegio de los llamados ciudadanos, quienes eran una minoría que ejercía poder sobre extranjeros, las mujeres y los esclavos (Abbagnano y Visalvaberghi, 1992, pp. 48 – 49). Entonces en ese sentido la educación ateniense fue muy similar a la espartana ya que fundamentalmente era para los hombres de la élite, pero sin tanto énfasis en la guerra. Los ciudadanos desde niños recibían enseñanzas básicas en lectura, escritura y cálculo en las llamadas escuelas a cargo de los maestros *grammatistas*: personas que podían dar clases en sus propias casas, el campo o espacios cedidos por el Estado para ejercer su labor. Una vez terminado este periodo, pasarán a la educación superior que será desarrollada en espacios más aislados y cerrados como los gimnasios y posteriormente en simposios donde aprenderían de formación ciudadana, moral y espiritual. Estos preceptos eran inculcados con la intención de crear en el alumno una mentalidad de servicio a la *polis*; pero a su vez se les preparaba físicamente para embellecer el cuerpo, además de formar guerreros que defendieran la ciudad en caso de alguna amenaza bélica, y todo ello siendo complementada con el cultivo de la poesía, la danza

y la música, las cuales servían a manera de catarsis logrando la purificación del hombre y transformando el alma de los alumnos.

La educación ateniense fue menos represiva y con mayores libertades, sin embargo, se continuó con la idea de construir espacios exclusivos para educar — al menos en la educación superior — a los jóvenes privilegiados quienes acceden a conocimientos especializados y son normalizados en cuanto a costumbres y modales para continuar con la élite gobernante.

Con el arribo de Alejandro Magno (quien había sido nutrido por un preceptor de talla tal como lo fue Aristóteles) y su dominio sobre las ciudades – estado, propició la expansión de la cultura griega por gran parte del Mediterráneo, el norte de África y terrenos del Asia mesopotámica y aledañas al Mar Caspio hasta el río Indo. Dicho periodo es considerado como el esplendor de la civilización helenística (332 a. C. y el 323 a. C.) porque ayudó a conservar muchas de las tradiciones, escritos, artes, y normas desarrollada en el mundo griego. En cuanto a la educación, el sistema continuó siendo exclusivo para el grupo de mando y varió en cuanto lo enseñado en las escuelas: ahora tenían mayor importancia las letras (lectura y escritura) y en menor nivel la aritmética; por otro lado, la música y la gimnasia ya no eran tan importantes y fueron tomadas como accesorios (Abbagnano y Visalvaberghi, 1992, pp. 119 – 120).

Tras un par de siglos y cuando la cultura romana conquista los grandes territorios helenos, las tradiciones y costumbres griegas se erigen en la referencia civilizatoria para las clases altas romanas: los artistas copian las esculturas, aprenden la lengua griega, admiran su filosofía, y también el modelo educativo griego atendiendo especialmente a su etapa final o helenística. El orador y senador Cicerón será el principal encargado de adaptar el sistema educativo griego al llamado sistema *humanitas* romano que desarrollará algunas características propias (Larrollo, 1960, pp. 50 – 54).

En Roma, la educación de los niños (al igual que en anteriores culturas) se iniciaba en el hogar: en un principio a cargo de la madre y luego principalmente era el padre quien se constituía como el gran educador de la familia, quien enseñará en forma práctica sobre moral, costumbres y política, dependiendo del estatus social a la que pertenece el joven individuo. Luego, entre los 12 y 16 años el educando podrá ir a escuelas básicas donde aprenderá a escribir y leer en dos idiomas (griego y latín) para conocer a los clásicos de la literatura antigua y reflexionar con su filosofía. Pasada esta etapa tendrá que ingresar, a partir de los 17 años, a la vida militar donde en los cuarteles serán adiestrados en la dirección y defensa de su patria. Posteriormente optará por ingresar a la educación

superior, en escuelas especializadas y de estructuras cerradas que en la actualidad son llamadas universidades. Es en estas últimas donde se encuentran los espacios que estarán dedicados a la retórica, filosofía, arquitectura, medicina, y la de derecho; esta última, el gran aporte de la cultura romana a la humanidad.

Hasta aquí se ha realizado una breve revisión de la historia de la educación en algunas culturas europeas y las influencias que impregnaron a sus sucedáneas. De lo escrito se puede señalar las siguientes características: Lo primero es que la educación tiene como inicio el núcleo familiar, siendo el rango social el mecanismo para acceder a los conocimientos y aprendizajes más especializados. Otra característica importante son los orígenes religiosos y militares en la educación, doctrinas que ninguna de las culturas mencionadas las ha dejado de lado; por el contrario, se erigen como el centro de la enseñanza de sus sociedades y que se debe tener en cuenta para poder comprender algunos rasgos de la educación en el presente. Otro dato trascendente es el desarrollo de un aprendizaje básicamente dirigido hacia los varones, quienes tuvieron a favor toda una estructura diseñada bajo un sistema patriarcal y en donde las mujeres casi no tuvieron mayor formación. Para finalizar, es importante advertir que el planteamiento de educar en espacios aislados y de internamientos prolongados (como las escuelas superiores, gimnasios atenienses, o cuarteles espartanos), evidencian el empeño por segregar a quienes van a ser educados y con el objeto de que el conocimiento sólo esté en manos de la clase y grupos dominantes, necesidad que cumple una misión enfocada a disciplinar y normalizar a quienes van a gobernar, constituyéndose en los modelos de civilidad para sus sociedades.

Ahora bien, para ingresar en el conocimiento de la educación en la época medieval, es necesario entender las implicancias del fin de la cultura romana (debido a la deficiente administración de sus territorios con la consiguiente invasión de los llamados «pueblos bárbaros») y el ingreso de una nueva ideología religiosa de carácter monoteísta conocida como el cristianismo, trayendo consigo parte de las tradiciones judías y con la consigna de desaparecer el paganismo romano, reservando los conocimientos al sector eclesiástico.

El Imperio Romano de Occidente una vez llegado a su fin, derivó en un conjunto de pequeños reinos que se basaban en la distribución y retribución obtenida por las actividades agrícolas y ganaderas, por medio de la posesión y extensión de la tierra. Esos reyes tenían poderes ilimitados que se fortalecían con sus relaciones caballerescas y el apoyo de la Iglesia Católica, institución que adquirió un gran poder en todos los

ámbitos, incluido el de la educación (cuyo currículo y docencia manejaron casi por completo).

En el mundo medieval la mayoría de la población estaba conformada por campesinos analfabetos; existiendo una minoría formada por personajes que no solo eran de cuentos de hadas, conocidos hoy como los caballeros, familia cercana al rey, y obviamente el clero. Entonces el patrón educativo se repite; porque en las clases populares se desarrolló dentro del hogar; donde los hijos podían aprender el mismo oficio o labor de los padres; y la clase dominante recibió una educación en espacios aislados y cerrados dentro de escuelas e instituciones religiosas, como los monasterios, parroquias y catedrales. Así, mientras las parroquias se dedicaban a la instrucción elemental, los monasterios y algunas catedrales se encargaron de la enseñanza media y superior (Abbagnano y Visalvaberghi, 1992, pp. 150 – 151). Todo el desarrollo reseñado se desarrolló en un ámbito religioso, siendo el conocimiento limitado y celosamente impartido bajo estrictas normas disciplinarias donde todo estuvo reglamentado y no se permitía ningún tipo de cuestionamiento a las enseñanzas impartidas, ni mucho menos hacia el dogma religioso o realizar algún planteamiento que vaya en contra de lo escrito en la Biblia.

En el contexto descrito — y a partir de las instituciones educativas catedralicias — surge un nivel mayor en cuanto la adquisición de conocimientos: la universidad. Organismo que pretendió defender el estudio de diversas disciplinas en un solo lugar e impedir un excesivo control sobre los cursos impartidos por parte de las autoridades religiosas y civiles. Surge así la más importante institución cultural producida en la Edad Media, y de mayor trascendencia hasta nuestros días. Serán los claustros universitarios donde se repiensen y se decidan diversos cambios en cuanto a la forma de ver al mundo civilizado. Un ejemplo evidente es la llegada del Renacimiento durante los siglos XV y XVI, tiempo en que se pretende — con éxito — recuperar la herencia de la civilización clásica de Grecia y Roma. El punto de partida fue Italia y desde aquí se expandió por gran parte de Europa considerando diversas disciplinas como la literatura, filosofía, arte, arquitectura, entre otras.

Este periodo no hubiese funcionado sin la corriente de pensamiento llamada Humanismo (siglo XIV); que puso nuevamente en el centro del conocimiento al hombre a través de los clásicos. Por tal razón se impulsó el estudio del latín y del griego con el objetivo de leer a los genios de la antigüedad en sus lenguas originales. Aún con eso, no se dejó de lado el carácter religioso de la cultura porque el humanismo mantenía sus

raíces cristianas, por ello se mantuvo la disputa entre los partidarios de integrar la fe y el saber pagano, frente a quienes se oponían, rememorando así una polémica que hundía sus raíces en los escritos de los primeros Padres de la Iglesia (Abbagnano y Visalvaberghi, 1992, pp. 153 – 154), desarrollándose de esta manera dos fuerzas intelectuales en paralelo: una religiosa, todopoderosa y fundamentalista; y otra que buscaba el conocimiento a través de la razón y de hallar respuestas más concretas que las espirituales.

La educación en el humanismo concibe al ser humano como una creación divina a la que Dios otorgó la razón o entendimiento, y el lenguaje o la palabra que crea la cultura y la transmite de padres a hijos, de maestros a discípulos. Entonces, el hombre es un ser privilegiado entre todas las criaturas de la creación porque ha recibido la razón que le permite contemplar, acceder y comprender la sabiduría divina; este entendimiento debe guiar al hombre en el ejercicio del libre albedrío que Dios le ha otorgado: libertad para elegir entre hacer el mal, intentar dejarse arrastrar o no por los instintos y las bajas pasiones descontroladas, o hacer el bien si atiende los dictados de la razón (Larrollo, 1960, pp. 52 – 55). Aquí se evidencia la construcción de una nueva forma de erigir al ser humano, ligado a la divinidad, pero que le permite desarrollarse con libertad para hacer el bien o el mal, teniendo como principal herramienta a la razón, que lo puede llevar a convertirlo en un hombre ideal y dé ejemplo para los otros miembros de la sociedad; en otras palabras, hay un nuevo patrón de ser civilizado que se empieza a difundir en el mundo moderno y posee influencias en la forma de concebir la sociedad en la actualidad.

En cuanto a los espacios de enseñanza, fueron muy similares o iguales a los de la época medieval; es decir, escuelas aisladas, cerradas y de prolongado enclaustramiento dentro de iglesias, parroquias y monasterios. Aunque también existieron edificios separados de estas instituciones donde se fundaron universidades a cargo de los estados monárquicos, todos en su interior conservaron una férrea disciplina basada en el orden, la noción de obediencia y el castigo tan similares a los que se ejercían en cuarteles.

Hasta aquí este breve resumen de la historia de la educación en occidente durante sus tres primeros períodos (Antiguo, Medio, y Moderno) porque es el cúmulo de estas tradiciones europeas las que se trasladan al continente americano durante la conquista, y el asentamiento de colonias y virreinos. A estas tierras se trajo un sistema educativo basado en la religión, con algunas enseñanzas humanistas, dirigido a una minoría, y

principalmente para hombres. Ese proceso se inició con la evangelización de indígenas y luego con la fundación de escuelas y universidades para la educación de la naciente élite fuera de los territorios europeos (la metrópoli).

2.2. La educación en el Perú

Los territorios de los Andes centrales, antes de ser nombrados Perú, estuvieron conformados por una importante serie de culturas y tradiciones que tienen como síntesis al Imperio del Tahuantinsuyo. Esta sociedad supo estructurar un complicado sistema económico, político y social, que requirió el mantenimiento de ciertos aprendizajes en los grupos sociales dominantes; configurando un hecho muy similar — pero con sus particularidades — a lo aplicado en Europa. Lo que afirmamos, es que se desarrolló un sistema educativo desigual o discriminatorio donde las mayorías o clases populares aprendieron en el hogar y comunidad; mientras los militares y las élites tuvieron una educación especializada en espacios aislados y cerrados.

Los llamados *hatun runas* o pueblo recibieron diversos aprendizajes dentro del *ayllu* o familia, según su desarrollo en el proceso de maduración fisiológica y social. Fue así como conocieron sobre religión, la obediencia, agricultura, ganadería, tejido y construcción; todo ello aprendido a través de la imitación y la práctica (Espinoza, 1997, pp. 282 – 284). En cuanto a las élites y los que cumplieron funciones militares, además de recibir una educación dentro de su *ayllu*, accedieron a un aprendizaje formal en espacios segregados y cerrados. Para el caso de los militares, lo hicieron en lo que llamaríamos ahora cuarteles, y los nobles lo realizaron en el *Yachayhuasi* o Casa del Saber, institución única en todo el imperio, y que funcionaba solo en Cusco entre los palacios de Inca Roca y Pachacútec. Según el investigador Enrique Gonzales, se creó este organismo para reunir en un mismo lugar a la élite que debía gobernar el Tahuantinsuyo (2013, p.18). Entonces aquí el encierro educativo fue usado para enseñar a la clase dirigente en un espacio cerrado ubicado en un solo lugar, la ciudad o llacta más importante: Cusco. De este modo no olvidarían el punto donde se concentraba el poder y a quien le debían fidelidad: adoptando costumbres, tradiciones y la moral inca que sería el modelo civilizado en el Tahuantinsuyo.

En el *Yachayhuasi* ingresaron muchachos entre los 16 y 17 años, bajo un régimen de internado y disciplina militar, quienes durante un periodo mínimo de cuatro años aprenderían sobre el quechua, la religión, los ritos y costumbres de la élite; incluyendo

el uso de *quipus*, armas e historia de los incas. El director de este hogar era el *amauta*, el gran maestro que transmitía diversos conocimientos relacionados con la cultura, dioses, política entre otros saberes; por esa razón estuvo muy bien relacionado con sacerdotes y jefes poderosos de la élite cusqueña (González y Del Pino, 2013, pp. 13 - 20).

En el incanato también existió una educación femenina, pero muy diferente a la impartida a los hombres porque tenía un objetivo más bien servil. Se inculcó en un recinto llamado *Acllahuasi* o Casa de las Escogidas; hogar aislado que, a diferencia del *Yachayhuasi*, se construyó en todo el territorio dominado por los incas. Aquí hicieron su ingreso mujeres desde los trece años, elegidas por su belleza y su buen estado de salud. Su educación se basaba en conocimientos religiosos, preparación de textiles, la elaboración de la *acja* o chicha, así como las actividades domésticas. En otras palabras, fueron educadas para convertirse en mujeres dedicadas a la atención de la nobleza ya que ayudaron en los rituales religiosos, además de ser elegidas como esposas y concubinas de hombres de la élite o funcionarios importantes, a quienes el Inca premiaba obsequiándoles una mujer principal o secundaria. El lugar estuvo dirigido por una mujer adulta con mucha experiencia y habilidades, llamada Mamacona (González y Del Pino, 2013, p. 21).

Como se observó en la descripción de la educación inca, hay varias similitudes con lo que se estaba desarrollando en Europa; en cuanto a que, en ambos casos, la mayoría de sus poblaciones no recibieron una educación estatal, sino dentro de su hogar, mientras el grupo dominante tuvo instituciones aisladas y bajo un sistema de internado. Son estos elementos los que señalan una tradición de reservar el conocimiento y mantenerlo en un pequeño grupo.

La destrucción del Imperio de los Incas por parte de las campañas conquistadoras españolas trajo consigo el traslado de la cultura europea al Nuevo Mundo y la necesidad de imponer un nuevo modelo de hombre y mujer civilizados, por medio de la subordinación de las tradiciones, costumbres, leyes y religión autóctonas. De esta forma, los conquistadores ibéricos vinieron a esta parte del mundo por riquezas y nuevas tierras, agregando a su misión el encargo de cumplir el plan divino de dar a conocer la verdadera religión y al único Dios a los indígenas, quienes aún intentaban conservar sus formas tradicionales de organización y practicaban sus cultos a escondidas para no ser acusados de idolatría. Por esa razón uno de los procesos más importantes de la colonia fue la evangelización, ejercida por frailes de las diversas órdenes religiosas; quienes se encargaron de bautizar y enseñar el catequismo a los

indígenas, en su calidad de ser los nuevos cristianos. Con lo descrito se debe entender que la educación — durante la época colonial — fue principalmente dirigida por la Iglesia Católica, quien se encargó — como en Europa — de fundar las principales escuelas, colegios y universidades. Por lo tanto, la desigualdad educativa española se reprodujo en tierras americanas, pues solo tuvieron acceso una minoría a las enseñanzas formales, mientras las grandes poblaciones formadas para indios, mestizos, y otros grupos étnicos solo recibieron algunos conocimientos de moral y costumbres gracias a sus padres o parientes (Del Pino y Gonzales, 2013, pp. 113 – 120). Estos últimos podían complementar su aprendizaje en los gremios de oficios, constituidos como talleres donde eran llevados los hijos o menores entre los diez y doce años para que, mediante un contrato con un maestro artesano, este le enseñe (dependiendo de su especialidad) sobre la confección de calzado, telas, carpintería u otros oficios a cambio de trabajar sin una paga hasta que aprenda. Otras opciones podían ser acercarse a la Iglesia, donde en algunas parroquias podían enseñarles a pintar y tocar instrumentos a cambio de que les ayuden en el mantenimiento del recinto (Burga y Macera, 2013).

La educación de la clase noble durante el período colonial la podemos dividir en dos: una dedicada a la élite indígena sobreviviente de las guerras de conquista (y de pueblos que favorecieron el dominio Inca), y otra dirigida a los españoles y criollos. Los primeros recibieron una educación en los llamados colegios de caciques; instituciones aisladas y cerradas donde los jóvenes descendientes de la nobleza originaria debían educarse a la manera occidental a fin de servir a modo de buenos intermediarios entre el aparato colonial español y la población indígena. La instrucción que recibían consistía en doctrina cristiana, gramática, aritmética (para llevar bien la cuenta de tributos), latín (para que ayuden en la liturgia), literatura y buenos modales al estilo europeo; también se cuidó que no pierdan algunas tradiciones andinas tal como la práctica del quechua o aimara, y el consumo de alimentos de su región (Macera, 2004, pp.12 – 15). Con ello, lograban formar indígenas civilizados al estilo occidental y, además, con capacidad de seguir comunicándose con las masas analfabetas que aún conservaban sus lenguas y costumbres ancestrales.

Por otro lado, estaba la enseñanza a la población blanca, formada por criollos y los nacidos en la península ibérica, de posición alta y media, quienes recibieron una formación en colegios menores y luego en colegios mayores y universidades. Estos lugares tuvieron semejanzas a los que se desarrollaba en España y en toda Europa occidental: espacios cerrados, en la mayoría de casos internados y dirigidos por

religiosos de las diversas órdenes regulares o seculares donde aprendían desde los primeros saberes, hasta convertirse en doctores con profesión. Las más importantes de todas estas instituciones fueron la Universidad Real y Pontificia de San Marcos y el Convictorio de San Carlos, de donde más adelante saldrán los más notables pensadores que llevarán al Perú a su proceso de independencia.

Es importante resaltar que, tanto en la época actual como en la época virreinal, la educación fue una herramienta que a la par de asignar saberes, también confería prestigio dentro de una sociedad estamental, clasista y racista. Por ello y de acuerdo con las posibilidades económicas, los hijos pobres de padres españoles intentaron ingresar a estos centros de aprendizaje a través de las escuelas; de no lograrlo, el otro camino podía ser dedicarse a la vida religiosa donde no solo aprenderían, adicionalmente serían vistos como hombres de Dios. Esto era el arquetipo de persona ideal según la sociedad civilizada colonial.

Todas estas instituciones religiosas pasaron a ser espacios donde diversos grupos sociales se reunieron en pos de acercarse a Dios, pero también para recibir una educación mínima, conservar la honra y ganar prestigio en el mundo virreinal. Para el caso de las mujeres el monasterio y el beaterio fueron lugares donde se reunían niñas para aprender habilidades domésticas y escritura; también estaban aquellas que no habían logrado contraer nupcias con un hombre de su nivel social y económico, las viudas, las separadas, negras libertas entre otras, quienes vivían en comunidad reproduciendo la sociedad estamental y bajo estrictas normas de clausura y obediencia. De igual manera, pero en niveles más relajados, el convento fue el espacio donde hombres de diversas condiciones ingresaban por variadas razones a formar parte de este grupo tan buena reputación (Vásquez, 2011, pp. 51 – 66).

Durante las últimas décadas del Virreinato en el Perú, la educación empezó a ser repensada a partir de las diversas rebeliones indígenas que mostraban el poco arraigo del sistema colonial y fidelidad a la metrópoli hispana en estas poblaciones; siendo una de las conclusiones que el alto número de analfabetos entre los indios conducía a su poca asimilación de las enseñanzas españolas. Como consecuencia, se inició la construcción de pequeñas escuelas con mando religioso en las principales ciudades y pueblos del Perú (Burga y Macera, 2013, pp. 95 - 110). Este intento se caracterizó por su poca planificación y no logró su cometido. Para entonces, ya las ideas liberales - desarrolladas en la Ilustración- entre varios grupos de criollos habían germinado la idea

de la separación y la formación de un nuevo estado; proceso que terminaría en los primeros treinta años del siglo XIX con la independencia total del Perú.

En la introducción de la colección *Pensamiento Educativo Peruano*³, se reflexiona sobre la forma en que cambia la educación del periodo virreinal al republicano, entendiéndose que la diferencia radicó en que mientras aquí permaneció el régimen español «se instruyó (no educó) a los individuos para convertirlos en buenos cristianos y súbditos leales. Luego, con los cambios liberales, se decide (por fin) educar para convertir a la población en ciudadanos libres y útiles para la nación (...)» (2013, pp. XVII – XVIII). Este análisis nos permite diferenciar dos formas distintas de concebir a un individuo civilizado para la época: la primera donde la obediencia a la divinidad y al rey son esenciales al momento de aprender, y otra que promueve una educación menos represiva y al servicio mutuo de toda la comunidad. Esta última será aplicada luego de instalada la República del Perú, y no tendrá pocos problemas para su ejecución a lo largo del siglo XIX al haber existido diversos debates referidos a quienes deberán ser llamados ciudadanos, a la homogeneidad educativa, la secularización del aprendizaje obligatorio, entre otros temas que se discutieron en el naciente país.

Tras las victorias en las pampas de Junín y Ayacucho, los primeros años de la independencia dieron pie a que se viviera un periodo donde se desarrollaron reacciones contrarias a todo lo relacionado con el régimen realista y a la Iglesia Católica que fuera el gran respaldo ideológico a su sistema político. Por esa razón se inició e impulsó una reforma al clero regular, cerrando algunos claustros para luego convertirlos en escuelas pertenecientes al Estado. Además, desde la constitución de 1823, se dio gran importancia a la formación de los ciudadanos tal como lo expresan las investigaciones de Mannarelli y Chocano: «La instrucción como una necesidad común que la república debía a todos los individuos por igual, y estipulaba que a partir de 1840 saber leer y escribir sería un requisito indispensable para ser ciudadano (...)» (2013, p. 9). Los liberales — tan empeñados en crear el nuevo ideal civilizador — se propusieron tener una población educada con la creación de nuevas escuelas y universidades para fomentar mayor acceso a este servicio público. Lamentablemente las guerras de

³ La colección *Pensamiento Educativo Perú*, dirigida por el doctor Manuel Burga, es un estudio completo de quince tomos. En ella se reflexiona sobre la educación peruana a lo largo de su historia. En la presente tesis no pretendemos repetir lo que ya ha sido estudiado en el referido texto; por eso solo describimos algunos acontecimientos y nos preocupamos más por conocer el modelo educativo y la manera en que se ejerció la educación dentro de sus recintos.

independencia y los años de conflictos civiles entre caudillos, llevaron al país a un colapso económico y a detener los planes educativos propuestos; terminando en una ejecución ralentizada que incluso, por momentos se estancó, volviendo a ser retomados durante la bonanza económica guanera (1845) y el período de estabilidad política que lo acompañó. Se generaron entonces leyes mucho más comprometidas con el aprendizaje de la población, tales como las incluidas en la Constitución de 1856 (carácter liberal) que declara el garantizar la educación primaria gratuita para todos, aunque se puso mayor énfasis en los hombres, quienes podían acceder con más facilidad a estudios superiores, que las mujeres (Mannarelli y Chocano, 2013, pp. 10 - 12).

Es necesario resaltar la existencia de personajes conservadores con una concepción jerarquizada de la sociedad y de ideas que pretenden educar a la población bajo los valores de obediencia y religiosidad. El representante más conocido de este sector fue Bartolomé Herrera, quien polemizó con los liberales para que se mantengan algunos valores virreinales, principalmente los ligados a los que difundía la Iglesia Católica. Por esta y otras razones ligadas al control político del país, la religión católica mantuvo el poder en algunos sectores, incluyendo la difusión de conocimientos en escuelas y estudios superiores. A esta construcción del ideal ciudadano se sumó el dictado de valores cristianos y una educación que ayude al fortalecimiento de la nación, representando así a la nueva imagen civilizada — de aquella época — que debían aprender los nuevos peruanos y peruanas.

En cuanto la manera en que se impartió la educación, en esta etapa de nuestra historia puedo mencionar los intentos innovadores a partir de la llamada escuela lancasteriana, que empezó a aplicarse desde 1822 durante el protectorado de Don José de San Martín — a pequeña escala —, y que luego se volvió oficial a partir de 1836 con el presidente Andrés de Santa Cruz. Este sistema proponía tener maestros que educaban a un grupo de estudiantes y luego los alumnos más destacados formarían grupos a los que les enseñarían — a modo de monitores — sobre disciplina y lecciones de lectura (a partir del uso de la Biblia), contabilidad y buenos hábitos (modales e higiene personal). Así, un profesor podía educar a más de 1000 alumnos (economizando gastos para el Estado) y al mismo tiempo, implementar un sistema muy en boga en la mayor parte del mundo occidentalizado (Mannarelli y Chocano, 2013, pp. 17 - 19). Este sistema funcionaba bajo un régimen de premios y castigos muy severos, en modalidades de internado y externado; permitiendo tener niños que vivían en el recinto escolar y otros que regresaban a sus casas, bajo el supuesto que se lograría una mayor población

beneficiaria del servicio educativo. Además, fue un sistema que dividió a sus estudiantes por género; según el reglamento de escuelas lancasterianas en el Perú (1836) los colegios debían educar a un solo género, por ello se crearon establecimientos para niños (Escuela Central Lancasteriana) y otro para niñas (Escuela Central Lancasteriana de La Concepción). Sin embargo, este sistema práctico y económico solo tuvo relativo éxito en Lima donde había alguna disposición de los padres para inscribir a sus hijos en la escuela, todo lo contrario a lo sucedido en provincias y en zonas rurales, donde la lejanía de los pueblos al centro de estudios hizo que este sistema fracasara (Mannarelli y Chocano, 2013, pp. 77- 78).

Otros problemas fueron los requisitos solicitados para el ingreso a estas escuelas y colegios mayores como el de San Carlos. Algunos de ellos era demostrar que se era un hijo legítimo, de padres honrados y tener buenas costumbres (Mannarelli y Chocano, 2013, p. 85), demostrando con ello el no tener manchas sociales y contar con los modales exigidos por la época para así ser sujeto con derecho a acceder a la educación. ¿Y cómo los aprenderían si venían de sectores populares? La realidad allí dejaba ser una mera buena intención, y es que los centros educativos del período reseñado, no fueron lugares para todos sino para los menores hijos de sectores pudientes, clase media en su gran mayoría. Apenas algunos niños y jóvenes con origen en grupos populares gozaron de tal privilegio apelando al padrinazgo o el patrocinio de algún personaje influyente de la esfera política y económica de la época. De esta manera, el ideal de ciudadano bosquejado por liberales y conservadores estaba dejando de lado a un importante sector de la población, sobre todo afectando a los miles de hijos e hijas fuera del matrimonio que existían en una época donde era muy difícil registrar los numerosos abusos sexuales, relaciones extramaritales o de convivencia no certificada que de hecho existieron.

Un aspecto destacable de la educación en el Perú republicano — a diferencia del período virreinal — es que se permitió el acceso de las mujeres al aprendizaje en colegios exclusivos para su género y con cursos muy similares a los masculinos. Las reglas de ingreso no diferían mucho de lo ya señalado: ser hijas de familias honradas y buen comportamiento. La mayoría de estas instituciones fueron auspiciadas directamente por el Estado y algunas por la Iglesia Católica y, en ambos casos, el factor religioso era sumamente importante en la formación impartida y mostrándose patente la continuidad del poder eclesiástico en el ámbito escolar. Otra diferencia de la educación republicana con su antecesora fue permitir que se consolide el pensamiento de la

instrucción pública como elemento primordial de la civilización, así como el principio más sólido de la libertad que fue el de la fundación de colegios privados para poder ampliar el número de menores siendo educados. En Lima surgen numerosos centros de este tipo, siendo uno de los más trascendentes el creado en 1840 por Domingo Elías y Nicolás Rodrigo: el Colegio Nuestra Señora de Guadalupe. Esta institución intentaba ayudar en las carencias existentes en la educación de la época y además tenía claras intenciones de promover una enseñanza laica (Díaz, 1990, p. 19). Se instaló en el antiguo local del Estanco de Tabaco, en la calle Chacarilla y muy cerca al Convictorio de San Carlos, con el que mantuvo rivalidad durante varias décadas debido al carácter laicista de la institución guadalupana. El colegio no fue pensado para las clases populares sino para familias de clases medias y ricas; por ello se pedía a los ingresantes el tener entre 8 y 10 años, saber doctrina cristiana, lectura y principios de escritura, además de la paga de 20 pesos mensuales como pensión. En sus primeros años fue sólo para estudiantes internos, quienes salían una vez al mes en compañía de sus padres por la mañana y luego retornar antes de las siete de la noche, teniendo derecho a vacaciones al final del año escolar. Con el paso de los años se agregaron las modalidades de semi-internado y el externado, ampliándose así el número de estudiantes e instalaciones (Díaz, 1990, pp. 20 - 22). La institución permaneció en su postura laica — a pesar de tener algunos directores y maestros religiosos — ya que se enseñaba como preceptos básicos el amor a la patria y a la libertad, teniendo reglas muy severas sobre el orden, el comportamiento; siendo las desobediencias sancionadas con castigos físicos, tal como ocurría en la mayoría de los colegios de la época. A tono con lo impartido, resulta interesante y destacable la participación de esta institución en los principales conflictos del país del siglo XIX como fueron en las guerras contra España (1866) y la del Pacífico (1879-1883), además de decenas de revueltas por mejoras en la educación y en sus clases. Este ejemplo guadalupano nos muestra la creación de una nueva forma de ciudadano: uno educado, con conciencia de nación y defensa del Estado. Por esa y razón — y otras ligadas a la crisis económica que vivió — el presidente Ramón Castilla decide nacionalizarlo en 1855 e incorporarlo a favor de los ciudadanos. Desde ese momento tuvieron acceso algunos estudiantes de clases populares y fue visto como una institución modelo que durante buena parte del siglo XX ayudará a la fundación de nuevos colegios y, junto al CMLP, servirán para formular y aplicar un plan para mejorar la educación nacional, tal como lo explicaremos más adelante.

Continuando con el tema de los colegios privados, en 1856 se promulga en la nueva Constitución, el derecho a la libertad de enseñanza, siendo una ley que permitía la proliferación de escuelas de todo tipo de calidad pero que no ayudaron realmente a inculcar un modelo educativo pues esta pasó a ser vista como un negocio. Además, años después el presidente Manuel Pardo auspició el ingreso de misiones extranjeras para abrir en el Perú nuevas escuelas y plasmar metodologías no vistas en el país (Aljovín y Velásquez, 2013, pp. 18 – 20), siendo las principales aquellas provenientes de Francia, y algo posteriores las inglesas y alemanas; reflejando así ese interés por seguir a las potencias mundiales occidentales como el ejemplo del hombre y mujer civilizados.

El 01 de octubre de 1872 el presidente Manuel Pardo decreta la formación del Colegio Militar, institución que ya había funcionado en décadas anteriores, pero de manera improvisada (Basadre, 2005, pp. 127 – 128) este colegio pretendía educar a los futuros oficiales del ejército desde temprana edad — Los aspirantes podían postular desde los 14 años hasta los 17 — se puede decir que es la institución antecedente del CMLP, sin embargo su dirección era completamente militar, por ello está más asociada a la Escuela Militar de Chorrillos porque es un intento por profesionalizar a nuestra milicia durante los años de la grave crisis económica de la década de 1870.

El 20 de octubre de 1883 es una fecha oprobiosa para el Perú, en aquel día se dio la firma del Tratado de Ancón con Chile para poner fin a la Guerra del Pacífico. Tras ello, se empezó a debatir quienes habían sido los culpables de la derrota y qué se debería hacer para no volver a repetir tan infame acontecimiento; siendo una de las conclusiones de aquellas discusiones lo relacionado a la educación pues, aún para aquellos años, teníamos una gran cantidad de analfabetos y gente que no conocía realmente las dimensiones de vivir en una república. En ese contexto, revisemos las principales ideas de tres intelectuales quienes abordan las cuestiones educativas — tras la conflagración con el ahora nuevo vecino del sur — gracias a la investigación de Augusto Castro (2013).

El primero de los referidos es José María Químper, abogado y humanista que considera a la educación como un elemento transformador de la sociedad y del individuo, exponiendo la necesidad de que esta alcanzase a todos los sectores de la sociedad, proponiendo la obligación de que sea el Estado quien asuma su administración y gestión de manera entera, amparándose en que la formación de ciudadanos no debería ser un

negocio (p. 10 – 11). El segundo es el conocido intelectual anarquista Manuel Gonzales Prada, escritor y participante en la defensa de Lima durante la Guerra del Pacífico. Su postura política lo hace desarrollar un conjunto de ideas relacionadas con la educación, siendo de tal magnitud su envergadura que la considera como una de las causas de la derrota al haber esta difundido la ignorancia promovida por la religión católica, y por lo tanto, su participación en el proceso educativo debía desaparecer para favorecer una formación laica y emparentada con la ciencia moderna (pp. 16 – 19). Por último, Javier Prado y Ugarteche fue un abogado y pensador que, aunque consideraba a la educación como importante, esta no se concretiza como debería por la dificultad de la raza peruana, proponiendo entonces como necesario camino el mestizaje con razas occidentales para lograr cambiar el país (pp. 23- 25).

Lo descrito en los párrafos anteriores muestran tres miradas distintas para abordar el problema de la educación peruana a finales del siglo XIX; una primera de mirada liberal y nacionalista que busca defender una posición homogeneizadora de la educación, otra de corte radical desarrollando ideas en contra de una educación ligada a la religión, y por último la postura emparentada con el darwinismo social que ve en la raza el problema del país y por esa razón se debe recurrir al mestizaje con genes europeos. Es justamente esta última posición la que será recogida por el Estado, principalmente durante el gobierno de Nicolás de Piérola donde se promulgó la ley electoral de 1896, la cual pedía como requisito para sufragar el saber leer y escribir; dejando con ello a las grandes mayorías de indígenas y pobres sin el derecho a elegir a sus autoridades políticas o emitir opinión electoral, además de estimular y facilitar la llegada de extranjeros europeos. Como se observa, el gobierno privilegia a un sector de la población y politiza a la educación al pedirla como requisito para ejercer un derecho ciudadano; entonces nuestro país ingresa a un periodo donde la oligarquía gobernará por varios años con estilos franceses e ingleses, y fortalecidos por las mejoras en nuestra economía, la que llevará incluso a traer pequeñas industrias abriendo paso a una nueva clase social formada por los trabajadores y obreros. Son estos últimos quienes, junto con los artesanos, campesinos y estudiantes, iniciarán un proceso de formación de agremiaciones y organización de protestas para mejorar sus condiciones laborales y de vida, contando con el apoyo de intelectuales como Gonzales Prada, José Carlos Mariátegui, Víctor Raúl Haya De La Torre, entre otros.

También en 1896, Piérola, decide la reorganización del ejército mediante la llamada misión militar francesa al mando del coronel Pablo Clément, quien sobre el antiguo

colegio militar crea la Escuela Militar de Chorrillos (Basadre, 2005, p. 130). Este es el periodo donde la Fuerza Armada vuelve a tener importancia en la vida nacional, como intentando no volver a repetir los errores cometidos durante la guerra del Pacífico. Así se crearán además el código de justicia Militar para establecer la organización, atribuciones militares, y los delitos y penas que se le impondrían a los miembros de la milicia; también se establecerá la ley del servicio militar obligatorio (27 de setiembre de 1898) para una preparación general de la población frente a cualquier conflicto, así como la inauguración de monumentos conmemorativos ligados al conflicto con Chile — estatua de Grau en el Callao — (Basadre, 2005, pp. 130 – 134).

Con todo lo que se construyó en torno a la milicia se logró no solo terminar con las montoneras, sino construir una fuerza armada profesionalizada, basada en la ciencia militar, el conocimiento y gran amor por la patria (Velásquez, 2013, pp. 174 -206) Este proceso será el pilar del nuevo prestigio de la milicia en la vida social peruana, hecho que se verá con mayor nitidez en el siglo XX, cuando se implemente en la vida escolar cursos pre militares, así como la creación de colegios relacionados con el orden la disciplina y valores nacionalistas que la milicia intenta difundir como modelo de ciudadano.

A partir de 1919 llega al poder — por segunda vez — Augusto Bernardino Leguía, contando con la ayuda de los grupos mencionados y será este presidente quien les otorgue una serie de leyes favorables tales como el Patronato Indígena, la Reforma Universitaria, la Ley de Ocho Horas Laborables, y otros beneficios que se suman a las mejoras en la educación popular. Por esos años el Perú se aleja del modelo civilizador europeo tras la experiencia observada en la cruenta Primera Guerra Mundial y las preferencias de Leguía se tornan cercanas a la propuesta civilizadora estadounidense expresada en el capitalismo y la visión del progreso-modernidad como camino inexorable. Su influencia llegó incluso a la educación con una misión pedagógica venida de ese país, logrando aportar en la construcción de un sistema escolar pragmático, ligado al desarrollo económico y expresado a través de capacitaciones técnicas y agropecuarias (Gonzales, 2013, pp. 10- 11). Por aquellos años también se introdujeron otros cambios en la forma de enseñar en los colegios (por lo menos en la secundaria) al establecerse el servicio militar obligatorio a los colegios nacionales a partir de 1926 y en los particulares un año después. Así, los estudiantes de cuarto y quinto año de secundaria estaban obligados a recibir instrucción militar con el objeto de tener suficientes hombres preparados para defender al país (Reglamentos militares,

1927, pp. 3 – 5). El Estado veía como positivo este tipo de instrucción al asumir que lograba desarrollar en los jóvenes aquellas cualidades físicas y morales para cumplir mejor sus deberes como soldados y ciudadanos:

Cultiva características de vigor, destreza, confianza en sus condiciones físicas, estimulando y despertando en su espíritu los sentimientos de obediencia a las leyes, disciplina social, culto al honor, afecto a la patria y fe en el porvenir y el destino de la nacionalidad. (Reglamentos militares, 1927, p. 8)

Como se expone, los colegios empiezan a tener una disciplina castrense, mientras el poder de los militares vuelve a tener influencia en la sociedad. Ello nos puede dar indicios de lo que más adelante regresará al Perú: gobiernos militares en varios periodos, y un conjunto de proyectos ligados a una educación donde el orden, la disciplina y el castigo son considerados parte sustancial del aprendizaje.

Hasta aquí se puede observar, en una mirada muy rápida, como durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX, el Estado intentó utilizar a la educación como un sistema para procurar la mejora de la sociedad y del país. Sin embargo, al no tener un claro análisis de lo que debían ejecutar, se dedicó a desarrollar diversas propuestas para la enseñanza; primero centrada en clases altas y medias, y luego, en un proceso lento, a los sectores populares. Esa educación incluyó a las mujeres, pero tuvo una fuerte carga religiosa como apoyo moral e incluso en la forma de aprender; además, se podían encontrar colegios nacionales y particulares con sistemas de internado, semi-internado y externos, con el objetivo de ampliar el número de alumnos en cada institución. A pesar de este esfuerzo, el sistema educativo no llegó de manera uniforme a todo el país. En la capital y en algunas ciudades como Arequipa o Trujillo tuvieron un relativo éxito, pero en las zonas rurales o regiones apartadas de la capital la educación fue deficiente o nula. Aun con todo, en la década de 1920 empezaron a desarrollarse algunas mejoras en la educación popular y en los siguientes años se efectuarían inversiones importantes dirigidas al sector.

Pasaron los años y el encierro con fines educativos se siguió usando, pero se crearon otras modalidades en su interior aunque enfocada no necesariamente a la de un aprendizaje exclusivo, sino con la directiva de internar a niños y adolescentes para que adquieran conocimientos y se eduquen en el nuevo modelo civilizado de la república peruana; lo cual, según los que diseñaron el sistema, solo se lograría a través de un

régimen de encierro estricto donde se practique el orden, la disciplina, el respeto por las leyes y normas, y también el castigo. Por otro lado, podemos hablar de un encierro no material, de corte ideológico, formado por las enseñanzas morales de la Iglesia Católica que se impartió en todos los colegios del Perú y que no generó una verdadera libertad en el conocimiento, porque se impuso a ciegas sin ningún cuestionamiento y bajo proceso de culpa pecadora desde muy temprana edad. A ello se debe agregar la formación de valores patrióticos representados por una educación donde se incorpora la instrucción militar a partir del siglo XX. Con ello los dos grupos de poder, históricamente hablando, continuaron influyendo en la educación de hombres y mujeres en nuestro país.

2.3. El Colegio Militar Leoncio Prado

El colegio Militar Leoncio Prado (CMLP) representa una innovación educativa en el Perú. Su creación va acompañada de una mirada disciplinaria y a su vez, de la aplicación de nuevas pedagogías encaminadas a formar hombres que la sociedad considera como el ideal civilizatorio. Para comprender el por qué se fundó en nuestro país una institución de este tipo es necesario observar los acontecimientos anteriores a su creación, tanto en el ámbito internacional como nacional. De esa manera tendremos un amplio panorama del contexto de la fundación de un colegio emblemático en la educación peruana.

En 1929 Estados Unidos de Norteamérica (EE.UU.) sufre su gran crisis socioeconómica a través del llamado Crack del 29 y con ello, caen en desprestigio — o tambalean — los sistemas civiles y democráticos, aunque la crisis no solo se situó allí. En Europa los nacionalismos autoritarios militares de tipo fascistas y nazis se expandían tomando mucha fuerza, preparándose para la guerra junto con otras potencias totalitarias como la Unión Soviética y el Japón, quienes diez años después desencadenarían el conflicto internacional más grande que tendrá nuestro planeta durante el siglo XX, la Segunda Guerra Mundial. La década del treinta y el primer lustro del cuarenta del siglo pasado fueron periodos donde los regímenes autoritarios tuvieron el control del poder en el mundo basado en nacionalismos exacerbados y el crecimiento de sus fuerzas militares.

En paralelo, un 22 de agosto de 1930 el comandante Luis Miguel Sánchez Cerro dirigió, desde Arequipa, una sublevación contra el presidente Augusto B. Leguía, debido a la grave crisis económica del país, los criticados acuerdos limítrofes internacionales, entre otras equivocadas decisiones del mandatario. Tres días después, Leguía renunciaba a su

cargo y se establecía una Junta de Gobierno que iniciaba el regreso de los militares al poder; lo que Jorge Basadre llamaría el Tercer Militarismo debido a la sucesión de diversos militares — o sus afines — a la Presidencia de la República, y como consecuencia de tales sucesos, la vuelta en el gobierno del Perú de un sistema opresor, disciplinario y autoritario.

Luego del asesinato de Sánchez Cerro, asume el cargo el general Oscar Benavides (1933 -1939) con una política de persecución de opositores y planes de ayuda social y económica para salir de la crisis, sucediéndole en el cargo un civil, el banquero Manuel Prado y Ugarteche (1939 – 1945) quien pertenecía a una familia aristocrática integrada también por varios miembros militares como su padre y dos de sus hermanos. Es con este presidente que nuestro país enfrenta una guerra con el Ecuador en 1941, de la cual salimos vencedores dándole grandes réditos no solo al gobierno de Prado sino otorgando una reivindicación a la milicia peruana venida menos por las derrotas del pasado. Respecto al tema, Contreras y Cueto (2013) reflexionan lo siguiente:

La victoria militar se convirtió en un triunfo político para las Fuerzas Armadas, que tenían sobre sí el fantasma de la derrota de la guerra con Chile del siglo XIX, y para el propio presidente Prado, a cuya familia se le criticaba abiertamente porque su padre, el presidente Mariano Ignacio Prado, abandonó el país a poco de iniciada la Guerra del Pacífico. (p.293)

En el ámbito social nuestro país empezaba a experimentar un crecimiento importante de su población, generando crecimiento de las ciudades por la rápida migración del campo a las zonas urbanas y la superación del número de nacimientos frente a la mortalidad. Esta situación provocó una mirada más atenta del Estado, interesándose por mejorar los sistemas de salud y educación a través de ministerios especializados que busquen optimizar los servicios básicos que requería y exigía la población en los inicios de la década del treinta. (Zapata, 2013, pp. 17 – 19). En cuanto al gobierno del presidente Prado, este se esforzó por mejorar la educación peruana promulgando la ley de educación (1941) que organizaba al Ministerio en Direcciones Primaria y Secundaria, el cual daba gran importancia a la educación física y a la instrucción Pre-Militar « (...) Con el afán de reforzar el vigor físico juvenil y preparar a los jóvenes en la defensa nacional» (Zapata, 2013, p. 20).

Es bajo los contextos mencionados de nacionalismos autoritarios y gobiernos militares que ocurrió el escenario propicio para desarrollar el proyecto de un colegio militar para

el país. Uno de los primeros en mencionar la necesidad de la creación de una institución educativa para menores de dirección militar fue el entonces comandante EP Juan Mendoza Rodríguez, quien desde hacía unos años antes y en conferencias en el Círculo Militar, expuso la necesidad de mejorar el nivel académico de los postulantes a las instituciones militares a partir de hacer incidencia en sus estudios previos (Villacorta, 1956, p.43) al haberse notado serias deficiencias académicas y, por ende, registrarse un alto número de desaprobados por parte de los postulantes a las Fuerzas Armadas (Sierralta, 1969, p.17).

Elaborado el proyecto y con apoyo directo de los comandantes de las FF.AA. se logra redactar y aprobar el Decreto Ley del 27 de agosto de 1943, promulgado por el presidente Manuel Prado Ugarteche y el ministro de educación, Sr. Elías La Rosa. Aquél dispositivo legal dio a luz al primer Colegio Militar Nacional para formar a jóvenes estudiantes en una elevada cultura cívica y militar básica (Sierralta, 1969, p. 31). Esta institución, bajo un sistema de régimen especial de preparación, fue denominada Leoncio Prado por la Ley 9890 y promulgada por el Congreso de la República el 18 de enero de 1944.

La institución recibió ese nombre no solo porque el héroe de la batalla de Huamachuco (1882) es medio hermano del presidente de aquellos años, sino primordialmente porque es un personaje que su vida refleja independencia y un alto interés por la vida militar. Desde los tempranos ocho años combinó sus estudios escolares con su participación en la escuela militar, luego se involucra en diferentes sucesos históricos como el combate del dos de mayo de 1866 con tan solo 13 años, participa en el motín del Colegio Guadalupe a los 14, la lucha por la independencia de Cuba a los 20, realiza una travesía por las Filipinas a los 24, y toma parte activa en el conflicto con Chile de 1879 a los 26 años⁴. Leoncio Prado es un personaje cuyo coraje, valores patrióticos y amor por la libertad, son ensalzados como el ejemplo de hombre fuerte, viril y nacionalista que el Estado pretendía construir a partir de un nuevo estilo de educación militarizada.

Se designó como primer director del colegio al coronel EP José Del Carmen Marín Arista, quien realizará la primera convocatoria para el concurso público de admisión de la nueva institución a inicios del año 1944. En Lima se realizaron las inscripciones en las instalaciones del colegio nacional Alfonso Ugarte y en provincias se realizó el mismo

⁴ La nieta de Leoncio Prado, Sra. María Avelina Prado, escribió la primera biografía del héroe. Para ello utilizó la correspondencia y documentos familiares. Este trabajo fue publicado por el CMLP en su libro institucional de 1968.

acto en los principales colegios de cada ciudad (Gómez, 1993, p. 48). La propuesta era seleccionar a los mejores estudiantes del país para que este modelo educativo se desarrollase con gran éxito. Al parecer la idea de una educación de dirección militar fue muy bien acogida por los padres de familia ya que hubo un gran número de postulantes (Sierralta, 1969, p.18). Lamentablemente e igual que en otras ocasiones, a pesar de las intenciones por ejecutar el proyecto y las grandes expectativas de la población, el propio Estado mina al proyecto al no haber designado un presupuesto para su implementación, tampoco se tenía un local para su funcionamiento. Por tal razón, el coronel Marín en su calidad de director del plantel, decide tomar la iniciativa en la búsqueda de un espacio donde se inicien las labores escolares, encontrando así un viejo cuartel — a medio construir — conocido con el nombre de La Chalaca, el cual estaba ubicado en los acantilados del Callao, un espacio abandonado y convertido en basural, sin la infraestructura adecuada para iniciar de forma adecuada las labores de formación educativa (Gómez, 1993, pp. 48 - 49). A pesar de las dificultades descritas, la dirección decidió tomar el lugar para instalar ahí al Colegio Militar al no haber otro inmueble disponible. A estos altibajos, se debe describir las tardías gestiones de las autoridades pertinentes para el envío de recursos económicos y materiales, no sorprendiendo a pocos que los primeros cadetes del colegio, quienes se habían internado el 22 de mayo de 1944, tuvieran que sufrir de las carencias de infraestructura y logística, ayudando al mismo tiempo en la limpieza y adecuación de aquel edificio a medio construir. Por esa razón la primera promoción egresada del colegio recuerda con mucho aprecio el inicio de las actividades académicas al afrontar estos retos insospechados para un estudiante y aún con ello, salir adelante frente a los problemas y adversidades, hecho que algunos ex cadetes marcan como el «espíritu de los leonciopradinos» (Sierralta, 1969, pp.18 - 20).

Superadas las dificultades, el 15 de julio de 1944 se desarrolla la fundación oficial del Colegio Militar Leoncio Prado, acontecimiento que concentró a las principales autoridades del país y a un importante conjunto de delegaciones como la de los cadetes de la Escuela Militar de Chorrillos, la Escuela Naval de La Punta, la Escuela Aeronáutica Jorge Chávez y la Escuela de la Guardia Civil y Policía; además de estudiantes de los grandes colegios públicos de Lima tales como los de Nuestra Señora de Guadalupe, Alfonso Ugarte, José Granda, Pedro Labarthe y el Dos de Mayo (Sierralta, 1969, p. 34). La reunión de estas instituciones militares y civiles mostraba la importancia y aceptación de la innovadora forma de educación que se estaba creando en el Perú, en la que, además de impartir conocimientos en un alto nivel, se seguiría una vida estricta, disciplinada y

bajo una formación militar que pretendía formar estudiantes con ideales patrióticos, generando no solo militares mucho mejor preparados, sino también nuevos ciudadanos para el fortalecimiento de la nación, al modo que pretendía la Ley Orgánica de Educación Pública, promulgada por el presidente Prado en 1941, tal cual se argumentó en los considerandos para la creación del CMLP en 1943:

Que de acuerdo con lo establecido en el artículo 94° de la Ley Orgánica de Educación Pública, la educación en el país tiene como objetivos principales la cultura, la salud, el desarrollo físico, la moralidad y el nacionalismo de los educandos (...) es necesario intensificar por todos los medios posibles el espíritu cívico de la juventud en el país, cultivándolo en ideales patrióticos y en las virtudes ciudadanas, y preparándolo para su noble ejercicio. (Prospecto del CMLP 1944, p. 55)

La formación educativa en el CMLP comprendía — y se mantiene hasta nuestros días — tres años de estudios, iniciando en tercero y culminando en el quinto de secundaria, tiempo en el que recibirían una educación de calidad y se nutrirían de la disciplina castrense. Terminado el proceso, los primeros cien puestos del colegio tenían la posibilidad de ingresar directamente a las Fuerzas Armadas, inclusive a las principales universidades y escuelas civiles (Sierralta, 1969, pp.19 - 20). El beneficio académico generó gran prestigio a la institución y un mayor número de postulantes — no sólo de Lima o el Callao, sino de diferentes lugares del país— acudían por ganarse el derecho a ingresar a sus aulas. Estos estudiantes surgían desde condiciones sociales diferentes y de formaciones culturales diversas que, en aquellos pabellones que miraban a los acantilados del Callao, se reunían en un espacio de encierro para lograr un reconocimiento y, en muchos casos, su ascenso social.

Los profesores del Leoncio Prado fueron seleccionados por concurso público, la mayoría de ellos con una amplia experiencia docente, además se les capacitó para que desarrollen una docencia uniforme como los militares deseaban (Gómez, 1993, p.49). Este grupo de maestros serán los encargados de aplicar una nueva metodología en las aulas, siendo la más importante la “educación dirigida”, sistema en donde el alumno debía ir a clases preparado para la lección que iba impartir el profesor; es decir, el estudiante leía o repasaba los temas un día antes de ser expuesto por el docente, quien tenía la función de un facilitador o comprobador del aprendizaje. Por esta razón, en cada sesión de clases el profesor evaluaba constantemente a los cadetes, ya sea con exámenes escritos u orales, no permitiéndose actitudes pasivas entre los estudiantes, procurando que estos en su

conjunto participasen en la construcción de la lección del día (Villacorta, 1956, pp. 43 – 45). Estas actividades tenían como norte el terminar con la tradicional enseñanza donde el profesor era el principal orador y los alumnos tenían muy breve participación o sólo se remitían a escuchar y tomar apuntes, ya que el modelo implantado en el CMLP buscaba formar estudiantes con iniciativa e independencia para tomar decisiones.

Los cadetes del CMLP aprendieron también de los libros que sus profesores publicaban o generaban en exclusividad para la institución. Sumado a ello, es importante resaltar que en 1946 se decide — con recursos propios de la institución y el apoyo del Estado — la creación de la Editorial del CMLP y un año después la imprenta (26 de junio). Estas empresas resultaron exitosas ya que no sólo publicaran los textos del colegio, sino los de diferentes instituciones educativas nacionales y privadas (Sirrealta, 1969, pp.46 - 47).

Otros aportes a la educación nacional provenientes del CMLP fue establecer el sistema de jerarquía docente donde la pre-investigación ayudaba a la incorporación en los estudios superiores. Se procuró brindar pruebas objetivas usadas luego en todos los niveles educativos, se crearon clubes escolares para mejorar los estudios y crear revistas, se brindó orientación vocacional para dirigir mejor el proceso de selección de una carrera profesional y que décadas después se incorpora a la educación nacional, entre otros aportes que se usarán en las siguientes reformas educativas (Sirrealta, 1969, pp. 20 - 21). De este modo, el CMLP fue un pertinente laboratorio de prueba para poder experimentar con diversas propuestas pedagógicas que años después serán aplicadas por a nivel nacional por el Ministerio de Educación. Un ejemplo de lo descrito fue el proyecto de las grandes Unidades Escolares edificadas durante el gobierno del presidente Manuel A. Odría (1950 -1956), en cuyo gobierno tuvo como ministro de educación pública al coronel EP Juan Mendoza Rodríguez⁵, uno de los creadores y ex director del CMLP. Por ello estas nuevas instituciones educativas civiles tuvieron varias características del colegio militar; enumerando algunas como el uso de un uniforme muy similar al del

⁵ Juan Mendoza Rodríguez fue comandante en la Escuela Militar (1939-1940) y profesor en la Escuela Superior de Guerra (1941-1944). Ascendió a coronel y fue nombrado director del Colegio Militar Leoncio Prado, donde organizó su imprenta y editorial escolar (1946-1948). Durante el gobierno Militar de Manuel A. Odría fue nombrado ministro de educación (1948 – 1956) bajo éste cargo realizó una reforma educativa que buscó la renovación de los planes de estudio, la organización jerárquica de los docente y un plan de construcción de colegios y otros edificios (30 Grandes Unidades Escolares, 75 núcleos escolares campesinos). Por otro lado también fue parte del Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada donde se desempeñó como presidente de la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia (1969-1975) produciendo 86 volúmenes de la Colección Documental de la Independencia del Perú. En Tauro del Pino, Alberto: Enciclopedia Ilustrada del Perú. 3era Edición. Tomo 11.

ejército, la disciplina férrea, diversas actividades patrióticas y deportivas, infraestructura muy bien diseñada, y la separación de los estudiantes por géneros en diversos planteles. El Leoncio Prado fue reconocido entonces como una institución única y de grandes logros, no sólo por su formación de hombres de bien y moral patriótica, sino por los lauros académicos y deportivos que año a año fueron acrecentado el prestigio de la institución. Dichos laureles despertaron el interés en otros lugares del país, los cuales comenzaron a solicitar la creación de colegios militares similares, dando origen a los colegios Francisco Bolognesi (1946) de Arequipa, Elías Aguirre (1961) de Chiclayo, Ramón Castilla (1963) de Trujillo, Pedro Ruíz Gallo (1978) de Piura, entre otros. Por otro lado, no sólo estudiantes nacionales deseaban el ingreso al colegio, sino también extranjeros quienes a través de sus embajadas solicitaban se les asignen algunas vacantes. Así la institución leonciopradina albergará a cadetes de varias partes del mundo, principalmente de Latinoamérica y algunos países de Europa y Asia (Sirrealta, 1969, p. 23).

Entre los años 1977 y 1980, correspondientes a la segunda fase del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, el CMLP pasa por una de sus crisis más importantes cuando el gobierno de turno decide transformarlo de su estatus de nivel Secundario especial a una Escuela Superior de Educación Profesional (ESEP) en el contexto de la Reforma Educativa de 1972. Tal cambio tuvo como principal consecuencia el alejamiento de profesores de nivel universitario, reemplazados por docentes de colegios públicos. El proyecto pretendía generar estudiantes que egresen con una profesión técnica y luego, si los mismos alumnos lo decidían, podían continuar con una carrera de nivel superior. Sin embargo, la propuesta no fue bien ejecutada ni tampoco bien recibida por la población. La consecuencia inmediata fue el masivo número de retiros y deserciones que llegaron a 150 cadetes para el año 1978 (Collantes, 1993, pp. 55 – 70). Este hecho marcaba un fracaso en el proyecto y significó el retroceder hasta alcanzar un muy bajo nivel académico en los siguientes años. Por tal razón, una vez culminado el gobierno del general de división EP Francisco Morales Bermúdez (1975-1980), se decide en 1981 retornar al sistema de educación secundaria, pero dejando a la plana docente ya establecida. Esta última decisión será la que no permitirá regresar al antiguo auge del colegio, manteniendo tan solo un nivel de enseñanza promedio.

En la década de los ochentas del siglo pasado, el colegio intenta recuperarse académicamente pero factores externos como las crisis económicas experimentadas en

los gobiernos de Fernando Belaúnde (Partido Acción Popular) y principalmente el de Alan García (Partido Aprista Peruano) no permitieron mayores avances; a lo que se debe sumar la violencia terrorista que generó diversos problemas financieros y logísticos al Estado, teniendo como consecuencia el dejar a un lado a la educación nacional al ser priorizada la lucha por la seguridad política y económica interna. Así se llega a la última década del siglo XX durante el gobierno del Ing. Alberto Fujimori (ex rector de la Universidad Agraria La Molina – UNALM) quien durante su segundo mandato (1995-2000) extiende sus políticas neoliberales a la educación, promulgando una serie de decretos como los del año 1996 que permitían el ingreso de inversionistas privados al sector educativo. Esta decisión logra masificar el acceso a los colegios privados con una oferta académica de dudoso nivel (Cuenca, 2013, pp. 38 – 39). Además, ese mismo año el CMLP se adaptó al nuevo Proyecto Educativo Nacional (NEP) que disponía una mayor participación civil en la institución, flexibilizándose las normas para su ingreso, mayores derechos para los cadetes e intervención de los padres de familia. Estos cambios no fueron acompañados de un mejoramiento académico ni de un mayor apoyo económico o de infraestructura para la institución. Una vez más el número de postulantes e ingresantes se redujo, marcando una nueva crisis institucional⁶.

Por último, ya iniciando el nuevo siglo y durante el segundo gobierno de Alan García se crea el programa de Colegios Emblemáticos del Perú (2009) para mejorar la infraestructura de los grandes y más antiguos centros educativos del país, proyecto donde se incluyen a las Grandes Unidades Escolares y al CMLP. Por tal razón y dos años después, se realiza el traslado momentáneo del colegio al Fuerte Hoyos Rubios donde desarrollará sus funciones hasta finales de 2012 (Antorcha Leoncepradina N° 272). Aquí los escolares del CMLP vivirán la experiencia de estudiar en un fuerte militar y convivir con la tropa y los oficiales durante dos años. Hacia el año 2013 ya estaban listas las nuevas instalaciones del CMLP y entonces vuelven a su local tradicional, pero con nueva infraestructura y con los ánimos de recuperar la trayectoria perdida. Sin embargo, ahora deberán competir con otro tipo de institución de encierro fundada en el año 2010, El Colegio Mayor Secundario Presidente del Perú, institución

⁶ El promedio de ingresantes al CMLP fue de 500 a 600 cadetes, pero durante la aplicación del proyecto ESEP (1978 – 1980) se reducen en promedio entre 400 a 280. Luego en los ochentas las cifras suben entre a 500 a 450, pero durante los noventas vuelven a reducirse el número de ingresantes a cifras entre los 400 y 250 cadetes. (datos tomados de los libros de matrícula del CMLP)

civil que reúne a los mejores estudiantes del país y que, bajo un sistema de internado, pretende ser un ejemplo pedagógico para una posterior aplicación nacional. Aquí se busca otra mirada en la construcción del ciudadano y la ciudadana, una más libre, menos rígida que la militar, pero con altos conocimientos y desarrollos pedagógicos para producir estudiantes preparados para una vida académica superior.

El CMLP desde 1944 hasta el 2014 ha generado 68 promociones con un aproximado de 50,700 cadetes (Archivo del CMLP -Libros de matrícula) educados bajo un fuerte rigor militar. Esta breve historia institucional que aquí se ha presentado, nos describe como en un momento de la historia peruana el ideal de ciudadano civilizado estuvo relacionado con la milicia y como ello fue variando lentamente en el tiempo. Aunque todavía existen muchas familias peruanas que consideran valiosa una educación militarizada y de fuertes valores patrióticos; y es por eso que una institución tan tradicional como el CMLP continúa existiendo, razón por la cual en otros lugares del país se han seguido construyendo colegios militares durante el siglo XXI, como Gregorio Albarracín (Tacna), Pachacútec Inca Yupanqui (Cusco), Inca Manco Cápac (Puno), Basilio Auqui (Ayacucho), Domingo Nieto (Ilo), Héroes del Cenepa (Bagua), Ancco Hayllo (Andahuaylas), Rafael Hoyos Rubios (Cajamarca) y Juan Valer Sandoval (Huancayo).

Capítulo III

El proceso civilizatorio en el Colegio Militar Leoncio Prado

La duración y funcionamiento correcto de un Estado logra continuidad mediante un efectivo mecanismo de vigilancia y castigo de la población a la cual gobierna. Para ello, es fundamental la creación de instituciones represoras que tengan el derecho de ejercer violencia legalmente, tales como los servicios policiales y las fuerzas armadas. Sin embargo, en paralelo, existen organismos que parecen inocuos al ejercicio del poder y que constituyen el mejor soporte para controlar a una población. Un ejemplo claro han resultado ser las religiones, las cuales permiten promover e implementar una moral rígida y limitante. Otra institución de soporte han sido los centros educativos. En los colegios es donde se imparten las formas aceptadas de ser «buenos ciudadanos», y es también el espacio donde se enseña a rechazar — por medio de la vergüenza y el miedo — los comportamientos que están fuera del «ideal de persona» que ha sido construido por la sociedad y que es aceptada por el Estado.

En el caso peruano, el modelo de una persona civilizada ha sido elaborado a partir del cultivo de valores religiosos y patrióticos. De esto no escapa ni el periodo pre hispánico, ni la Colonia o incluso la etapa republicana. Esto se manifiesta con claridad en el sistema educativo que se desarrolla en el país, ligado a instituciones eclesiásticas y militares que han estado presentes en todos sus acontecimientos. Bajo estos cánones, la formación de los ciudadanos y ciudadanas se ha encaminado hacia la tarea de moldear personas que aprendan a controlar su cuerpo reprimiendo sus emociones y deseos, a

comportarse correctamente frente a las autoridades y acatando normas acordes al espacio donde se hallen. Es importante señalar que el modelo no implica la uniformidad en las personas normalizadas pues siempre existirán aquellas que se resistan al sistema. Esta es la razón y tarea que se les atribuye a las mayorías sociales quienes estarán vigilantes para corregir y, cuando los casos presentan resistencias o violan derechos, se les someterá a estos grupos para que efectúen castigos por medio de las instituciones de encierro punitivas. Sin embargo, aquellos que logren la normalización, tendrán prestigio y mayor éxito en la vida social. Ello es lo que explicaremos en la presente investigación.

El tercer y último capítulo de la tesis toma como ejemplo — tal vez radical — al Colegio Militar Leoncio Prado (CMLP), exponiéndolo como un arquetipo para poder entender el funcionamiento de las instituciones sociales de encierro en ese afán de civilizar a las personas. El capítulo está dividido en tres partes: la primera, intenta explicar el inicio de la normalización en el CMLP a través del proceso de admisión a la institución. Luego se describirán y analizarán las etapas de adiestramiento de los cadetes para que logren una uniformidad social y el autocontrol requeridos durante los tres años de encierro. Por último, se analiza los resultados del proceso civilizatorio en los estudiantes y cuáles han sido sus principales efectos.

Para poder lograr los objetivos del capítulo, he recurrido a diversas fuentes primarias y secundarias que en menor o mayor grado, representaron una agradable dificultad que entusiasmaba en las labores de recolección de información: los libros de matrícula de los años estudiados, fotografías, revistas institucionales, libros de ex alumnos, videos; y sobre todo los valiosos testimonios de quienes convivieron en sus claustros y recibieron el proceso de normalización, las cuales fueron obtenidas por medio de entrevistas y contó con la confianza y colaboración de 200 testimoniantes de los diversos periodos de la historia del plantel educativo (ex cadetes y actuales cadetes del CMLP), obtenidas entre los años 2011 y 2016. Las personas que han colaborado con esta investigación — en su gran mayoría — han pedido algún tipo de anonimato, debido a que sus declaraciones puedan ser tomadas como infidencia (y posterior adjetivación como «traición») por parte de sus compañeros; por tal razón, al momento de nombrarlos serán señalados solo con alguno de sus nombres, o refiriendo a su año de ingreso o promoción.

3.1 Ingreso.

a) Razones de ingreso

Los motivos o razones por las que un adolescente entre los 13 y 14 años ingresa a un colegio de tan duras condiciones como el CMLP son muy variadas: en primer lugar, tenemos a sus padres o tutores quienes, en su mayoría, toman la decisión de confiar a sus hijos o apoderados a una institución que brinda educación militarizada. Su determinación puede estar influenciada por diversos factores que van desde la percepción muy enraizada de «mejorar el carácter de su hijo» en caso atribuírsele algún desorden conductual o malos hábitos sociales, el continuar una tradición familiar, aislarlo de los problemas que se sufren en el seno familiar, asignarle opciones de mejor futuro por medio de la vida militar, castigarlo por alguna inconducta o percibir que han perdido autoridad sobre los menores. En segundo lugar, hallamos la propia elección de los adolescentes quienes, por razones vinculadas a la admiración de la milicia, búsqueda de vías de escape respecto a los problemas familiares, un afán por cambiar su comportamiento y otros motivos, optan por este tipo de educación. A continuación, se expondrán una serie casos (presentados de mayor a menor coincidencias entre los 200 entrevistados) para comprender las historias detrás de cada postulante, y posterior ingresante, al CMLP:

- **Problemas de conducta:** Durante el recojo de la data y su sistematización, 80 de los entrevistados explicaron que su presencia en el colegio militar se debía a razones de mala conducta, y que habían sido sus padres quienes tomaron esa decisión a fin de generarles un cambio en su comportamiento. Ello se evidencia en el caso de Alberto (ingresó en 1948) quien tuvo como padre a un abogado de enérgico carácter. Este lo sorprendió leyendo revistas «indecentes» en varias ocasiones, amenazándolo con que, ante una siguiente oportunidad de hallarlo incurriendo en esta falta, «lo llevaría a corregirse al CMLP», hecho que sucedió en los primeros días de noviembre de 1947. Su padre cumplió su advertencia y, en consecuencia, las siguientes semanas fue obligado a prepararse para postular al colegio, al cual ingresó meses después. Como se observa, su progenitor no estaba dispuesto a tener un hijo enviciado a revistas con referencias sexuales y,

por tal razón, consideró necesario modificar su comportamiento internándolo en una institución disciplinaria. Sin embargo, el objetivo no se cumplió: Alberto fue «dado de baja»⁷ ese mismo año por problemas de conducta. Un proceso parecido fue el de Arturo (Promoción XI, 1954 – 1956) quien, en este caso, sí terminó su formación en el CMLP. Arturo ingresó al colegio debido a su resistencia a obedecer a su madre, quien lo criará sola en vista al fallecimiento de su padre. Un tío suyo — militar y al cual temía— fue quien sugirió que la manera efectiva de cambiar este comportamiento disruptivo era justamente su ingreso al CMLP. Arturo considera que ello fue la mejor decisión que tomaron por su persona debido a los grandes cambios que logró educándose en esta institución. El caso de Federico (Promoción XIX, 1962 – 1964), de origen arequipeño, es bastante extremo: a sus cortos 14 años tuvo amoríos con una mujer de 19 a la cual embarazó. Como respuesta, sus padres consideraron necesario su inmediato viaje a Lima para postular al CMLP bajo la noción de que al lograr «reformar su personalidad», este pueda asumir sus responsabilidades como padre (con el agravante de haber estado enamorando a varias mujeres en su ciudad).

José (Promoción XXVIII, 1971– 1973) proveniente del distrito del Rímac, piensa que siempre fue un niño y adolescente inquieto, haciendo diversas travesuras y bromas en el vecindario. Sus padres no tenían cómo controlarlo hasta enterarse de la existencia del CMLP. Cuando vieron al hijo de unos vecinos llegar a su casa con su uniforme blanco y en actitudes marciales, entonces determinaron que el ingreso de José a esta institución era la mejor opción para calmar los ímpetus del menor.

Un caso resaltante es el de Elويد, proveniente del distrito de El Agustino que es parte de Lima Metropolitana. Criado por sus abuelos al sufrir el abandono de sus padres, tuvo una infancia dura y se involucró con pandillas de su barrio. Ingresó en 1999 al CMLP debido a que tenía problemas con la policía por diversos actos delictivos. Su permanencia en la institución sólo duró un año ya que fue dado de baja por sus constantes indisciplinas.

Refiriéndonos ahora a un proceso relativamente reciente es el del cadete Carlos (ingresante 2014) proveniente del distrito limeño de Comas, quien, cuando se le

⁷ Frase militar para expresar que un cadete ya no pertenece a la institución, porque solicitó su retiro, fue expulsado o destituido.

preguntó por las razones de su ingreso al CMLP, señaló con rostro triste «que obtuvo malas calificaciones y su padre lo obligó a postular». Tras ello explicó su ansiedad y desesperación por regresar en el tiempo y no haber aprovechado el colegio civil el año anterior, terminando la entrevista con lágrimas en los ojos, expresando que pediría su baja, aun cuando su padre se opusiera a ello.

Si bien se ha expuesto que son los padres o tutores — en su mayoría — quienes obligan a sus hijos a ingresar al CMLP para mejorar su comportamiento, también es importante relatar que existen leonciopradinos que decidieron su ingreso por propia voluntad (6 de los 80 entrevistados) porque asumen que comprendieron el error de tener una «mala vida»; tales como el testimonio de Jorge (Promoción XXX, 1973 – 1975) quien residía en el distrito de Barranco. Sus padres se habían separado y él había optado por llevar una vida indisciplinada. Dándose cuenta del profundo dolor que le causaba a su madre, comprendió la necesidad de cambiar y consideró a la vida castrense como una opción para modificar su presente y futuro. De igual manera Julio (Promoción L, 1995 – 1997) quien se encontraba con matrícula condicional en el colegio parroquial de su barrio en el distrito de San Martín de Porres. Tomó la decisión de su ingreso luego de la sugerencia de su madre. Él sentía que su actuar causaba mucho sufrimiento a su preocupada progenitora, entonces decidió postular y ser internado en esta institución.

- **Formación de carácter:** 25 de los entrevistados consideraron que su ingreso fue motivado por la «necesidad de cambiar» su carácter dócil, tranquilo, ingenuo y hasta «afeminado», por uno más cercano a lo dispuesto hacia el género masculino; es decir, uno de tipo violento, caballeroso, vivaz, extrovertido, eminentemente varonil. En todos los casos tenemos a padres o tutores preocupados o con muchos temores sobre sus hijos menores porque perciben que no se comportan o se relacionan como lo caracterizado para jóvenes de su edad, y ven al CMLP como una solución a estas preocupaciones. Ya el importante periodista César Hildebrandt (Promoción XIX, 1961 - 1963) ha contado que las razones de su ingreso se debieron a que su «carácter engrdeído y el estar rodeado de mujeres» hicieron que su madre tome la decisión de enviarlo al colegio militar para «componerlo» (Hildebrandt, 2010). Como él, muchos adolescentes

fueron internados en la institución para corregir su actitud y conducta y, justamente, el testimonio de Esteban (Promoción XV, 1958 – 1960) y Hernán (Promoción XXXII, 1975 – 1977) son muy similares. El primero es un hijo único, retraído, y poco sociable; el segundo, el último hijo de una pareja que tuvo 4 hijas previamente. Tales circunstancias los hicieron merecedores de ingresar al colegio militar para que —según sus propias declaraciones— puedan recibir una educación que los vuelva masculinos, varoniles y fuertes.

Precisamente, los padres de cuatro ex cadetes —abiertamente homosexuales— querían que esas cualidades se desarrollen en sus menores hijos. Los entrevistados narraron los miedos de sus progenitores al ver que sus hijos no seguían lo biológicamente establecido. Carlos (Promoción XXIII, 1966 – 1968) nos explica que «él siempre era un chico débil y delicado», y aunque a sus 13 años aún no sabía con seguridad su sexualidad, sus padres lo internaron en el CMLP cuando se enteraron que en el colegio religioso donde cursaba el segundo año de secundaria, lo llamaban «mariquita». El enojo de sus progenitores fue gigantesco y creían firmemente que, si era educado con rigor militar, él podría cambiar (hecho que no sucedió). Sin embargo, él considera que logró aprender a comportarse como se le pedía socialmente, al menos para guardar las apariencias. Otra situación similar afirma haber vivido César (Promoción XLVI, 1990 – 1992). Criado por sus abuelos y habiendo recibido el abandono de padre y madre, era visto como frágil y poco varonil para un ser un chico del barrio de La Victoria. En su testimonio, afirma que ya comprendía su sexualidad, y también entendió su ingreso como una forma de «negación de sus tutores a su forma de ser» porque se resistían a creer en su evidente homosexualidad. Así, tuvo que enfrentar una de las etapas más duras de su vida, no sólo por lo hostil que fueron con él durante sus primeros meses, sino porque debió aprender a ser alguien que realmente no era para recibir la aceptación de su familia y la sociedad. Por último, tenemos los aportes de Antonio (Promoción LX, 2004 – 2006) quien su enérgica madre lo obligó a ingresar al CMLP al descubrirlo relacionándose con jóvenes mayores que él y de manera sexual. Él explica que fue muy duro su ingreso, pero ya dentro de la institución sus preferencias sexuales se acentuaron al poder conocer a otros chicos que se hallaban en sus mismas condiciones, hecho que solo generó un efecto contrario al que su madre quería lograr cuando lo obligó a ingresar a la institución militarizada.

Como se observa, algunos ingresantes del colegio lo hicieron pero no por una vocación militar, sino por los miedos que sus padres o tutores desarrollaron cuando los vieron comportarse de una manera no aceptada por la sociedad, y pretendiendo «corregir» esas actitudes al destinarlos a una institución militarizada bajo la modalidad de enclaustramiento; finalidad para la cual no fue creada y por lo tanto, no debía cumplir con el objetivo de «reforma de la conducta». Sin embargo, la percepción social asignada a la asociación entre la disciplina, buenas costumbres y milicia, fomentaba en los responsables de la educación de estos jóvenes la noción de que las instituciones de este tipo estaban en «capacidad natural» de modificar aquellos comportamientos y emociones contrarios a lo socialmente admitido.

- **Problemas familiares:** 25 entrevistados de toda la muestra obtenida contaron que su ingreso al CMLP ocurrió a raíz de los problemas que existían en sus hogares y, como una forma de aislarlos de las dificultades, sus padres o incluso ellos mismos optaron por educarse los 3 últimos años de su vida escolar en esta institución. Conocido es el caso del galardonado con el Premio Nobel de Literatura 2010, el escritor Mario Vargas Llosa, quien tenía problemas en casa por el regreso de su padre con quien no se llevaba bien y le generaba problemas a su madre (Vilela, 2011, pp. 40- 46). Él aceptó su ingreso a la institución porque la vio como una manera de escapar de los distintos conflictos familiares que todos los días vivía. Un testimonio similar nos lo brinda Víctor (Promoción VI, 1949 – 1951) quien fuera hijo «ilegítimo» de su padre. A los 12 años y tras fallecer su madre, es llevado a vivir con su madrastra, empezando a experimentar un periodo de diversos conflictos en su nueva familia; fue entonces cuando leyó en el periódico el proceso de admisión al CMLP, y que esta era una institución de internado. Es allí donde pidió a su padre que le permita postular y obtener su ingreso. Como él, los casos de Óscar (Promoción XVII, 1960 – 1962) y de David (Promoción XXX, 1973 – 1975) son bastante similares: el primero, hijo resultante de los amoríos de su madre con un tío paterno suyo, trajo tal revuelo en la familia que decidieron aislarlo de los problemas ingresándolo al CMLP; el segundo, tenía un padre alcohólico y por ello sus abuelos decidieron que era mejor apartarlo del mal ejemplo paterno llevándolo al Leoncio Prado. También podemos mencionar el caso de Erick (Promoción LXVI, 2010 – 2012)

quien su hermano mayor tenía problemas con el consumo de drogas y es por eso que sus padres decidieron que, con su hijo menor, no cometerían los mismos errores, decidiendo así su ingreso al colegio militar. El último que se expondrá no es un testimonio directo; sin embargo, fue confirmado por varios ex cadetes y un técnico que dirigió a la promoción XLVII (1991 – 1993). Se trata de la historia del ex cadete al que llamaremos «Beto». Su madre era una conocida meretriz de Lima, la misma que decidió llevar a su hijo al CMLP para que no se entere de su «deshonrosa» profesión, además de obtener una formación correcta y adecuada a lo requerido por la sociedad. Lamentablemente para sus intereses, el supuesto secreto se supo en el colegio, marcándolo para toda la vida.

Como se aprecia desde los testimonios recogidos, se puede entender al Leoncio Prado como una institución de múltiples propósitos, pudiendo servir como un espacio para aislar y proteger a los menores de los problemas de las familias, además de educarlos bajo la pretensión que puedan cultivar y desarrollar su virilidad o que al menos la puedan aparentar («salir bien hombres»).

- **Tradición:** 24 de los 200 entrevistados declararon que las razones de su ingreso al CMLP obedecen a una larga tradición familiar que va desde los abuelos, pasando por sus padres, hijos y nietos, quienes han seguido la costumbre de educarse en una institución militarizada de encierro. Ellos son el grupo que más defienden a la institución y los mejores preparados para resistir los tres años disciplinarios, puesto que desde muy niños se les habla de la milicia. Se les cuenta las aventuras leonciopradinas o se les lleva a las principales ceremonias y reencuentros dentro de la institución, logrando en ellos generarles una aceptación y normalización de una vida disciplinaria. La consecuencia es un grupo formado por adolescentes mentalizados sobre lo que harán cuando cumplan 13 o 14 años: seguir la tradición de una educación militarizada por convicción o por obligación. El caso de Montes de Oca (Promoción LXVIII, 2012 – 2014) es un ejemplo notorio; su abuelo Jorge Montes (Promoción XIV, 1957 – 1959) le inspiró a querer postular al Leoncio Prado. También es evidente esta característica en el cadete Diego Mendoza (Promoción LXX, 2014 – 2016) quien pertenece a la tercera generación de estudiantes del colegio militar, puesto que su padre (Promoción XLIII, 1987 – 1989) y su abuelo (Promoción XVI,

1959 – 1961) también estudiaron aquí y, según nos relató, de darse la oportunidad de tener hijos varones, también los mandará a educarse al Leoncio Prado porque considera que este es el mejor lugar para «formar a un hombre».

Los testimonios descritos muestran cómo un sector de los estudiantes del CMLP ingresó a esta institución por una convicción de continuar con la tradición familiar masculina. También hemos encontrado casos de hermanos y primos egresados del colegio, incluso teniendo la oportunidad de estudiar el mismo año, tales como Luis Saona Black y Luis Saona García (Promoción IV, 1946 - 1948). Es importante resaltar que existen algunos casos donde a pesar de tener el ejemplo familiar, no lo hacen convencidos de que es un lugar ideal para educarse, sino porque sentían estar obligados a realizarlo, como se apreció en Enrique Adrianzén (Promoción LXIII, 2007- 2009), quien confiesa no haber deseado su ingreso a la institución «ya que su vida la tenía hecha en la sociedad civil». La fuerte presión de su padre (Promoción XVII, 1960- 1962) y la de sus tíos (también leonciopradinos) le hizo tomar la decisión de ingresar al colegio militar a pesar de la oposición de su madre. Como él, hay 6 casos bastante similares encontrados en las Promociones XXVIII, XXIII, XXVIII, XLIII, L, LII. Estos aportes son considerados en la data presentada y refuerzan la apreciación de los resultados; sin embargo, por una cuestión de redundancia, se optó por no reproducirlos en esta parte de la investigación.

- **Vocación militar:** 24 de los entrevistados confesaron que su ingreso al CMLP se debe a una temprana admiración y a sus sentimientos de pertenencia e identificación con la vida militar, describiendo haberse visto atraídos desde muy pequeños por los desfiles, uniformes, armas, tanques, aviones de guerra entre otros vehículos militares, los que les hacían fantasear con una vida dentro de los cuarteles o participando de algún conflicto. Por ello, desde los primeros años de fundación de la institución, se tuvo cadetes con gran afición por la vida militar. A propósito, no debemos olvidar que el colegio fue creado en el contexto del triunfo bélico peruano frente a Ecuador, y el regreso de los militares al poder; además, la influencia de la II Guerra Mundial y las siguientes décadas marcadas por conflagraciones bélicas internacionales construyen un mundo donde los miembros de las fuerzas armadas son un grupo admirado y muy importante.

Tales acontecimientos motivaron a varios jóvenes como Víctor Guardia, José Martínez o Luis Morales, todos ellos pertenecientes a la primera promoción (1944 – 1946) del Leoncio Prado. Por otro lado, algunos al ser parte de una familia de militares, les inspiró pedirles a sus padres les permitan postular al prestigioso colegio. Ese es el caso de Jorge López y Vicente Villanes (Promoción XII, 1955– 1957). Otros testimonios destacados son la de los descendientes de chinos (tusán) nacidos en el Perú, los cuales han representado un número importante a lo largo de la historia del colegio, principalmente durante las primeras décadas. Así tenemos a Leslie Lee y Guillermo Tam (Promoción III, 1946 – 1948), Alfonso Jo (Promoción IV, 1947– 1949), Lucio Chiu (Promoción V, 1948– 1950), quienes explican las razones de su ingreso desde la óptica de la admiración por la vida militar y la disciplina. Del mismo modo contamos a descendientes de japoneses (nikkei) como Gerardo Hironaka, Raúl Ishiyama (Promoción VII, 1950 – 1952); Daniel Haro (Promoción X, 1953 - 1955); Luis Kobashigawa y Tomás Nakemoto (Promoción XX, 1963 – 1965) quienes voluntariamente les pidieron a sus padres les permitan postular al CLMP tras apreciar a los hijos de vecinos o familiares quienes llegaban con sus uniformes militares de gala y ser el orgullo del barrio. Todos estos ex cadetes — junto con los que ingresaron por tradición— serán quienes mejor se adecuarán a la rigurosa educación brindada en el CMLP, ya que ingresaron por una decisión personal y se hallaban mentalizados en cumplir su objetivo de educarse para ser miembros de las fuerzas armadas.

- **Ascenso social:** por último, 22 de los entrevistados declararon que su ingreso al CMLP estaba relacionado con la pretensión de sus padres — o de ellos— de mejorar su condición social al considerar que la institución —por poseer un gran prestigio y dar la posibilidad de ingresar a las Fuerzas Armadas— puede mejorar su posición dentro de la sociedad. Al respecto, el sociólogo Rodolfo Stavenhagen considera que en las sociedades capitalistas existe mayor posibilidad de poder ascender socialmente. Para lograrlo, depende mucho del análisis y accionar que pueden tomar los subalternos para acceder a un rango superior dentro de su sociedad (1969, pp. 26 – 27); y justamente, uno de los espacios que mayor cambio social propicia es el sector educativo, y si a eso le sumamos su vínculo con la milicia, es un lugar ideal para quienes quieren

mejorar sus condiciones sociales. Así, desde las primeras promociones encontraremos estudiantes provenientes de sectores pobres u originarios de las diversas provincias del país, y sobre quienes sus familias pretendieron una mejora social como ocurrió con Juan y Ciro de la primera promoción (1944-1946) provenientes de La Victoria y el Rímac (en la ciudad de Lima). Similar situación es la de Alfredo y Daniel (Promoción XXXIX, 1983 -1985) de los distritos de El Agustino y Villa El Salvador. También tenemos varios estudiantes de provincias que fueron mandados por sus padres invirtiendo todos sus ahorros con el objetivo de educar a sus hijos en una institución de renombre y que hemos registrado en los testimonios de José y Carlos (Promoción XXIII, 1966 -1968) naturales de Huancayo y Huánuco respectivamente. Ambos tuvieron que dejar la casa de sus padres para venir a vivir a la capital y donde se les presentarían grandes desafíos. En otros casos tenemos estudiantes cuyos padres (de condición económica y social muy humilde) no les permitía solventar el colegio, pero pudieron acceder a la institución a través de becas. Estos son los ejemplos dados por Rodolfo (Promoción XXIII, 1966 -1968) y Óscar (Promoción XXX IV, 1983 -1985).

El grupo de estudiantes nombrados no tenían vocación, pero postularon al colegio por la exigencia de sus padres, quienes los convencieron de ser el mejor lugar donde se educarían teniendo mejores opciones de un buen futuro. Por esa razón, su estadía en el colegio fue difícil; sin embargo, al comprender el esfuerzo y sacrificio de sus progenitores y tutores, tuvieron que adecuarse lo más pronto posible a las condiciones que les exigía la institución.

b) Proceso de admisión.

Una vez tomada la decisión de ingresar al CMLP es necesario pasar por una serie de pruebas para poder ser admitidos por la institución. Lo primero es aprobar varios exámenes físicos para determinar si el postulante está apto para la dura educación militarizada que recibirá, iniciándose el proceso con los exámenes médicos, donde los jóvenes — a pesar de estar acompañados por alguno de sus padres o apoderados — deben entrar solos a la enfermería para ser revisados por médicos y enfermeras. Aquí todo transcurre con bastante normalidad hasta el momento en que se les pide (en

conjunto) desnudarse para ser examinados más al detalle. Para algunos de los entrevistados, el momento fue una prueba más: «sí todos somos hombres, no tiene por qué haber vergüenza» (Víctor, Promoción VI, 1949 – 1951). Otros postulantes procedentes de una educación tradicional y de amplio pudor, el momento les causó gran pena e incomodidad, ya que antes no habían pasado por una situación similar donde debían mostrar su desnudez frente a desconocidos, como ocurrió con Carlos (Promoción XXIII, 1966 – 1968) quien nos comentó lo siguiente:

Nos ordenaron a gritos que nos quitáramos la ropa. Yo por un momento lo dudé, pero al ver que todos los demás lo hacían, opté por seguirlos, igual sentía mucha vergüenza y en mi mente pensaba: ¿Qué estaba haciendo en ese lugar? Sentía un gran arrepentimiento; sin embargo, ya estaba ahí y debía seguir (...).

De igual manera, Marcelo (Promoción XX, 1963 – 1965) considera el momento como las primeras señales de cambio en su vida. Pese a que su padre y familiares le habían dicho cómo eran esos exámenes, se sentía asustado frente a tanto desconocido mostrando su cuerpo y recibiendo gritos de algunos militares ahí presentes.

Luego vendrán las pruebas de resistencia y capacidad física, donde los postulantes deberán mostrar si están aptos para llevar una vida de constante actividad y rigurosa disciplina castrense. Para ello deben participar de diversas competencias deportivas de resistencia como la natación y atletismo. Aquí los postulantes con verdadera vocación, los que se prepararon meses antes o a quienes les gusta los deportes, aprobarán sin mayor problema todas las actividades. Sin embargo, los que ingresaron obligados o por otras razones, padecerán y recibirán las primeras burlas de sus compañeros y los oficiales a cargo de las pruebas al no poder concluir con lo exigido. Además, toda la escena (a diferencia de la primera prueba) es presenciada por los padres que no en todos los casos los apoyarán para que sigan adelante; por el contrario, expresan su decepción y molestia. Un ex cadete llamado José (Promoción XLVI, 1990 – 1992) nos relató el siguiente recuerdo:

Yo y otros compañeros que nos habíamos preparado meses antes de las pruebas de admisión, pudimos superarlas con bastante facilidad, nos sentíamos orgullosos (...) y ver cómo nuestros padres se alegraban por haber superado las pruebas... Pero además nos divertíamos viendo como algunos postulantes no podían con las actividades exigidas, como las carreras donde quedaban bastante relegados o no las podían concluir, principalmente los más gorditos. Los

oficiales les gritaban y algunos padres también lo hacían de manera bastante exagerada, el momento era bastante humillante... luego ese momento será usado para bromearles de cómo llegaron al colegio (...).

Bajo esta modalidad de ingresos es que estas primeras pruebas les van enseñando a los jóvenes la necesidad de perder el miedo, la vergüenza e incluso afrontar las dificultades sin rendirse; actitudes exigidas en los hombres para ser considerados ciudadanos valorados por la sociedad peruana. Terminadas las dos actividades descritas, el proceso termina con un examen de conocimientos generales, el cual permite obtener la lista final de los nuevos cadetes del CMLP.

3.2 Tres etapas de adiestramiento.

Una vez finalizado el proceso de admisión y determinada la lista oficial de ingresantes, el CMLP tendrá en sus claustros a un variado número de jóvenes provenientes de todo el país, de distinta condición social, económica y cultural. Todo este conglomerado de adolescentes se educará durante los siguientes 3 años bajo un sistema militar que busca uniformizarlos mediante un conjunto de reglas y tradiciones, encaminadas a convertirlos en ciudadanos normalizados que la sociedad peruana espera.

Es importante en esta parte de la investigación el retomar la revisión de las ideas ya presentadas sobre la construcción histórica de sociedad civilizada del Perú. Como ya se señaló, ella se desarrolla a partir de la fuerte influencia de la cultura occidental, bajo una moral religiosa católica y el ejemplo del orden militar; elementos que el investigador alemán Norbert Elias señala como los formadores de la sociedad civilizada europea, la cual buscaba unir las diversas nacionalidades, lenguas y tradiciones en una que sea el ejemplo dominante y sirva para mostrar las diferencias entre los pueblos superiores evolucionados y aquellos primitivos estancados en el tiempo. Es decir, la *civilité* (2012, pp. 130 – 131) cuyo origen ocurriese en el segundo cuarto del siglo XVI con la adopción (entre los cortesanos) de un pequeño libro de gran difusión escrito por Erasmo de Rotterdam, *De civilitate morun puerilium* —De la Urbanidad en las maneras de los niños— (2012, pp. 130 – 131), texto que busca modificar la conducta de las personas desde la edad temprana, para ser consideradas personas de bien en el sentido de mostrarse como seres superiores y modelos para el resto de la población. Este manual que resultó de gran influencia en el mundo moderno occidental, se parece un poco a lo pretendido en el CMLP pues a los adolescentes que educa, les intenta

modificar el carácter, modales y la forma de relacionarse en la sociedad para lograr el éxito. Es decir, busca producir seres civilizados a partir de largas jornadas de encierro que se desenvuelven durante 3 años, bajo una disciplina castrense fundamentada en pruebas diversas. A partir de ello, en los siguientes párrafos, explicaré al detalle cómo se logra el autocontrol y la normalización en los jóvenes estudiantes del CMLP, así como su éxito y los efectos contrarios que repercute en sus estudiantes.

a) Primer año, «los perros».

Los nuevos estudiantes del colegio son todos adolescentes entre los 13 y 14 años, en promedio, quienes oficialmente serán llamados cadetes, los cuales tendrán que pasar por un periodo de adaptación internados durante dos meses, alejados de sus familias con derecho a visita los domingos por unas horas. Lo descrito es la primera fase del proceso de control de los individuos en las instituciones sociales de encierro o, como las llama E. Goffman, instituciones totales que se desarrollan en un mismo lugar y con una sola autoridad; las actividades diarias se hacen en conjunto y con un mismo trato; y todo el accionar dentro de la institución está programado, dejando muy poca libertad a los individuos que son sometidos a este sistema (2001, p.19). El proceso ocurre desde el primer instante que los jóvenes ingresan al Leoncio Prado; el primer día se inicia con una ceremonia de bienvenida donde se presentan con sus ropas de civiles y marchan hacia sus cuadras o dormitorios. Así y de manera simbólica, se alejan de la protección familiar. Este momento se parece mucho al vivido por los niños espartanos cuando son arrancados de los brazos de sus madres para ingresar a la milicia. Entonces, entre llantos y despedidas, las madres ven a sus hijos alejarse para convertirse en hombres. Juan Carlos Callirgos (1998) expone que «la mayoría de sociedades considera necesario desligar a los varones adolescentes de sus madres, pues seguir unido a ellas implicaría ser femenino» (p.44). Entonces la importancia de esta ceremonia radica en establecer una ruptura con el mundo femenino y la protección familiar, para de este modo empezar su aprendizaje hacia una vida independiente, además de ser educados en la forma en que la sociedad peruana considera al ideal de ciudadano.



Imagen 1. Primer día, ceremonia de bienvenida, van vestidos de civiles ,1963. Fuente: Anuario promoción XX, 1963 – 1965.

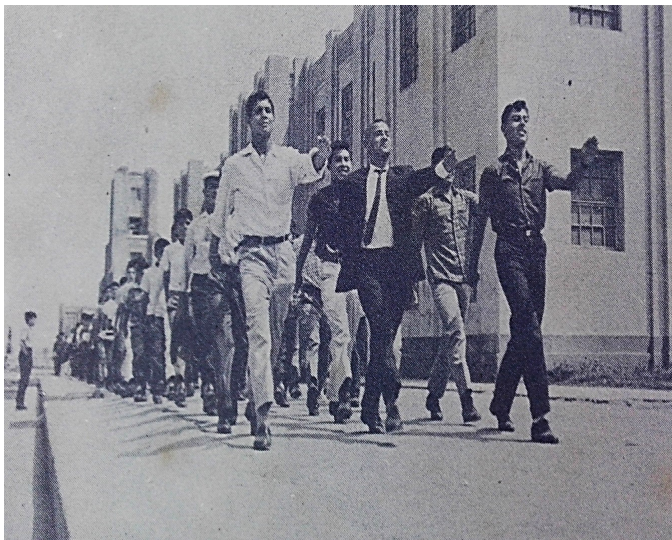


Imagen 2. Desfile inaugural, terminada la ceremonia se dirigen a sus cuadras comandados por su monitor, 1963. Fuente:



Imagen 3. Primer día, esperando se inicie la ceremonia de bienvenida, 1978. Fuente: Libro CMLP, bodas de oro. Promoción XXXV, 1978 – 1981 (ESEP).



Imagen 4. Ceremonia de bienvenida, despedida de los familiares 1995. Fuente: Antorcha Leonciopradina. Promoción LI, 1995 – 1997.



Imagen 5. Primer día, ceremonia de bienvenida, monitor llamado la atención a ingresante ,2013. Fuente: Antorcha Leongioprada. Promoción LXIX, 2013 – 2015.



Imagen 6. Desfile hacia las cuadras, 2013. Fuente: Antorcha Leongioprada. Promoción LXIX, 2013 – 2015.

Terminado el protocolo y ya en sus cuadras, sus instructores ordenarán que recojan sus uniformes y otros implementos como sábanas y frazadas, además les señalan que el color distintivo de su nivel es el verde. Acto seguido se les cortará el cabello a su mínima expresión, todo ello bajo violencia verbal y castigos físicos de no obedecer a tiempo y bien las disposiciones. A partir de este momento el sometimiento de los adolescentes se acelera para lograr con mayor eficiencia su transformación; para ello no sólo tratan de desligarlos con el mundo civil a través de órdenes estrictas, incluso buscan que pierdan su identidad llamándolos a todos con el apodo de «perros» —según varios ex cadetes— , porque deberán ser fieles, obedientes, respetuosos y seguir las órdenes de los oficiales y los monitores (estos últimos son alumnos de 5to año capacitados para ser los guías de los iniciados durante todo el año), sin dudar, ni presentar ningún cuestionamiento. Al respecto, Goffman considera que en las

instituciones represoras se utilizan, como ritos de iniciación, apodos tales como «gusano», «basura», entre otros. Ello sirve para recordarle a un interno que tiene un status especialmente bajo, implicando la mutilación del yo (2001, pp. 30 – 31), lo que ayuda a una rápida adecuación del sometido en el sistema de obediencia.

Es así como comienza, en la vida de los nuevos cadetes, un periodo de transformación y adaptación que es dirigida por los oficiales, técnicos, profesores y monitores, con el respaldo de la dirección o sin ella, ya que los métodos para hacerlo generalmente son violentos. La sumisión es primordial, la cual se debe demostrar en todos los ámbitos, como es en la disciplina del cuerpo y la forma de dirigirse a los superiores. Los nuevos cadetes deberán adoptar una postura de reverencia frente a todo aquel que esté por encima de ellos. Así se «cuadrarán» y mirarán hacia arriba diciendo palabras tales como «sí, mi mayor, mi técnico, mi monitor» según sea el caso; de igual manera para despedirse o pedir permiso para ingresar en algún espacio dentro del colegio.



Imagen 7. Entrega de uniformes, el primer día reciben colchones y otros enseres, 1959. Fuente: Antorcha Leonciopradina. Promoción XVI, 1959 – 1961.



Imagen 8. Primer día, entrega de colchones y otros enseres, 1959. Fuente: Anuario promoción XX, 1963 – 1965.



Imagen 9. Primer día, corte de cabello, 1978. Fuente: Libro CMLP, bodas de oro. Promoción XXXV, 1978 – 1981 (ESEP).



Imagen 10. Primer día, corte de cabello y entrega de enseres, 1978. Fuente: Libro CMLP, bodas de oro. Promoción XXXV, 1978 – 1981 (ESEP).

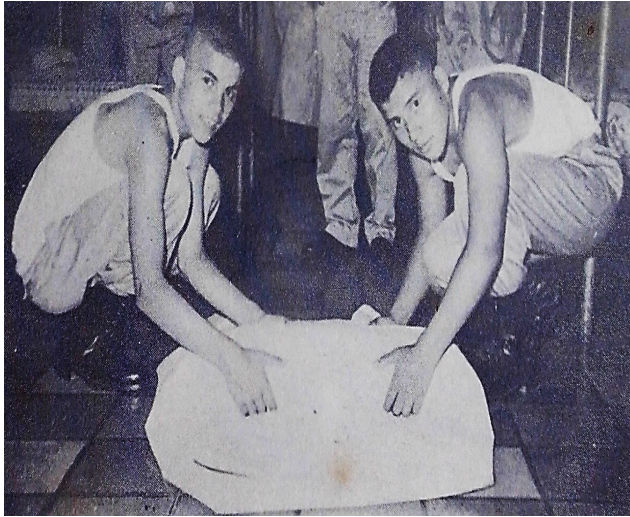


Imagen 11. Aprendiendo a tender las camas ,1963.
Fuente: Anuario promoción XX, 1963 – 1965.



Imagen 12 Primer día, uniformados con su monitor en el centro, 1978. Fuente: Libro CMLP, bodas de oro. Promoción XXXV, 1978 – 1981 (ESEP).



Imagen 13. Cadetes de tercer secundaria con su monitor, personaje que es su principal guía durante el primer año, 1978. Fuente: Libro CMLP, bodas de oro. Promoción XXXV, 1978 – 1981 (ESEP).

Sobre el control y el autocontrol de los internos, el filósofo francés Michel Foucault explica que es «el nuevo blanco del poder, porque se le manipula, se le da forma, se les educa, se le vuelve hábil o cuyas fuerzas se pueden multiplicar» (2009, p. 158). Así, para alcanzar dicho objetivo, a los iniciados se les obligará a largas jornadas de ejercicios físicos, pocas horas de sueño y a soportar prolongadas horas sin hacer uso de los servicios higiénicos. Algunos leonciopradinos entrevistados nos relataron algunos sucesos de esos primeros días: César (Promoción XXVI, 1969 – 1971) recuerda que el primer día, una vez puesto su uniforme, les hicieron correr a sus compañeros y a él varias vueltas al estadio, luego ranas, planchas, y caminar como pato hasta sus cuadras. Una vez estando ahí pensaban que descansarían, pero de inmediato entraron los monitores y empezaron con una nueva rutina de ejercicios hasta la llamada para ir a cenar, a la cual debían ir de forma ordenada, sino recibirían castigos. Terminada la cena creyeron que ahora sí podían descansar; sin embargo los mantuvieron de pie, junto a sus camarotes, mirando hacia el techo hasta la media noche. Un testimonio similar nos lo da Jorge (Promoción XLIX, 1993 – 1995) quien recuerda con nitidez que eran las 2 de la mañana y seguían de pie, no los dejaban dormir. Algunos de los adolescentes empezaron a llorar y el monitor les gritó: «Bienvenidos al infierno, donde sólo los hombres sobreviven».

A partir de ese momento aprendieron a estar alertas, obedecer sin dudar, a dormir pocas horas, y generar en su cuerpo resistencia al dolor y al cansancio físico. Pero ahí no terminaba el proceso porque, como se comprenderá, lo relatado también va acompañado de un autocontrol de las ideas, del pensamiento, y del espíritu de los adolescentes ahí internados. Para esto se hace uso de herramientas psicológicas basadas en el miedo, la vergüenza y el desagrado, los cuales tal como explica Norbert Elias, son elementos decisivos en los cambios civilizatorios (2012, p.75) y en esta institución tienen como principal objetivo la modificación de las conductas de los nuevos cadetes. Por lo tanto, es fundamental habituarse desde los primeros días. De esta forma, dentro del grupo de los ingresantes se formarán diversos subgrupos donde podemos encontrar a los líderes y sus seguidores, quienes generalmente entraron al colegio por vocación militar o tradición; también están los que se resignan a sus destino y tratan de «sobrevivir» esos primeros meses; por último, encontramos a los obligados —por diversos motivos— a ingresar al colegio, quienes son lo que no logran adaptarse o se demorarán en hacerlo y que constituirán el conjunto que sufre las mayores humillaciones y maltratos de sus

compañeros y de las diversas autoridades de la institución. Para mostrar lo expuesto, narraré algunos hechos relacionados con lo descrito:

- Luis (Promoción LXIII, 2007- 2009) contó que si bien él estuvo sereno la primera noche, varios de sus compañeros empezaron a llorar e incluso algunos de ellos lo hicieron de manera desesperada. Los demás empezaron a callarlos y se produjo cierto alboroto que obligó a que el suboficial a cargo de la sección ingrese a la cuadra, se prendan las luces y los levanten a todos, diciéndoles «Por estos llorones, ahora todos a hacer ejercicios», y los tuvo cerca de una hora en esa actividad, mientras los demás miraban con cierto rencor a los que habían estado sollozando, observándose en estos rostros de humillación.

Otro ex cadete llamado Raúl (Promoción XLII, 1986 – 1988) describió una escena que grafica el control y el autocontrol que los adolescentes leonciopradinos deben desarrollar:

La mañana siguiente de internarnos nos despertaron a las 4 de la mañana, rápidamente a tender las camas y a las duchas, ahí todos estábamos desnudos, excepto Álex, quien estaba bajo la ducha en ropa interior con una mirada de miedo. Todos lo observaban y empezaron a burlarse de él. De pronto llegó el monitor y preguntó por qué el alboroto. Entonces le contamos que había un «perro» bañándose en calzoncillo... El monitor se acercó a él y ordenó que entre todos le rompiéramos la ropa interior... ¡Y así se hizo! Álex terminó llorando, desnudo y humillado. El monitor al verlo le dijo: Aquí todos somos hombres, no debe existir vergüenza... ya no estás en tu casa... (Raúl, comunicación personal, 14 de abril de 2011)

Como muestra el breve relato, desde los primeros días se les enseña (a través de la humillación, el miedo y el desagrado) lo que un hombre no debe sentir, ni hacer. El pudor entre varones no está permitido, porque todos son iguales y nadie debe ocultar su cuerpo, pues hacerlo refleja debilidad e incluso homosexualidad. Además una característica de la masculinidad es el poder sobre otros: quien exprese debilidad será inferiorizado y sometido por los demás hombres hasta que demuestre estar al mismo nivel del resto de integrantes del grupo. Al respecto, Callirgos señala que la condición masculina esta siempre en duda, por lo que necesita someterse a pruebas y a una afirmación constante para ser aceptado socialmente (1998, p. 30). No realizar lo que

hacen todos los hombres, siendo varón, te deja en una postura de desconfianza porque se considera o percibe que se está ocultando algo.

La vida de los cadetes encerrados se convierte en una vida controlada y disciplinada pues todo está programado: se levantan con el llamado del «toque de Diana» a las 5:30 de la mañana.(según las normas, pero en realidad era a las 4 am), de ahí rápidamente a la duchas, tender sus camas a la manera estricta en que se lo han enseñado, vestirse con el uniforme de aula, bajar a los patios para una pequeña ceremonia, donde previamente se les cuenta para saber si nadie se ha quedado en la cuadra o escapado del colegio, luego se canta el himno de la institución y el himno nacional (Meneses, 2005, pp. 55 – 57) y para finalizar, se ingresa al comedor donde son sentados alrededor de mesas para 10 o 12 personas. Aquí, los llamados «perros» esperan la llegada de su monitor, quien dirige la mesa y les explica los modales que hay que tener en ella, a rezar y la forma en que deben comer. Ello puede resultar muy mecánico para un acto tan simple como es el de alimentarse, pero el solo hecho de tecnificarlo y establecer todo un procedimiento para hacerlo muestra la necesidad de marcar una diferenciación con otros adolescentes, y ellos que están siendo educados en el CMLP deben empezar a cultivar hábitos y buenas costumbres que la sociedad admira. Elias, concibe a la mesa como uno de los primeros espacios donde se inicia el refinamiento de la sociedad occidental en su proceso civilizatorio (2012, pp. 189 – 192) por eso el comedor es un lugar trascendental en la formación de los cadetes, porque se pone en práctica la obediencia y lo aprendido en los primeros días.



Imagen 14. El comedor, en la mesa los cadetes aprenden una serie de modales que los uniformiza y disciplina, 1959. Fuente: Antorcha Leonciopradina. Promoción XVI, 1959 – 1961.



Imagen 15. El comedor, la mesa también es un espacio de compañerismo 1962. Fuente: Antorcha Leonciopradina. Promoción XIX, 1962 – 1964.



Imagen 16. El comedor, durante el siglo XXI han cambiado la disciplina en la mesa, 2008. Fuente: Facebook. Promoción LXIII, 2007 - 2009.



Imagen 17. El comedor, la mesa es también un espacio de espiritualidad 2011. Fuente: Facebook. Promoción LXVII, 2011- 2013.

De este modo la vida de los nuevos cadetes se ve transformada y normalizada en estas actividades diarias, modelando su cuerpo y carácter hacia un cambio radical que tiene como elementos fundamentales a la violencia, el miedo, la vergüenza; pero también a la disciplina, la cual como dice Foucault: «fabrica cuerpos sometidos y ejercitados, cuerpos dóciles... aumenta las fuerzas del cuerpo (en términos de utilidad económica) y disminuye esas mismas fuerzas (en términos de obediencia política)» (2009, p. 160); obteniendo como resultado a jóvenes moldeados según lo pretendido por la institución militarizada y la educación estatal.

Los llamados «perros», como ya se ha señalado, serán sometidos a diversas jornadas de maltratos y castigos con numerosos ejercicios físicos; sin embargo, en ese objetivo por modificar con efectividad el cuerpo y las ideas de los jóvenes cadetes, hay tres ritos o sucesos que marcarán su estadía durante esta primera etapa en el CMLP. El primero es el llamado «bautizo»; ceremonia que algunas veces fue pública y presenciada por los padres y familiares, entendida como una bienvenida al colegio y es parte del proceso para que sus hijos comprendan el cambio en sus vidas. La cual consistía en un desfile donde los perros eran disfrazados de diversos personajes; y donde los cadetes de cuarto y quinto año se burlaban de ellos obligándoles a realizar cualquier tipo de acciones ridículas, así como pintarlos. Todo bajo la aceptación de las autoridades militares y los familiares. En el año 2017 se ha vuelto a implantar este bautizo público por el nuevo

director del colegio, para así evitar los abusos de los bautizos realizados dentro de las cuadras.

No obstante, el verdadero «recibimiento» sucedía en privado, con la anuencia tácita de los técnicos y oficiales, quienes misteriosamente desaparecían de la institución. Dicho acontecimiento podía ser la primera semana o en cualquier día, algunas veces un día después de la ceremonia del día de La Bandera, aunque en las últimas décadas fue realizado antes de las celebraciones por el día de la madre, las cuales coinciden con la primera salida de los cadetes de tercer de secundaria. Se realizaba de noche y era organizado durante los primeros años de la institución por los cadetes de cuarto año, pero luego ese «privilegio» fue dado a los de quinto. Cada ex cadete tiene su propia versión de lo que ahí sucede pero, en general, se puede resaltar la aplicación de un alto grado de violencia ejercida por estudiantes de años superiores, quienes toman las cuadras para someter a los cadetes ingresantes a diversos maltratos en los dormitorios, baños e incluso en el estadio del colegio. Para dar más detalle de lo ocurrido, tomaré el testimonio de Ronald (Promoción LI, 1995 – 1997):

(...) nosotros ya sabíamos lo que sucedería esa noche, así que nos alistamos para recibirlos a ellos (cadetes 5to año). Bloqueamos las puertas de las cuadras con los camarotes, pensando que así evitaríamos el bautizo; sin embargo, las vacas actuaron con mucha fuerza logrando abrir las puertas, ahí se inició el bautizo... Cada cadete de quinto año tomó a uno de nosotros y empezó a golpearlo, nos pusieron una correa en el cuello y nos hacían actuar como perros. Además de obligarnos a golpear a otro compañero, beber agua de los inodoros... Terminado eso nos llevaron al estadio. Una vez en el lugar nos pidieron desnudarnos y que nos metamos a unos hoyos. Luego de eso nos arrojaron tierra y nos empezaron a orinar y a escupir, burlándose de nosotros, diciendo burlescamente «bienvenidos al infierno». (Ronald, comunicación personal, 30 de mayo de 2010)

Lo contado por este ex cadete no se aleja de la versión dada en 1963 por Mario Vargas Llosa⁸ en su novela «La Ciudad y los Perros»:

(...) lo desnudaron y la voz le ordenó nadar de espaldas, sobre la pista de atletismo... Después lo volvieron a una cuadra de cuartos. Tendió muchas camas y cantó y bailó sobre un ropero, imitó a artistas de cine, lustró varios pares de zapatos, barrió la loseta con la

⁸ Mario Vargas Llosa ingresó al CMLP en el año 1950, pertenecería a la promoción VII, pero él sólo estuvo dos años en la institución. Sin embargo fue el primero en narrar, en ficción y luego hechos reales, todo lo vivido en la institución.

lengua, fornicó con una almohada, bebió orines... la cuadra estaba silenciosa, los muchachos se miraban unos a otros y, a pesar de haber sido golpeados, escupidos, pintarrajeados y orinados, se mostraban graves y ceremoniosos (...). (2001, p.48)

Ello se ratifica en otro de sus libros, esta vez autobiográfico, «El pez en el agua», donde da más detalles de lo sucedido a él y a sus compañeros:

(...) A mí me llevó un grupo de cadetes junto con un muchacho de una sección de pequeños a una cuadra de cuarto año. Nos hicieron un concurso de «ángulos rectos». Doblados en dos, alternadamente teníamos que patearnos en el trasero; el que pateaba más suave era pateado por los bautizadores con furia. Después, nos hicieron abrir las braguetas y a sacarnos el sexo para masturbarnos: el que terminaba primero se iría y el otro se quedaría a tender las camas de los verdugos... Nos llevaron al campo de fútbol. A mí me preguntaron qué deporte practicaba: «natación, mi cadete». Nádesse de espalda toda la cancha de atletismo, entonces, perro (...) (2016, pp. 131- 132)

Este suceso violento puede ser comparado con los ritos tribales de iniciación de los adolescentes en diversas culturas en el mundo, ya que los hombres al no tener un inicio biológico exacto de su madurez sexual —como ocurre con las mujeres mediante la menstruación— necesitan marcar a través de una ceremonia el inicio de su hombría por medio de la exposición de su valor y resistencia (Callirgos, 1998, p. 44). El antropólogo David Gilmore ha estudiado diversos ritos de iniciación en hombres jóvenes de diferentes partes del mundo. A partir de aquella investigación, considera que las culturas buscan en los varones, demostraciones y representaciones de lo considerado como «hombres de verdad», apoyados en una doctrina viril del logro y ante una fuerte presión social (1994, p. 215).

La mayoría de cadetes y ex cadetes entrevistados en esta investigación, consideran al bautizo un momento especial porque lograron vencer el dolor y la humillación. Algunos como Julio (Promoción XLVI, 1990 – 1992) piensan que ese momento difícil le enseñó a enfrentar retos más complejos en su vida, o el momento donde «toda la promoción se unió» según César (Promoción XLIX, 1993 – 1995). Es también referido como «un momento de mucha furia y descontrol donde demostramos que podíamos soportar cualquier tragedia, lo importante es que nos mantuvimos juntos» tal como nos dice Alejandro (Promoción IV, 1947 – 1949). Con estos testimonios, puedo sintetizar

que esta primera experiencia les enseñó a los nuevos cadetes, a tener que soportar momentos de extrema dureza, así como la sensación de haberse convertido en hombres viriles, fuertes, valientes, dejando atrás al niño protegido por la familia. Lo cual marca con claridad la forma en que se va logrando la normalización de los jóvenes, así como el control y el autocontrol de sus cuerpos y mentes.

Hubieron excesos en este rito que consiguieron —varias veces— la prohibición de tremendos actos; uno de los primeros intentos por suprimirlos se dio en 1950, días después al bautizo de Mario Vargas Llosa, donde el cadete Valderrama terminó con las yemas de la mano izquierda cortadas. Al siguiente año las autoridades del colegio decidieron realizar una gincana a modo de «bautizo oficial» (Vilela, 2011, pp.37 - 38). Al parecer estas actividades no calmaron los bautizos violentos porque en 1958 el director, coronel EP Wilfredo Blondet, los prohibió una vez más (Sierralta, 1968, p. 58). De igual forma se ordenó en 1979 y 1998 la eliminación de cualquier acto de violencia contra los cadetes ingresantes. Sin embargo, el tradicional bautizo no se ha dejado de practicar en los setenta años de la institución, solo tornó a ser una actividad menos pública, semi – escondida de las autoridades, con menor violencia y eligiéndose a las cuadras como el lugar exclusivo para su realización.



Imagen 18. Bautizo público, ceremonia con presencia de los padres 1962. Fuente: Libro CMLP, bodas de oro, promoción 1962 – 1964.



Imagen 19. Bautizo público, monitores obligando a los ingresantes a portarse como perros, 1973. Fuente: Libro CMLP, bodas de oro, promoción XXX, 1973 – 1975.



Imagen 20. Bautizo público, el maltrato era aceptado como parte del cambio, 1975. Fuente: Antorcha Leongioprädina. Promoción XXXII, 1975 - 1977.



Imagen 21. Bautizo público, se les obliga a disfrazarse de manea ridícula y los cadetes de quinto año los someten a ejercicios, 1983. Fuente: Libro CMLP, bodas de oro. Promoción XXXIX, 1983- 1985.



Imagen 22. Bautizo público, vivir la experiencia generaba sentimientos de fortaleza y hermandad, 1984. Fuente: Libro CMLP, bodas de oro. Promoción XL, 1984- 1986.

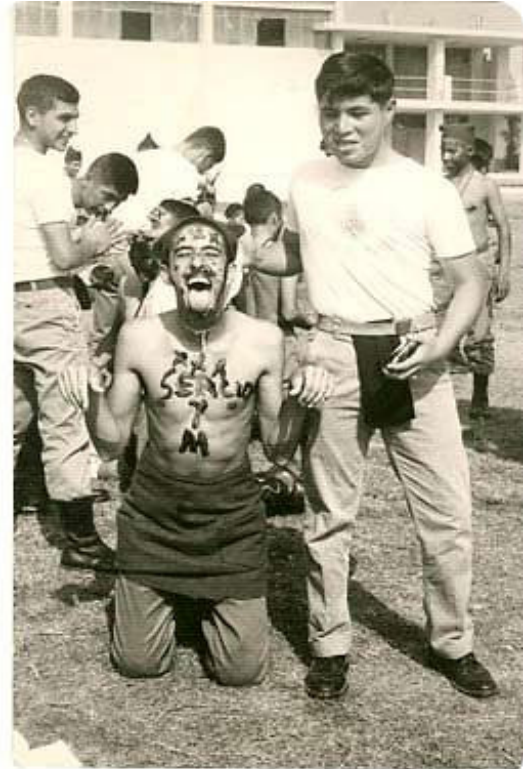


Imagen 23. Bautizo público, monitor obligando a ingresante a comportarse como perro, 1975. Fuente: Antorcha Leonciopradina. Promoción XXXII, 1975- 1977.

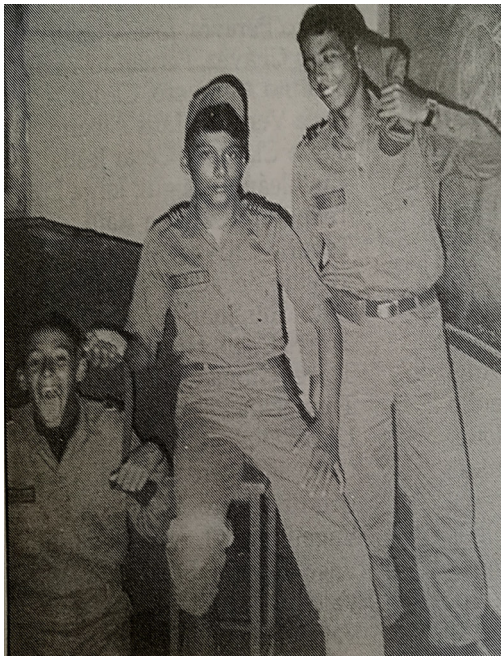


Imagen 24. Maltrato en las cuadras, formaban parte del bautizo no oficial, 1984. Fuente: Libro CMLP, bodas de oro. Promoción XL, 1984- 1986.



Imagen 25. Maltrato en las cuadras, someter a constantes ejercicios era rutina de todos los días durante el primer año, 1995. Fuente: Facebook.



Imagen 26. Maltrato en las cuadras, monitores abusando de cadete de cuarto de secundaria, 2009. Fuente: Facebook.



Imagen 27. Maltrato en las cuadras, monitor abusando de cadete de tercer secundaria, 2010. Fuente: Facebook.



Imagen 28. Maltrato en las cuadras, monitores abusando de cadetes, 2010. Fuente: Facebook.



Imagen 29. Maltrato en las cuadras, monitores abusando de cadete, parte de los bautizos no autorizados, pero se realizaban constantemente, 2010. Fuente: Facebook.



Imagen 30. Maltrato en las cuadras, monitores obligando a cadetes a comportarse como perros, 2013. Fuente: Facebook.



Imagen 31. Maltrato en las cuadras, monitor obligando a cadete de tercer año a comportarse como perro, parte del bautizo no oficial, 2014. Fuente: Facebook.

Las jornadas de violencia descritas generan entre los nuevos cadetes unos lazos de amistad muy fuertes porque pasaron por situaciones difíciles que los hacen reconocerse como iguales, a pesar de las grandes diferencias económicas, sociales y culturales que los pueden separar. Entonces el compañerismo o camaradería forma parte de los aprendizajes que se generan en la institución, pues al vivir juntos y tener las mismas experiencias dolorosas y complejas, estas los lleva a solidarizarse unos con otros, además a ser leales y nunca delatarse a pesar de los castigos comunales. Algunos leonciopradinos relataron que uno de los aspectos positivos del colegio son los grandes amigos que hicieron, amistades duraderas que han trascendido a la institución y aún se conservan. A continuación relato dos episodios donde se expresan las grandes amistades surgidas en los claustros del Leoncio Prado.

- Rodolfo (Promoción XVI, 1959 – 1961) explica que, desde el primer día en la institución, los estudiantes pertenecientes a una sección forman grupos por barrios, lugares geográficos, características físicas, posición social; sin embargo, todos los episodios de violencia, así como las dificultades que vivieron,

desaparecían esas diferencias. El momento en que lo descubrió fue cuando a él, por ser visto como marginal por los alumnos de quinto de secundaria, lo mandaron a tender todas las camas de su cuadra; mientras que a un compañero que estaba con él, por tener apellido «importante» y reconocido dentro de la institución, le dijeron que se vaya. No obstante, este compañero decidió desobedecer y quedarse a ayudarlo porque les dijo que pertenecían a la misma promoción y no lo podía dejar sólo. Así, Rodolfo comprendió que no estaba huérfano en la institución, pues tenía «hermanos de otra madre» con quienes podía contar en situaciones adversas.

- Otro caso es el relatado por Julio (Promoción LI, 1995 – 1997) quien se hizo muy amigo de Ronald. Con él pasaron toda la llamada «perrada» (su primer año) y otros momentos difíciles; sin embargo, este último no pudo terminar el colegio porque se enamoró de una jovencita y, para poder visitarla durante la semana, pedía permisos constantes para ausentarse del colegio por las tardes, utilizando excusas diversas. Un día ya no regresó hasta la mañana siguiente y las autoridades de la institución —al verse engañados— decidieron expulsarlo y hacerlo público en la ceremonia de baja; ahí le quitaron sus insignias y lo degradaron delante de todos. Julio nos cuenta que no lo podía creer, su amigo de tantas jornadas ya no estaría en el colegio, las lágrimas se le caían y no resistió más y se puso a llorar amargamente.

Acompañado de las fuertes amistades que se logran en el CMLP, también se difunde el sentido de la responsabilidad. Todos los cadetes desde su ingreso tendrán diversas obligaciones que deben cumplir con eficiencia. Esas obligaciones van desde la limpieza de la cuadra, hasta tener buenas calificaciones en sus cursos académicos. Pero una de las más destacadas era cumplir con el servicio denominado «imaginarias»; es decir, ser el vigilante durante las noches en el dormitorio. Por lo general eran cuatro cadetes a quienes se le asignaba un horario de dos horas de cuidado a cada uno. En ese tiempo debían velar por la tranquilidad de la cuadra, impedir que alumnos de otra sección ingresen a ella, o algún cadete se escape durante su turno. Cualquier suceso fuera de lo normal debía ser informado a la mañana siguiente. No obstante, en esas horas de cuidado ocurría de todo con la complicidad del imaginaria de turno: lo importante era que nadie se entere y que el orden de los relevos y la tranquilidad en el colegio siga como se había establecido y ordenado. Algunos nos cuentan que podían ser sobornados,

permitir borracheras o salidas del colegio durante la madrugada, incluso ocurrían robos; pero los imaginarias por lo general nunca las vieron, ni oyeron, porque si bien el sentido de la responsabilidad era fundamental en la institución, el ser considerado un delator o «soplón» —como se verá más adelante— era objeto de perder la confianza de sus demás compañeros, lo que implica ser casi un paria en el Leoncio Prado.

La siguiente ceremonia dirigida a marcar los cambios de los jóvenes en el CMLP es el rito militar de la entrega de armas: aquí el cadete, luego de haber superado diversas dificultades y haber aprendido la instrucción básica militar, durante sus primeros 4 meses en la institución, recibirá de las manos de su padre o madre un fusil. El acto protocolar es muy similar al que se realiza en las escuelas militares profesionales: se desarrolla en el patio central de la institución, los cadetes visten sus uniformes de campaña y los padres van vestidos formalmente. La ceremonia se inicia con una liturgia encargada al capellán militar, quien habla de Dios y la patria, de la bondad y la hermandad entre los militares, pero también de la defensa del país con su vida y la muerte de otros. Es importante comprender la estrecha relación entre la Iglesia y los militares a lo largo de la historia, pues le ha servido de apoyo espiritual para no perder la esperanza ante momentos difíciles en las batallas, pero también para regir sus vidas por medio de una serie de valores tradicionales y conservadores que la sociedad acepta, aunque a veces puedan ser contradictorios como en esta ceremonia, pues un hombre de fe habla de la necesidad de matar al enemigo basándose en valores relacionados con la defensa nacional, lo que configura la introducción de una doble moral en lo jóvenes que aceptan y normalizan el acto, e irán comprendiendo los comportamientos buenos y malos, dependiendo y discerniendo el contexto en el que hallen. Este aprendizaje se irá reforzando en los siguientes meses y años, como lo explicaremos más adelante.

Luego de las palabras del sacerdote se procede a bendecir las armas invocando a Dios; a continuación se llamará a un familiar (generalmente son las madres) para entregar un fusil Máuser⁹ a su hijo. Seguido y al unísono, las madres ofrecen el arma a su menor hijo y les dirán la siguiente frase: «consérvenlas con honor». Es con esta acción que concluye la ceremonia donde simbólicamente los padres entregan a sus hijos a la patria. Varios leonciopradinos consideran ese momento como uno muy emotivo, el cual les hace sentirse diferentes y hombres distintos a los que ingresaron meses atrás (Oscar,

⁹ El fusil Máuser es un arma creada en 1889, aunque ya no se usan en las guerras, se utiliza en el CMLP, no solo para esta ceremonia sino para los desfiles y en las marchas de campaña donde los cadetes tienen la oportunidad de usarlas en lugares descampados y blancos determinados.

Promoción I, 1944 – 1946) o el hecho de tener el arma entre sus manos les torna en hombres poderosos: «una experiencia como esa no la tiene cualquier joven» nos diría Félix, incluyendo una frase llena de orgullo y que acepta su proceso de normalización como «sólo el Leoncio Prado te la puede dar» (Promoción XII, 1956 – 1958).

Terminado este primer año, los jóvenes que lograron superarlo ya no son los mismos; sus cuerpos y mentes han sido modificados en todo sentido por las actividades que han experimentado, su vida ha transcurrido en torno a un rutinario conjunto de órdenes, castigos, y maltratos. Ahora ya están listos para afrontar el siguiente año y se muestran preparados para continuar transmitiendo las tradiciones de violencia sin que nadie note algo malo, porque es considerado como normal entre hombres el tener experiencias duras y conflictivas. Así lo acepta la sociedad peruana que admira al militar y con él, su disciplina, orden y valentía; un ejemplo de buen ciudadano civilizado.



Imagen 32. Ceremonia de entrega de Armas, capellán militar bendiciendo fúsiles, 2013. Fuente: Facebook. Promoción LXIX, 2013 – 2015.

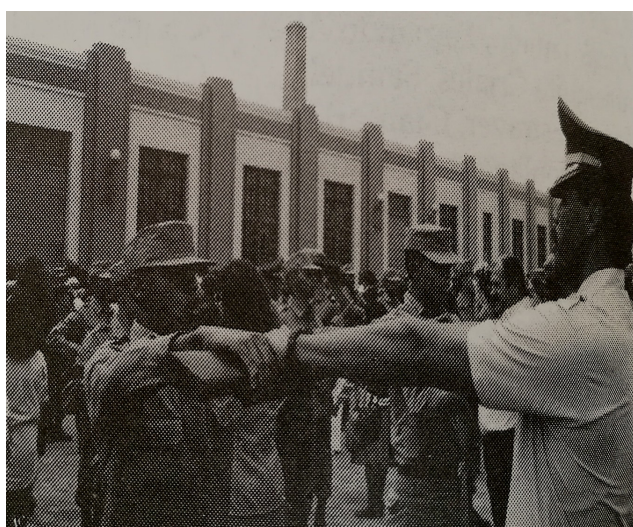


Imagen 33. Ceremonia de entrega de Armas, familiares entregando el fúsil a los menores, 1990. Fuente: Libro CMLP, bodas de oro. Promoción XLVI, 1990 - 1992.



Imagen 34. Ceremonia de entrega de Armas, desfile luego de recibir los fusiles, 1990. Fuente: Libro CMLP, bodas de oro. Promoción XLVI, 1990 - 1992.



Imagen 35. Ceremonia de entrega de Armas, madre entregando fusil a su hijo, 2011. Fuente: Facebook. Promoción LXVII, 2011 – 2013.



Imagen 36. Ceremonia de entrega de Armas, madres entregando fusil a sus hijos, 2012. Fuente: Facebook. Promoción LXVIII, 2012 – 2014.

Para finalizar el año los cadetes de tercero de secundaria acompañaran, un día, a los de quinto, en la marcha de campaña (última gran experiencia del año)¹⁰, aquí nuevamente serán sometidos a pruebas de resistencia y valor, donde el desánimo y la angustia están presentes. Por eso se les estimula con cánticos, arengas y lemas motivadores, como el que a continuación transcribo, basado en el testimonio de César (Promoción LXIII, 2009 - 2011) quien recibió estas palabras de aliento de su monitor luego de duras jornadas de resistencia:

Hoy son perros, mañana aspirantes, y pasado mañana monitores o cadetes de quinto año... El otro año vienen otros perros, ustedes tendrán que dar el ejemplo, ya estarán solos... Y el siguiente año estarán en quinto, los mejores serán monitores, y tendrán sus perros y comandarán su compañía... ¡Perros!, ¡todo pasa y todo llega! (César, comunicación personal, 8 de mayo de 2013)

b) Segundo año, los «chivos y cuervos»

En el segundo año los cadetes cursan el cuarto de secundaria. Son jóvenes con experiencia, ya saben de las normas y formas del colegio, de sus hábitos y sus costumbres, ahora son más libres y se sienten superiores con la capacidad de enfrentar a quienes intenten tratarlos como recién llegados. Sus edades fluctúan entre los 14 y 15 años, tienen como nuevo color distintivo el color granate, y se les impone el nombre de otro animal: el chivo. No hay un consenso definitivo de la razón de tal apelativo; sin embargo, algunos leonciopradinos relacionan al caprino con los cambios físicos que ocurren en los adolescentes de sus edades, tales como los primeros bigotes, barbas y voces agudas similares a las de ese animal. Otros piensan que al estar en cuarto año y tener la capacidad de defenderse y quejarse ante los abusos de los cadetes de último año, se trata de ironizar su capacidad de tener voz para enfrentarlos; comparándolos con los chivos y su balar. Para entender la lógica de los cadetes de cuarto año se expondrá el testimonio de Marcos, un leonciopradino de la promoción 2013 quien luego de haber superado su primer año en el colegio, reflexiona y relata:

¹⁰ La marcha de campaña es una gran experiencia para todos los cadetes de cualquier nivel, los de tercero y cuarto de secundaria sólo estarán un día, en cambio los de quinto tendrán toda una semana de diversos ejercicios militares. Por esa razón se dará mayores detalles de la experiencia cuando se trate del último año del colegio.

Cuando terminó el año, me di cuenta de que todo pasa y todo llega; cuando aguantamos un año de masacre... Y ahora ya estoy aquí, ahora veremos asomándonos en nuestras ventanas a los perros que ingresen al Colegio Militar Leoncio Prado, cómo salen a formar a las 4 de la mañana para poder desayunar y nosotros salir a formar tranquilos y ver a los perros con sueño al igual a lo que pasamos nosotros... Bueno pasamos muchas cosas; cosas que se pueden contar y otras que no... Ahora nos toca gozar que al otro año vienen nuestros perros y también los masacraremos (...). (Marcos, comunicación personal, 10 de mayo de 2013)

Aquí se observa el empoderamiento y orgullo que sienten los cadetes de este nivel por haber superado momentos difíciles. Además, son notorias las ansias de disfrutar de la libertad y el mando en un futuro próximo. Ya no serán ellos los maltratados, sino otros; eso los llena de satisfacción, se sienten viriles y fuertes.

Es importante señalar que, en cuarto de secundaria, el Leoncio Prado permite el ingreso de alumnos de otros colegios militares o civiles. Esos estudiantes también tendrán un apodo animal: los «cuervos», por ser considerados como aves intrusas o «traidores» al no haber pasado el bautizo y la llamada «perrada» con los demás miembros de la promoción. Ello implica no tener la mística de los ritos y ceremonias pasadas durante el primer año, por lo tanto, no son parte de la manada masculina y por esa razón tendrán que hacer muchos «méritos» si quieren ser aceptados como parte del grupo.

En este año la instrucción en el colegio es muy similar a la del anterior, tan sólo se vela porque se mantenga el orden y se cumplan las reglas. Los estudiantes de cuarto año tienen mayor libertad porque se cree que ya saben qué hacer y cómo actuar, por tal razón la atención de las autoridades no se centrará en ellos. Aquí se aplica lo que Norbert Elias explica respecto al proceso civilizatorio en occidente: en cuanto al retiro paulatino de la violencia física en la vida social y cotidiana para dejar en su lugar a las costumbres como formas de mantener el orden y el sistema (2012, p.541). Esa cotidianidad se reproduce constantemente y los mismos miembros de la sociedad se convierten en vigilantes que ejercen presión para que se cumplan; de lo contrario, sufrirían o acatarían sanciones sociales de rechazo y no aceptación. Del mismo modo sucede dentro del colegio cuando los cadetes ya tienen en claro sus funciones, deberes y derechos, pero también conocen las formas de saltarse las normas sin ser sorprendidos.

Así, esa libertad genera en los adolescentes una búsqueda interna por ser mejor que los demás y construir una independencia basada en burlar a las autoridades e infringir normas sin verse descubiertos. Se inician entonces una serie de competencias para

demostrar que son verdaderos hombres. Estas disputas incluyen vencer a sus rivales de quinto año y ejercer comparaciones físicas entre compañeros, así como competencias deportivas, académicas, militares y la pérdida de la castidad sexual por cualquier medio.

Empecemos por describir los conflictos entre los cadetes de distintos años. Aunque no hay un momento exacto donde se iniciaron las rivalidades entre los estudiantes de cuarto y quinto año, algunos señalan que estas se generaron como reacción a los bautizos.

- Guillermo dice que los de quinto siempre abusaban de los de tercero y como comandaban el colegio también querían hacerlo con los de cuarto, pero ellos no se dejaban (Promoción VII, 1950 - 1952) y esa rebeldía los hacía enfrentarse constantemente durante todo el año y en diversas actividades, como la elección del batallón que representa a la institución y en las olimpiadas anuales. Por otro lado, Jorge (Promoción XXXII, 1975 - 1977) dice que la tradición es que las promociones «pares» (aquellas cuya redacción numérica es divisible entre 2) tengan el lema de «superiores» y las impares el de «mejores», y que en algunas ocasiones coincidieran cadetes de tercero y quinto en el mismo bando, por lo tanto, no les permitían a los de cuarto aprovecharse de los de tercero, porque tenían a los de quinto como sus cuidadores. Todas estas situaciones generaban grandes peleas que incluso eran difíciles de detener por los oficiales y suboficiales del ejército al mando del colegio. Las promociones más osadas se robaban los gallardetes, camisetas, galones, y luego las tienen como trofeos y se toman fotos burlándose de sus rivales (José, Promoción LX, 2004 – 2006), actitudes que incitan a respuestas incluso muy violentas, y donde las venganzas suelen tener cada vez mayor intensidad.



Imagen 37. Rivalidades, cadetes de quinto de secundaria posando orgullosos luego de robar el gallardete de alumnos cuarto, 2012: Fuente: Facebook. Promoción LXVI, 2010 – 2012.



Imagen 38 .Rivalidades, cadetes de quinto de secundaria obligando a cadete de cuarto a vestir su camiseta, este tipo de acciones por lo general provocaban venganzas. , 2013. Fuente: Facebook. Promoción LXVII, 2011 – 2013.



Imagen 39. Rivalidades, cadete de quinto de secundaria posando con el gallardete robado, 2013. Fuente: Facebook. Promoción LXVII, 2011 – 2013.

En cuanto a las competencias castrenses, quienes tengan mayores actitudes de coraje, valor y marcialidad para desarrollar los aprendizajes militares, serán admirados por sus compañeros, más aún si son elegidos para participar junto a los cadetes de quinto año en la delegación de colegio presente en la Gran Parada Militar del 29 de julio. Formar parte del batallón de representación del colegio es uno de los momentos de mayor huella en los estudiantes, pues se llenan de emoción y de orgullo; algunos incluso le brillan los ojos cuando cuentan su experiencia en ese desfile (Pedro, Promoción LXIII, 1976).



Imagen 40. Desfile Militar, 29 de julio de 1964.
Fuente: Anuario promoción XX, 1963 – 1965.



Imagen 41. Desfile Militar, fue de gran prestigio y orgullo ser seleccionado para participar de este evento, 1996. Fuente: Antorcha Leongioprada. Promoción LI, 1995 – 1997.

Por otro lado, también obtener un muy buen nivel académico generaba competencias entre secciones de un mismo año. Los alumnos más destacados en este rubro eran respetados por sus compañeros e incluso se hace una ceremonia donde se les entrega cordones señalando el nivel logrado; así, quienes alcanzaban un promedio mayor a

dieciséis eran cadetes distinguidos y se les otorgaba un cordón rojo, y quienes obtenían una nota de dieciocho se les entregaba el cordón amarillo y eran nombrados cadetes de honor. La mayoría de los estudiantes quieren ser sus amigos porque estos podían ayudarles con sus tareas, trabajos e incluso en los exámenes (Juan, Promoción LX, 2004 – 2006).

En lo referente a la iniciación sexual, muchos de ellos recurrirán de forma grupal a los burdeles ubicados en el Callao, La Victoria y el Centro de Lima. Lo sucedido en aquellos lugares serán las historias protagónicas al retornar al colegio, luego de aprovechar sus 2 días de descanso. Otros expresarán que no necesitan ir a los lupanares porque lo hacen con la enamorada de turno o alguna amiga a la cual le hicieron promesas sentimentales para lograr su objetivo. Es entonces que se ingresa a una nueva etapa de las relaciones con el género opuesto, marcándose el valor que las mujeres tienen según sea la facilidad a la que accedan para mantener relaciones sexuales. Si una chica rápidamente accede a practicar coito, será vista como inferior y no se le tomará en serio. Por lo contrario, si se hace «respetar» y no permite el acto sexual, será considerada superior en comparación con otras mujeres.

En el colegio algunos relacionan a las mujeres y sus virtudes de acuerdo con la clase social, al respecto Norma Füller en su libro «Identidades Masculinas», investigó las relaciones entre los géneros pertenecientes a las clases medias y altas de la sociedad peruana, llegando —entre otras conclusiones— a explicar que el registro de la imaginación masculina revela los diferentes estilos de relación intergéneros que los varones pueden emprender de acuerdo con la clase social de las mujeres con las que se relacionan. Entonces, una mujer de sector popular es vista como fácil, libidinosa o una persona poco respetable; pero si la condición económica y social mejora los hombres de las clases acomodadas las tratan con mayor respeto, pero sin dejar de lado el hecho de verse como superiores frente a ellas (1993, p. 43). Estos hechos se muestran muy similares al pensamiento de algunos leonciopradinos frente a su relación con las mujeres, quienes prefieren para su iniciación sexual buscar a una chica humilde o de barrio porque están seguros de que con ellas será mucho más sencillo y fácil lograr su objetivo de perder la castidad.

Es importante mencionar que varios cadetes de cuarto de secundaria (rompiendo las normas del colegio) se escapaban de la institución durante las noches, acto denominado como «tirar la contra», y a quienes lo realizan reciben el sobrenombre de «contreros».

Decidir hacerlo era toda una aventura y era una forma por la cual se lograba demostrar que se estaba por encima de cualquiera, incluso de las autoridades.

Las razones eran diversas y se cuentan aquellas que van desde el visitar a una enamorada que vivía cerca al colegio (Miguel, Promoción IX, 1952 – 1954), ir al cine Bellavista y luego darse una vuelta por el burdel del Callao (Víctor, Promoción XVIII, 1960 – 1962), asistir a alguna fiesta cerca de la institución (Jesús, Promoción XXIX, 1972 – 1974), salir a comprar algo de cervezas y alcohol (David, Promoción XLV, 1981 – 1991), o simplemente cumplir un desafío planteado ante sus demás compañeros y hacerlo para probarle al grupo cuán capaces son (Raúl, Promoción LIX, 2003 – 2005), entre otros motivos. Generalmente estas acciones se hacían en grupos de 2 o más, pocos son los casos donde algún cadete se atrevía a realizarlo en forma solitaria (Augusto, Promoción IX, 1952 – 1954). Y es que el riesgo era y sigue siendo tremendo porque si eran sorprendidos, la expulsión era inmediata. Sin embargo; lograr tal acción y tener éxito en el intento, te convertía en casi un héroe para la sección, lo que equivalía a granjearse el respeto de sus compañeros de promoción.

Otros sucesos registrados y evocados durante el cuarto año son el consumo de bebidas alcohólicas, las primeras borracheras e incluso el uso de drogas. Si bien en el CMLP se promueve una educación donde la disciplina y los valores son muy importantes, es necesario entender que en paralelo —y sin la presencia de una autoridad— los cadetes se sienten lo suficientemente libres para tomar sus propias decisiones, y demostrar qué tan valientes, audaces y avezados pueden llegar a ser para atreverse a romper las normas o burlarse de la autoridad. Ello forma parte de esa necesidad subconsciente de «demostrar constantemente que son hombres», sin importar los peligros a los que se pueden exponer (Callirgos, 1998, pp. 27- 30) pero, a su vez, es parte de la construcción de una doble moral aceptada y normalizada en la institución y en la sociedad. Al respecto Elias sostiene que en un mundo civilizado se construyen dos espacios; uno íntimo y otro público, en el primero se desarrolla un comportamiento secreto para ser visto sólo por quienes lo aceptan y lo comparten, pero no necesariamente tienen una aprobación general de la sociedad. En el segundo, formado por el espacio público, donde no solo hay presencia de autoridades sino la sociedad en pleno, aquí se deben suprimir comportamientos inadecuados o que generen desprestigio (2012, p.281). A continuación describo, con ayuda de 2 testimonios, como se producían estos hechos:

- José (Promoción LXVIII, 1992- 1994) describe que durante su estadía en el cuarto año tuvieron varias borracheras, las cuales eran muy bien organizadas; desde el domingo — que es el día del ingreso al internamiento — llevaban ron o pisco en botellas de plástico como si fueran gaseosas, luego elegían una madrugada donde sabían que el encargado de vigilar la cuadra era sobornable o también iba a participar del consumo. Además, otro criterio para elegir el cuándo lo harían era conocer el curso y profesor con el que tendrían clases horas después, lo que era muy importante porque de preferencia elegían una clase donde el docente era poco estricto o lo podían burlar para poder dormir durante su lección. Una vez coordinado todo ello, se reunían en los baños o en algún lugar dentro de la cuadra para beber mientras se contaban historias sobre alguna pena o aventura de amor. Según José, fueron momentos de alegría y de sentirse orgullosos como grupo al haber logrado ir en contra de lo establecido sin ser descubiertos. Por su lado, Enrique (Promoción LXIII, 2007- 2009) refiere que dentro del colegio hubo varios consumidores de drogas, pero nadie los acusaba porque eran del grupo de «achorados» (más agresivos y, por ende, respetados), y nadie se atrevía a enfrentarlos; además, peor que consumir drogas era acusar a un compañero pues los «soplones» terminaban mal al ser considerados traidores y «poco hombre» por todos los cadetes.



Imagen 42. Consumo de bebidas alcohólicas, lograr burlar a las autoridades sin ser descubiertos era muy importante durante el segundo año, 2013. Fuente: Facebook. Promoción LXIXI, 2012 – 2014.



Imagen 43. Consumo de bebidas alcohólicas, durante el segundo año era toda una hazaña que la mayoría de cadetes lo realizaba , 2014: Facebook. Promoción LXIXI, 2013 – 2015.



Imagen 44. Disciplina, frente a las autoridades los cadetes exponen obediencia y rectitud, pero en su ausencia su comportamiento es todo lo contrario, 2012: Facebook. Promoción LXVII, 2011 – 2013.



Imagen 45. Cuadras, los cadetes en su segundo año son más libres y generan alboroto sin autoridad. 1976. Fuente: Libro CMLP, bodas de oro. Promoción XXXIII, 1976- 1978.



Imagen 46. Cuadras, espacio de libertad para los cadetes, en este espacio de encierro se pierde la solemnidad, 1980. Fuente: Antorcha Leonciopradina. Promoción XXXVI, 1979 – 1981.

Como se observa, a pesar de tener una educación disciplinada y dirigida desde una perspectiva militar, los estudiantes desarrollaron una doble moral; una para cuando están al frente de las autoridades que respetaban, y otra para los espacios privados o carentes de alguien que los vigile. Una actitud reprobable pero que aprendieron no sólo de sus compañeros de años superiores, sino de algunas autoridades a su mando, quienes oficialmente debían difundir las ideas de disciplina, moralidad y trabajo; sin embargo, en la práctica no todos los técnicos, suboficiales e incluso profesores se sumaban a esos valores, sino todo lo contrario, como se relatará en las siguientes historias, contadas por algunos leonciopradinos:

- Óscar (Promoción XIV, 1957- 1959) nos relata que el suboficial a cargo de su sección les hacía mentir constantemente y por diversas razones, siendo un ejemplo habitual el de no decirle a los padres de los maltratos recibidos u observados en el colegio, tampoco se debían informar de los robos, ni de las

peleas entre cadetes para que a él no le llamen la atención. Incluso a veces les dejaba tener revistas para adultos si mostraban un buen comportamiento frente a las autoridades e indicaban que todo estaba de acuerdo con las normas de la Institución.

Jesús (Promoción XVII, 1960 - 1962) relata que los domingos, cuando regresaban al colegio, los oficiales — con ayuda de los monitores — les revisaban sus cosas y les quitaban chocolates y otros dulces, además estaban a la búsqueda de cigarrillos que luego se los fumaban, eso les daba mucha cólera y les hacía perder el respeto por algunas autoridades. Alberto (Promoción XVII, 1969 - 1971) nos cuenta que el colegio ha sido muy importante en su desarrollo personal, pero la vida militar y la doble moral en que se desarrolla lo desencantaron de seguir profesionalmente en la milicia, más aún cuando pudo presenciar un acto que lo califica de infame; era mayo de 1970 y ocurrió un terrible terremoto y aluvión en Áncash, una tragedia nacional que conmovió a la comunidad internacional, generando solidaridad y ayuda por medio de la entrega de ropa, medicamentos e incluso alimentos. El puerto del Callao no tenía la capacidad para recibir tanta ayuda, así que se usaron los patios y el estadio del CMLP para el acopio de las donaciones. Alberto nos dice que él y varios de sus compañeros vieron como los oficiales y otras autoridades del plantel se llevaron productos y eligieron las mejores ropas para sí, lo cual le generó un desprecio por la corrupción de algunos militares que meses antes les hablaban de valores y el servicio a la patria.

Enzo (Promoción XLIX, 1993 - 1995) recuerda que en el colegio aprendió lo que es tener «vara» (influencias en personas con cuotas de poder) pues vio que había un trato diferente con varios cadetes, muchos de ellos hijos de oficiales del ejército o alguna autoridad estatal, a quienes no se les castigaba, incluso algunos no sufrieron bautizo y obtenían permisos para salir del colegio con mayor facilidad en los días de semana. Además, algunos técnicos a cargo de la sección les decían que, si querían ingresar a las escuelas militares, ellos los podían hacer ingresar porque tenían un coronel familiar suyo que les podía «ayudar» a cambio de dinero. Juan (Promoción LXIII, 1993 - 1995) dice que en los últimos años el nivel académico del colegio era muy bajo, y eso se notaba en la enseñanza y el profesionalismo de algunos profesores, quienes se dejaban sobornar. Los cadetes ya sabían que había formas de pasar de año sin la necesidad de estudiar.

Las trasgresiones cometidas por los jóvenes estudiantes y las historias anteriormente descritas confirman —con claridad— las formas en las que se va estructurando el doble comportamiento de un buen número de los cadetes; uno público, donde respetan las reglas y parecen ser correctos; otro donde actúan con mayor libertad, burlándose de las autoridades y las normas.

El año también termina con un día de caminata hacia algún desierto de Lima o el Callao acompañando a los cadetes de quinto de secundaria, aunque ya no sufrirán tanto maltrato como en su primer año. La mayoría de los cadetes «chivos» ven con mucha ilusión el final de su segundo año en la institución, porque saben que el siguiente año podrán comandar el CMLP.

b) Tercer año, «las vacas».

En el tercer año de permanencia en el Leoncio Prado, los estudiantes ingresan al quinto de secundaria, siendo su última etapa en la institución y además el nivel máximo al que todo cadete quiere llegar porque implica tener una cuota de poder en la administración del colegio. Los jóvenes —como en los años anteriores— cambian de color distintivo, esta vez usarán el color negro, y tendrán otro apelativo animal; vaca, según algunos testimonios (Pablo, Promoción, VIII, 1951 - 1953) porque dormirán y comerán bien y se les verá robustos; otros dicen que es una forma de burla ya que los alumnos se creen fuertes y poderosos como los toros, pero como no se les quiere llamar así, se les nombra como la hembra de ese animal (Jorge, Promoción, XIII, 1956 - 1958). Un significado que parece más acertado es el ofrecido por Manuel (Promoción, XIX, 1962- 1964) quien nos cuenta que se les llama «vacas» en el sentido de la sacralidad que les dan en la India a estos mamíferos; entonces, ser alumno de quinto año debe representar a un ser sagrado, intocable, al que los cadetes de los primeros años le deben respeto por ser considerado la máxima autoridad entre ellos, y porque en este sistema de jerarquías militares, tener antigüedad es clase y le corresponde un gran prestigio.

Meses antes de iniciar las actividades académicas son seleccionados entre los cadetes de quinto a una élite llamados monitores, quienes serán elegidos por sus actitudes para la vida militar, buenas calificaciones y el deseo de sacrificar su verano de vacaciones para poder participar de cursos de capacitación. Dicho adiestramiento por lo general se realiza en la Escuela Militar Francisco Bolognesi de Chorrillos. Allí los cadetes tendrán

duras jornadas de entrenamiento de comando, sobrevivencia, paracaidismo, además de charlas sobre la forma de dirigir un batallón y las normas que deben seguir, entre otros procesos. El principal objetivo de esta preparación es enseñar —al cadete monitor— a dirigir y gobernar el colegio con cierta autonomía, pues serán ellos —quienes ya fueron moldeados— los encargados de dar cauce a nuevos cuerpos y mentes en el Leoncio Prado con las actividades y ritos que ya hemos descrito, así como para aplicar sanciones disciplinarias las que, por lo general, son de tipo físico, así como el informar a los oficiales y técnicos de todas las ocurrencias dentro de los ambientes de la institución.

Terminadas las capacitaciones, los monitores y los demás cadetes de quinto se internan una semana antes de que se inicien las clases para poder recibir instrucciones de parte del director de colegio, practicar para la ceremonia de bienvenida y conocer las directivas del año. Finalizado ese periodo, la meta que tuvieron desde el primer año está por cumplirse: serán literalmente los que gobiernen el colegio, en cuanto el orden y la disciplina. Usarán nuevas insignias y boinas negras que los identifican como cadetes de quinto de secundaria, mostrando una actitud de gallardía al andar.

Para muchos cadetes es el mejor momento dentro del colegio, tales como Erick (Promoción XX, 1963 - 1965) quien esperó con muchas «gananas» aquel año porque deseaba mandar a otros, y hacer pasar a los «perros» lo mismo que él vivió, o Percy (Promoción XXXVI, 1979 - 1981) que consideró que el llegar a quinto era como un momento de gloria, no solo porque mandaba en el colegio, sino que sentía que había madurado, dejando atrás al niño mimado. Existen algunos como Fernando (Promoción XXXIX, 1983 - 1985) que piensan todo lo contrario; considera que llegar a quinto de secundaria fue un gran alivio porque terminaba una etapa de su vida muy dolorosa y nos comenta que decidió no ejercer violencia contra ningún estudiante de tercero, ya que sintió que ello no era necesario para aprender en el CMLP. Por su parte, Rubén (Promoción LXVI, 1990 - 1992) tiene sentimientos encontrados cuando piensa en su arribo al último año pues dice haber sentido orgullo de haber superado los dos primeros años, pero a la vez considera que «tal vez menos dureza hacia ellos le hubiera hecho pasar una mejor adolescencia». Por último, Alex (Promoción LXVII, 2011 - 2013) asume comprender lo sufrido durante esos años como hechos necesarios en su formación: «Ingresé como un chico tímido y con poca confianza, y ahora soy todo lo contrario, hasta he cambiado físicamente y tengo muchas habilidades sociales».

Ser cadete-monitor implica responsabilidad. Si bien tienen el poder de mando dentro del Leoncio Prado, no pueden hacer lo que quieran pues los malos actos pueden traer graves

consecuencias como cuando en un «bautizo» le fracturaron un brazo a un estudiante de tercero (Enrique, Promoción XXVII, 1970 - 1972) o la pelea masiva con varios cadetes de cuarto que destruyó mobiliario en las cuadras (Alberto, Promoción XXXIX, 1983 - 1985) y donde todo el sistema queda expuesto y las autoridades buscan culpables haciendo entender que son excepciones y no es la regla. Varios monitores son castigados, además de una fuerte llamada de atención a los oficiales y técnicos a su cargo, quienes deben vigilar que no se cometan abusos durante la convivencia de alumnos o que —por lo menos— no se evidencie tales sucesos. Por ello en quinto año se vuelve a reforzar la disciplina entre los estudiantes de este nivel, se les vigila y presiona constantemente para que entiendan la responsabilidad dejada en sus manos y, por tanto, cumplan las órdenes dadas por la dirección a fin de que no existan mayores novedades —negativas— en la institución. Foucault reflexiona respecto a lo descrito:

El ejercicio de la disciplina supone un dispositivo que coacciona el juego de la mirada; un aparato en el que las técnicas que permiten ver inducen efectos de poder y donde, a cambio, los medios de coerción hacen claramente visibles aquellos sobre los que se aplican. (2009, p. 200)

Entonces si bien los cadetes de quinto tienen la función de disciplinar a otros ejerciendo poder y vigilancia, sobre ellos también hay una mirada que no les permite salirse tanto del libreto establecido por el colegio militar, y les recuerda que están bajo un sistema que los controla constantemente; tal vez por esa razón, cuando no hay autoridad que los supervise, algunos de ellos actúan con indisciplina y libertad.

Este quinto año, es un periodo de reflexión para los jóvenes internados y por varios motivos; primero por que dejarán la institución y deberán pensar qué harán luego de concluido el colegio. En sus mentes volverán las duras jornadas pasadas, pero la mayoría comprende que fue uno de los mejores momentos de sus vidas, que realmente los transformó: se sienten jóvenes de bien para la sociedad comparándose con otros adolescentes de su misma edad (José, Promoción LXVII, 2011 - 2013), se sienten hombres que han experimentado situaciones que pocos podrán vivir (Carlos, Promoción, XLI, 1985 - 1987). También empezarán a surgir las ideas de continuar la vida militar porque sienten estar listos para ser oficiales de las Fuerzas Armadas (Luis, Promoción LXVIII, 2012 - 2014). Sin embargo todo queda en ideas, pues una vez fuera

de la institución solo el 15 o 20% de los egresados del CMLP continúan sus estudios superiores en alguna de las escuelas militares (porcentaje obtenido a partir de las entrevistas). La gran mayoría busca nuevos rumbos para su futuro en el mundo civil, espacio para al que están preparados ya que el proceso vivido en el CMLP les ha servido para poder adecuarse a cualquier situación y circunstancia.

Al ser su último año, los cadetes de quinto desean pasar a la gloria en el colegio, dejando huella en todas las ceremonias y eventos oficiales en donde buscan resaltar sea convirtiéndose en el mejor batallón que participó en la Gran Parada Militar del 29 de julio, hasta ganar las olimpiadas anuales de la institución. Estos serán uno de sus grandes objetivos como grupo. Además, en su última marcha de campaña, serán quienes estén en la organización, así como en la aplicación de pruebas de resistencia a los llamados «perros». Cada momento será aprovechado al máximo porque empieza a surgir en ellos un sentimiento de nostalgia y de aprecio por el lugar en que vivieron junto a otros jóvenes momentos de extrema dureza, pero también de aventuras y anécdotas difíciles de repetir.

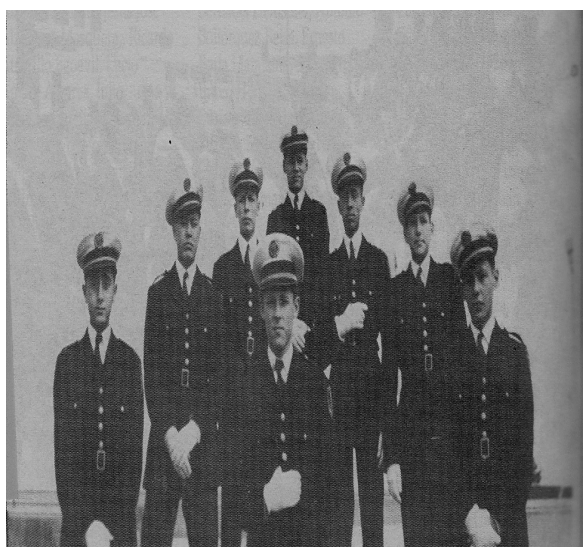


Imagen 47. Cadetes de quinto de secundaria, última etapa en el colegio, ahora tienen la responsabilidad de ayudar a dirigir el colegio. Fuente: Libro CMLP, bodas de oro. Promoción IV, 1947 - 1949.



Imagen 48. Olimpiadas, evento muy esperado por los cadetes, porque a través de diversas competencias podían demostrar que son mejores a los de otras promociones, 1964. Fuente: Anuario promoción XX, 1963 – 1965.



Imagen 49. Olimpiadas, carrera de bicicletas 1964. Fuente: Anuario promoción XX, 1963 – 1965.



Imagen 50. Olimpiadas, evento de compañerismo y relajación de las normas del colegio, 1981. Fuente: Libro CMLP, bodas de oro. Promoción XXXVI, 1979 - 1981.



Imagen 51. Olimpiadas, fueron momentos de relajación y la oportunidad de burlarse abiertamente de sus rivales, 1965. Fuente: Anuario promoción XX, 1963 – 1965.



Imagen 52. Olimpiadas, canticos, y defensa al grupo que pertenecen, 2013. Fuente: Facebook. Promoción LXVII, 2011 – 2013.



Imagen 53. Olimpiadas, cadete de quinto de secundaria posando con gallardete robado a estudiantes de cuarto durante competencias deportivas., 2014. Fuente: Facebook. Promoción LXVIII, 2012– 2014.



Imagen 54. Olimpiadas, ganar una competencia es motivo de gran orgullo, 2012. Fuente: Facebook. Promoción LXVI, 2010 – 2012.

Como se ha descrito, el término del quinto año significa un momento muy triste para la mayoría de los cadetes pues representa el fin de una etapa de sus vidas, donde aprendieron a desarrollarse y hacerse independientes junto con jóvenes de su misma edad y alejados de la protección familiar. Los años de compañerismo en el colegio generaron fuertes lazos de amistad entre los miembros de la promoción, quienes se estiman y quieren; sin embargo, las demostraciones de cariño no son libres como en el caso de las mujeres, quienes no sienten vergüenza de abrazar y besar a sus similares para expresar el aprecio de su amistad. Para el caso de los leonciopradinos y, por qué no decirlo, para el hombre peruano en general, el aprecio por otro hombre no se demuestra libremente, sino a través de la violencia, la ofensa, (entre otras acciones rudas) porque así está pautado en la sociedad nacional. Al respecto, Sergio Barrios sostiene que «los varones debemos negar nuestros sentimientos y emociones para ser considerados como tales» (1993, p. 58). En otras palabras, se nos ha prohibido llorar, expresar afecto, y ternura. Por ello es muy importante saber controlar nuestro cuerpo y mente, proceso aprendido en diversas instituciones sociales de encierro como el CMLP.

Antes de finalizar el año, los cadetes «vacas» son sometidos a una última prueba de resistencia en una caminata de campaña por el desierto o en algún lugar inhóspito, durante una semana donde se pondrán a prueba sus capacidades de sobrevivencia. A su vez, deberán manifestar durante todo el trayecto que son hombres verdaderos. Quienes logren pasar el reto serán respetados y quienes se quejen o no resistan las dificultades de la jornada, terminarán maltratados y humillados. Gilmore (1994) explica al respecto que la masculinidad es «una virilidad condicionada por situaciones adversas y precarias para sobrellevar la escasez de recursos y que es fomentada para contrarrestar el impulso universal de huir ante el peligro» (p.229). Es decir, en esta actividad a los jóvenes cadetes se les evalúa para discernir si son capaces de enfrentar circunstancias críticas, superar momentos de desgracia, y conseguir lo imposible. El elemento coaccionador de la vergüenza se pone una vez más de manifiesto en esta última etapa pues es su prueba final no deben fallar por ningún motivo, tienen que comportarse como hombres. Por ello, a pesar de sentirse cansados y tener dolor, deben expresar lo contrario ya que no quieren pasar por algo peor: la humillación que produce vergüenza, un sentimiento que han aprendido a rechazar y a evitar lo más que se pueda. Al respecto Elias considera a la vergüenza como «una forma de miedo, pero a la degradación social, a los gestos de superioridad de los otros» (2012, p. 593), entonces los cadetes comprenden la importancia de la aceptación de sus iguales, pero también de sus superiores. Saben que

con su aprecio podrán seguir adelante, hay una especie de internalización del tipo dependencia emocional por obtener la aceptación del grupo, del cual esperan seguir siendo parte; por eso buscan — a como dé lugar — superar todas las pruebas de la última actividad tanto como fue en su primer año como en el último. En esta actividad estarán acompañados, el primer día, por cadetes de tercero y cuarto de secundaria a quienes podrán someter antes que ellos realicen pruebas extremas.

En estas jornadas se les somete a situaciones duras como poder consumir poca agua y comida, tragar arena o tierra, brindar competencias de fuerza entre otras actividades. Además, la ocasión es propicia para usar los fusiles en una simulación de combate donde se les permitirá disparar a blancos marcados en lomas y cerros. El compañerismo vuelve a relucir aquí, pues quienes se queden relegados o sientan que ya no puedan más serán animados por los demás cadetes de su sección; por su lado, los oficiales les enseñan canticos militares y gritan arengas para darles valor.

Un ejemplo es la descrita por Roberto (Promoción XLVIII, 1992 – 1994): ¡Cadetes...! ¿Cómo está la moral? ¡Alta, muy alta, altísima! Esa moral a la que se refiere el grito, no es una norma social, sino el ánimo, el carácter, la fuerza y la valentía que todo cadete debe tener siempre a tope, proponiéndose el nunca dejarse vencer por ningún tipo de circunstancia adversa. La experiencia para la mayoría de cadetes es inolvidable. Algunos de ellos cuentan lo poderosos que se sentían al tener un arma de aniquilamiento en sus manos (Mario, Promoción XXXI, 1974 - 1976); les surgen recuerdos de los padecimientos y sufrimientos en esas jornadas, pero muchos dicen que ello valió la pena porque les demostró hasta dónde podían llegar y lo capaces que pueden ser. Su carácter se ha modificado, y como dicen ellos, aprendieron a tener siempre la moral en alto (Percy, Promoción XLII, 1986 – 1988). Han aprendido a no rendirse frente a circunstancias difíciles y siempre tratarán de luchar para conseguir sus metas. Valores que, basados en esta actividad, dejan huella en sus memorias y les servirá para aplicarlos a lo largo de toda su vida.



Imagen 55. Marcha de campaña, campamento en el desierto de Ancón, 1960. Fuente: Antorcha Leongioprada. Promoción XV, 1958 – 1960.



Imagen 56. Marcha de campaña, reparto de fusiles, 1965. Fuente: Anuario promoción XX, 1963 – 1965.

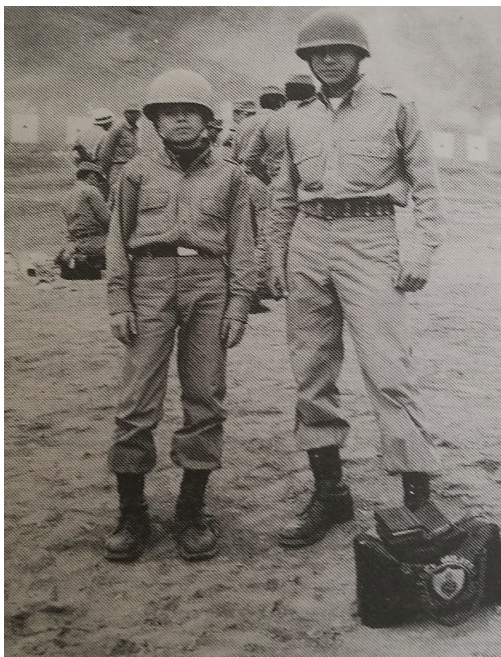


Imagen 57. Marcha de campaña, monitor y cadete de tercer año. Fuente: Libro CMLP, bodas de oro. Promoción XXXV, 1978 – 1981 (ESEP).



Imagen 58. Marcha de campaña, monitor y cadete de tercero de secundaria, estos últimos participaban sólo el primer día, 2012. Fuente: Facebook. Promoción LXVI, 2010 – 2012.



Imagen 59. Marcha de campaña, ejercicio de guerra, 1965. Fuente: Anuario promoción XX, 1963 – 1965.



Imagen 60. Marcha de campaña, pruebas de resistencia, 2013. Fuente: Facebook. Promoción LXVII, 2011 – 2013.

El año termina con la ceremonia de clausura, donde los jóvenes cadetes de quinto podrán llevar por última vez sus uniformes y marchar en el patio de honor, espacio donde tantas veces derramaron sudor y se esforzaron para cumplir ceremonias en estricto porte marcial. Una vez más sus familiares están presentes, pero a diferencia de

la primera vez, sus hijos ya no son los mismos; de los adolescentes inseguros, inquietos, débiles, ya queda muy poco. El colegio los ha cambiado, habrá algunas lágrimas en la marcha final y un fuerte abrazo de despedida. Terminada la ceremonia, el proceso civilizador en los muchachos ha concluido, no obstante, el número de estudiantes que ingresó el primer año no es el mismo que terminó el tercero, porque durante ese periodo hubo un buen grupo que no logró finalizar sus estudios en el colegio sea porque solicitaron su baja, o fueron retirados por diversas circunstancias. En promedio, los cadetes que no permanecieron los 3 años pueden llegar a los 50; es decir, el 20% de los que ingresaron al Leoncio Prado (Ver tabla 1). Ello puede indicar que un número importante de jóvenes no están de acuerdo con el trato y rudeza al que fueron sometidos. Este rechazo no tiene por qué convertirlos en ciudadanos de segunda categoría, pues naturalmente los hombres no nacemos con algún tipo de gen de la violencia o resistencia. Hay diferentes formas de educar a los seres humanos y todo dependerá de las características e ideales que una sociedad considera debe tener todo hombre civilizado.

3.3 Resultados luego de finalizado el proceso.

El proceso civilizatorio en los estudiantes del Leoncio Prado se desarrolla durante los 3 años de estudio, y si bien puede parecer una educación dura y extrema, es importante resaltar que la gran mayoría de sus egresados han logrado dirigir sus vidas por el camino que la sociedad considera el correcto, logrando gran éxito y fama. Ahora, si bien hay un gran porcentaje que logra esas cualidades, es interesante también conocer por qué algunos no terminaron sus estudios o, si los concluyeron, dicen que su permanencia en este lugar les dejó cicatrices psicológicas difíciles de borrar.

En esta parte final de la presente investigación, explicará la influencia del CMLP en el éxito de varios ex cadetes, exponiendo también los efectos negativos que puede producir una educación militarizada. Para ello se dará uso a las entrevistas realizadas a familiares y ex alumnos del colegio, todas ellas desarrolladas por el autor de esta investigación, así como otras fuentes publicadas en textos e internet.

Tabla 1.**Número de ingresantes, retiros y egresados de 1944 – 2002. Fuente: elaboración propia**

AÑO	Numero de ingresantes	Bajas o retiros	Cadetes egresados del CMLP ¹¹
1944	286	31	255
1945	314	14	300
1946	302	No se precisa	302
1947	344	No se precisa	344
1948	356	49	307
1949	415	2	413
1950	352	No se precisa	352
1951	267	No se precisa	267
1952	280	No se precisa	280
1953	327	76	251
1954	413	61	352
1955	389	78	281
1956	389	65	324
1957	429	67	362
1958	452	100	352
1959	445	74	371
1960	452	99	353
1961	490	105	385
1962	480	113	367
1963	452	125	327
1964	512	140	372
1965	444	106	335
1966	435	116	319
1967	485	158	327
1968	474	156	318
1969	461	148	313
1970	479	125	354
1971	451	136	315
1972	463	136	327
1973	477	139	338
1974	432	72	360
1975	487	42	445
1976	525	134	390
1977	494	161	333
1978	549	139	410
1979	452	6	446
1980	202	No se precisa	202
1981	624	57	567
1982	527	129	398
1983	457	75	382
1984	439	86	353

¹¹ No se ha tomado en cuenta alumnos matriculados en 4to año, porque no precisa el libro de matrícula

1985	460	142	318
1986	442	68	374
1987	521	193	328
1988	612	315	297
1989	422	51	370
1990	518	95	423
1991	416	35	381
1992	415	47	368
1993	341	No se precisa	341
1994	190	No se precisa	190
1995	288	72	216
1996	381	No se precisa	381
1997	230	No se precisa	230
1998	394	No se precisa	394
1999	244	17	227
2000	320	34	286
2001	235	20	215
2002	264	20	244

Fuente: Elaboración propia.

a) El éxito civilizatorio.

En la presente investigación se han entrevistado a 200 ex cadetes del Leoncio Prado, la gran mayoría de ellos (el 80% de la muestra), consideran a la educación impartida en esta institución como positiva, al considerar que esta fue importante para afrontar satisfactoriamente los restos de la vida diaria y que experimentaron al salir de sus claustros. Por tal razón a continuación, expondremos los testimonios de familiares, ex cadetes y de algunos que lograron renombre, para poder conocer como un espacio de encierro puede cambiar a los adolescentes a la medida de lo exigido por una sociedad. Para empezar, se presenta lo relatado por un grupo de apoderados sobre los cambios que tuvieron sus hijos.

- En el caso de Julia, nos narra que ella y su familia son provincianos comerciantes con solo un hijo de nombre Álex (Promoción LXVII, 2011 - 2013) quien a los 13 años se había vuelto flojo y empezaba a no obedecer sus mandatos. Por eso y junto con su esposo, decidieron su postulación e ingreso al CMLP. Para estas personas, el cambio en su menor hijo lo notaron luego de su primera salida: «se volvió obediente, se levantaba temprano, ayudaba en nuestro negocio, hasta lo noté más cariñoso con nosotros (...)». Terminado el colegio

decidió ser oficial del ejército en donde está en la actualidad y de quien refieren las siguientes palabras: «es nuestro orgullo y de toda la familia, va a ser un buen hombre». Por su lado, Carlos opina que la educación en el Perú debe ser militarizada, pues sus 3 hijos han estudiado en el Leoncio Prado (Pedro, Promoción LXVI, 1990 – 1992; Luis, Promoción LXIII, 1993 – 1995; y Rubén, Promoción LX, 2004 – 2006) y considera que todos resultaron ser jóvenes correctos, nada comparado a los que estudian en colegios civiles: «Ninguno tiene vicios y todo se lo debo a la disciplina que se enseña en el CMLP». De igual manera piensa Ana, madre de Edwin (Promoción LXIII, 1993 - 1995), quien tuvo problemas para educar a su hijo mayor y por eso al menor lo educó en esta institución, resaltando la gran diferencia que observa en ambos: «Edwin es el orgullo de la familia; inteligente, dedicado, responsable, lo que toda madre quiere de un hijo. Ahora es médico, y yo creo que no lo hubiera logrado sin la educación que tuvo». Para finalizar tenemos el testimonio de Estela, quien nos cuenta que proviene de una zona humilde de Lima y que en el barrio pobre en que vive, la mayoría de los jóvenes termina en pandillas o cometiendo delitos. Por eso a su único hijo hombre (José, Promoción LXIII, 2007- 2009) lo llevó al colegio militar. Recuerda que, cuando él retornaba a casa los fines de semana con su uniforme militar, era admirado por los vecinos, incluso sirvió de ejemplo ya que el año siguiente una familia del lugar decidió que su hijo también ingrese al CMLP. En la actualidad el joven termina sus estudios de ingeniería industrial. De todos los relatos referidos, podemos entender que los padres de los estudiantes mencionados buscaban lo mejor para sus hijos, entendido ello como lo más cercano a lo esperado por la sociedad. Por lo narrado, el cambio es realmente significativo, lográndose el objetivo y justificándose —para estos padres de familia— la forma dura en que fueron tratados los menores.

Luego de haber visto la mirada de los progenitores, es importante conocer la opinión de los ex-cadetes sobre cómo el CMLP es parte importante de su éxito social.

- Una primera opinión nos la da Enrique (Promoción XXIV, 1967- 1969) quien se siente muy agradecido con todo lo aprendido y vivido en el colegio militar, porque lo disciplinado y ordenado que es, siente que se lo debe a la institución. De igual manera piensa Daniel (Promoción XLII, 1986- 1988), pero agrega que estar encerrado le ayudó a reflexionar y apreciar su libertad para usarla de la

mejor manera; además, el hecho de estar aislado de sus seres queridos le enseñó a valorar a sus padres y familia, valores que no hubiera aprendido sin esos 3 años en el Leoncio Prado. Por otro lado, tenemos a Omar (Promoción XLVI, 1990- 1992) quien considera que las duras jornadas y las experiencias extremas vividas en la institución le enseñaron — más adelante — a enfrentar cualquier tipo de problemas porque aprendió a no rendirse por más difícil que puedan parecer. Una idea similar tiene José (Promoción LXVIII, 2012 - 2014) añadiendo en su percepción la importancia social que esta le brindó. Él proviene del populoso distrito de Villa el Salvador, entonces ser un cadete del colegio lo hizo sentirse diferente y mejor que los jóvenes de su barrio, pues se le enseñó a comportarse, a respetar a la autoridad, a ocupar su tiempo en deportes u otras actividades, salir adelante y ser mejor cada día.

Los testimonios me hacen notar lo plausible que es entender que los estudiantes del Leoncio Prado — tras concluir su aprendizaje — desarrollan una evaluación entre lo malo que vivieron y todo lo conseguido, llegando a la conclusión que la institución les dejó un gran número de herramientas para poder vivir en sociedad y afrontar todos los retos que se le presenten.

Para finalizar he seleccionado una lista de leonciopradinos destacados e ilustres quienes, desde sus testimonios o acciones, nos demuestran los efectos positivos — socialmente hablando — de haber seguido una educación militarizada.

- Primero mencionaremos a Duilio Poggi, joven cadete de la segunda promoción del colegio (1945) quien fue protagonista de una noticia trágica pues en una tarde del 28 de diciembre de 1946, fue asesinado por un delincuente al intentar defender a una pasajera dentro del tranvía de Lima (Sierralta, 1968, pp76 - 77); acontecimiento que impresionó a la sociedad por la juventud y valentía de la víctima, por ello fue llamado un mártir, un héroe, que al cumplir con el código de honor del cadete, sacrificó su vida demostrando los fuertes valores morales con los que había sido educado. La acción de este joven lo volvió muy famoso y ha sido tomado de ejemplo para entender ese espíritu que se espera que posea todos los cadetes del Leoncio Prado.
- Por otro lado, el Nobel Mario Vargas Llosa, quien sólo estuvo dos años en la institución (1950 – 1951), y de la cual ha escrito su célebre libro «La Ciudad y

los Perros», donde describe las experiencias —muchas de ellas traumáticas o criticables desde su opinión— vividas en el colegio. Sin embargo, en otro libro posterior titulado «El Pez en el Agua» dice que fue en el CMLP donde empezó su carrera como escritor, a la cual le debe su disciplina actual y conocer al Perú en su diversidad (2016, 129 -175), marcando claramente la influencia de esos años en su presente.

- De igual manera piensa el Ing. Luis Maezono Yamashita (Promoción XIV, 1957 – 1959) a quien pudimos entrevistar (Maezono, comunicación personal, 10 de junio del 2014) y que ha desempeñado el cargo de rector de la Universidad Agraria y miembro del Consejo Nacional de la Magistratura. Nos relata que ya por influencia familiar le venía una fuerte disciplina, pero el colegio le ayudó a ser más sociable y comprender la complejidad del país.
- De la misma opinión es Marco Miyashiro Arashiro (Promoción XXV, 1968 – 1970), parlamentario en el actual Congreso de la República y recordado por pertenecer al Grupo Especial de Inteligencia (GEIN), el cual capturó al líder terrorista Abimael Guzmán Reynoso. Él proviene de una familia donde la disciplina y el respeto eran habituales, su ingreso al colegio militar casi no le afectó; es más, declara incluso que ahí era más relajado y por eso le gustaba regresar luego de su descanso de los fines de semana. Sin embargo, siente que su estadía le ayudó a reconocer su vocación por la vida castrense (Tello, 2008, pp. 20 - 30).
- El destacado periodista César Hildebrandt (Promoción XIX, 1961 - 1963) cuenta: «si algo de carácter tengo, yo se lo debo entre otras cosas, a la herencia y al colegio militar (...) aquí no te perdonaban ninguna, y por eso yo en mi vida profesional difícilmente perdono (...), entre la educación aprendida por el colegio militar y la de los colegios actuales, incluida la de mis hijos, prefiero mil veces la del colegio militar» (Hildebrandt, 2010).
- No solo en la política hay leonciopradinos, también hay un buen número de personajes del cine y la televisión, como Ramón García (Promoción XXIII, 1966 - 1968) quien siendo un reconocido actor dice tener los mejores recuerdos de su juventud en esta institución, hizo grandes amigos y supo cómo «salir» de cualquier situación compleja (García, 2010). La misma idea tiene su colega Sergio Galliani (Promoción XXXVIII, 1982 - 1984) quien agradece al colegio haber desarrollado varias fortalezas: «el poder mental, el de saber que nunca

puedes decaer, en la vida las 24 horas del día debes estar alerta (...) es lo que yo siempre le voy agradecer» (Galliani, 2010).

Otros personalidades destacadas son Manuel Scorza; los diplomáticos Luis Marchand Stens, y Hernán Couturier; el futbolista Alberto “Toto” Terry; el atleta Miguel León Pizarro; los políticos Luis Alvarado, Luis Alva Castro y Guido Lombardi; los nadadores Gustavo Cesti Ackermann, Alfredo Deza, Carlos Garayar, Roberto Mac Lean, Ricardo Vega Llona; el cantante Gustavo “Hit” Moreno; el actor Roberto Moll, y la lista puede continuar, sin embargo, aquí no se pretende hablar de todos ellos, sino mostrar con algunos ejemplos, el nivel de reconocimiento a la educación brindada en el Leoncio Prado, ya que la mayoría concuerda que este les dio un conjunto de capacidades para enfrentar a la sociedad y no dejarse rendir por más compleja que sea una situación.

b) Efectos del proceso civilizatorio en el CMLP.

En los párrafos anteriores he descrito lo positivo y beneficioso de una educación secundaria con dirección militar, sin embargo, no todos los que estuvieron en sus claustros consideran que este fuera el mejor momento de sus vidas o le agradecen su presente, pues hay una minoría que piensa todo lo contrario.

- Ernesto (Promoción XXIV, 1967- 1969) recuerda con mucho dolor esos años cuando confiesa: «mis compañeros eran extremadamente crueles si demostrabas debilidad, las humillaciones eran constantes, no sabes cuantas veces maldecía a mis padres por haberme llevado ahí».
- Una visión similar expone Ángel (Promoción XLII, 1986- 1988) cuando indica que «fueron días duros, yo intenté acoplarme al estilo de vida del lugar, pero por más que lo intentaba siempre tenía días malos (...) no es un lugar que recomendaría».

Las duras condiciones a los que son sometidos llevaron incluso algunos a pensar en suicidio, ese el caso de Carlos (Promoción XLVIII, 1992 – 1994) quien tuvo varias experiencias de crueldad dentro de las cuadras: «no sólo eran los de quinto, también los de cuarto e incluso mis propios compañeros y los técnicos se burlaban de mí (...) ello me llevó a pensar varias veces en quitarme la vida (...) luego tuve que pasar por psiquiatras».

Como se observa, no necesariamente una vida disciplinada y donde se deba aprender —con violencia— a ser un hombre, puede ser beneficiosa para un ser humano. Las marcas terribles que pueden dejar en las mentes pueden durar por muchos años. El personaje de «El Esclavo», que describe Mario Vargas Llosa en su libro «La ciudad y los perros», sí existió en la realidad. Sergio Vilela (2011) en su investigación logró contactar con él, y nos relata lo siguiente de su breve conversación con Alberto Lynch (Promoción VII, 1950 – 1952), su verdadero nombre:

Su voz en el auricular era lejana, y por momentos, insegura. No cabía duda que no tenía la más mínima intención de hablar de su pasado, sino que, al parecer, esa sola idea lo perturbaba, percibí que el Leoncio Prado era para él una página cerrada que no quería volver a pasar (...) entendí que él no era de esos peruanos que viven en Estados Unidos extrañando su patria, cantando valsos, y comiendo unas imitaciones de ceviche. Parecía ser más bien de los que se van sabiendo, pase lo que pase, jamás volverán. Porque eso significa volver a ser el esclavo de una historia de la que se van huyendo. (pp.151 – 152)

Todos los mencionados tuvieron que resistir los 3 años de encierro en el colegio militar y sus vidas quedaron marcadas y no para bien. Sucumbieron a convivir con una ansiedad y bajo la noción de que pudieron vivir mejor esas épocas y, que si no fueran por sus familias y el Estado, ellos quizá hubieran tenido una mejor adolescencia. Ahora es importante señalar que no todos soportaron los 3 largos años en la institución, hubo algunos —cerca del 20 % de los ingresantes— que no los terminaron, porque pidieron su baja o retiro por diversos motivos, los que van desde ya no poder pagar las cuotas del colegio hasta ya no soportar más el maltrato y, por ende, pidiendo que los retirasen del plantel. De este último grupo es que hablaremos ahora:

- Alfredo (Promoción XXVIII, 1971) cuenta que las vejaciones recibidas fueron demasiadas, por eso les suplicó a sus padres para que lo «saquen de ese lugar».
- De igual forma ocurrió con Sandro (Promoción XXXVII, 1981) quien no logró adecuarse al sistema militar. Cree que ese año fue lo peor de su juventud.
- También podemos mencionar a Luis (Promoción XLVI, 1990) quien dice — después de estar 7 meses en colegio — que tuvo que pedir su salida, y una vez que lo logró sufría pesadillas y no podía dormir sin el pijama celeste que le obligaron a usar ahí. Sólo con varias sesiones con un psicólogo, pudo superarlo.

Hay otros casos donde su comportamiento e indisciplina hicieron que se produzca su expulsión del colegio, tal como ocurriera con Alfredo (Promoción XXLVII, 1991) quien sólo duró dos meses en la institución, su comportamiento rebelde y el constante quebrantamiento de las normas generó su salida. Similar caso el de Joel (Promoción LIII, 1997) quien fue dado de baja por escaparse del colegio o también llamado «tirar contra» en el mes de setiembre en su primer año. Como ellos, hay diversos casos de muchachos que se rebelan ante la autoridad y la disciplina constante, equivaliendo a una forma de resistencia a los intentos de modificación en su carácter, a volverlos uniformes y menos libres. Ellos son los que preocupan al Estado y la sociedad al no querer ser normalizados y, por lo tanto, son tratados de inferiores y subnormales. Además, el hecho de terminar el colegio no garantiza puedan ser buenos ciudadanos ya que existen varios casos de ex leonciopradinos que terminaron en las páginas policiales. El más resaltante es el de Fernando Zevallos (Promoción XXIX, 1972 – 1974) conocido con el alias de «El lunarejo» en el mundo del narcotráfico según las investigaciones policiales y fiscales sostenidos sobre su persona. Tuvo una aerolínea y otros negocios que le habrían servido para lavar el dinero ilícito de su actividad delictiva. En la actualidad purga prisión con una condena de 20 años (El Comercio, 11 de marzo 2016).

Al respecto es importante señalar el estudio de la psicóloga de la institución, María Meneses, quien comparó el juicio moral en un colegio militarizado con jóvenes de otros centros educativos que no tienen este régimen, llegando a la conclusión de no existir diferencias entre ambos grupos respecto a condenar los actos ilícitos (2005, pp. 126 - 128). Ello aporta un insumo fundamental para probar que no siempre una educación de encierro y en condiciones duras, puede generar un gran cambio en los jóvenes. Y justamente, bajo ese hallazgo, es posible inferir que el Leoncio Prado no necesariamente sirve para producir hombres útiles a la sociedad. Tanto los testimonios como otros indicativos revelan que en el CMLP se han registrado varias deficiencias en su proceso educativo, generándose incluso una doble moral aprendida de algunos militares y maestros, así como el uso excesivo de la violencia y la disciplina para el aprendizaje. O tal vez el modelo educativo planteado inicialmente en el Leoncio Prado ya agotó su máximo nivel de aporte, o quizá ya sea tiempo de buscar nuevos modelos de ciudadano y nuevas formas de educar que incluyan a las capacidades múltiples que se ha descubierto que los seres humanos poseemos en la actualidad.

Conclusiones

- En la presente tesis de maestría se ha analizado al encierro como un espacio social civilizatorio. Para ello, tomé el caso del histórico Colegio Militar Leoncio Prado, quien lleva formando por más de setenta años a miles de jóvenes de todo el país. Su permanencia en el tiempo y su éxito social se deben al ideal de ciudadano que el Estado Peruano difundió desde mediados del siglo XX, en un contexto donde la milicia vuelve a tener influencia y poder. Así, las cualidades de este grupo sirvieron para promover el nacionalismo, el orden, y la disciplina. Además, el prestigio de la institución no sólo se quedó en ideas estatales, sino que logró generar en los egresados del CMLP; hombres de éxito e ilustres que ayudaron a reconocer y darle gran aceptación a la dura educación militarizada.
- El encierro ha sido una herramienta, como se ha descrito en la tesis, usada por muchas civilizaciones — no sólo de occidente — para controlar, disciplinar, y castigar; además de educar. La lógica detrás de esta estrategia es lograr normalizar a las personas mediante el aislamiento en espacios cerrados, donde quienes estén en su interior deban seguir un conjunto de reglas estrictas para conseguir su disciplina y obediencia. Así después de un periodo de meses o años los individuos quedan moldeados según lo requerido por un determinado Estado o sociedad. Por ello su uso se le encuentra en diversos tipos de instituciones como los monasterios, cuarteles, cárceles, correccionales, centros educativos, entre otros. Lugares que la mayoría de veces logran sus objetivos como el CMLP, unidad de análisis de la presente investigación, donde se ha probado que un 80% de los entrevistados han conseguido éxito en la vida social luego de salir de sus claustros.
- El proceso de normalización y autocontrol de los adolescentes del CMLP se logra en el transcurrir de sus 3 años de instrucción y convivencia. En esta institución se les inculca el amor a la patria, la disciplina y el coraje. El primero de estos valores es muy importante porque los jóvenes pasan por un periodo de adaptación de dos meses encerrados sin poder tener contacto con el mundo

exterior, además mediante ceremonias se va marcando el progreso de su cambio. De este modo al ingresar se les da la bienvenida con un rito donde van vestidos de civiles y se despiden de sus familiares; acto seguido, se ponen el uniforme militar, les rapan el cabello, y ahora un conjunto de autoridades los empezarán a presionar con dureza, se les pone el apodo de «perro» para acostumbrarlos a ser fieles y obedientes, incluyendo el pasar por un conjunto de pruebas. Justamente una de las más difíciles es el llamado «bautizo» donde los estudiantes del cuarto o de quinto de secundaria los someten a actos de extrema violencia. La lógica de todo ello es que entiendan que están inmersos en un espacio distinto al que estaban acostumbrados; además, con la mortificación de su «yo», autoridades y jefes de sección logran la sumisión y obediencia de los nuevos cadetes. En el segundo año, cambiarán de sobrenombre por el de «chivo» y ahora —con una mayor experiencia— saben del funcionamiento de la institución y están preparados para desarrollarse en la vida militar y las autoridades lo creen así. Por esa razón la presión no es la misma que el año anterior, y por ende los adolescentes tendrán mayor libertad, siendo esta un beneficio que los lleva a una búsqueda interna de competencia constante y a construir una independencia basada en burlar a las autoridades e infringir normas sin ser descubiertos; así logran desarrollar un doble comportamiento — uno público y otro privado — en el primero obedecerán las normas y autoridades, y el segundo actúan con mayor libertad, pero infringiendo las reglas de la institución. Por último, en el tercer año, vuelven a cambiar de apelativo animal. Ahora son «vacas» a raíz de cómo estos animales son considerados en la India, y ahora les corresponde configurar un grupo que es respetado, además de tener cierta autoridad para manejar el colegio. Ellos son los encargados de continuar con las tradiciones y su sentido de la responsabilidad es mayor, además, este año al ser el último, genera en los cadetes un periodo de reflexión para saber qué harán con sus vidas en los siguientes años, e incluso varios de ellos pueden llegar a sentir al periodo vivido como uno de los mejores momentos de sus vidas, y que, a pesar de todas las malas experiencias, el resultado final consiguió que se constituyan como hombres de bien, útiles para la sociedad bajo su ideal de ciudadano.

- Las familias que confiaron la educación de sus hijos a una institución militar tan estricta como el CMLP, lo hicieron por diversas razones; como mejorar la conducta de los menores, alinear su carácter con lo aceptado por la sociedad, aislarlos de los problemas familiares, continuar con la tradición paterna, apoyar la vocación militar, e incluso buscar un ascenso social al ligar a sus hijos a una formación militar. Todas esas razones no están ligadas a los objetivos de creación del Colegio Militar, sin embargo, la imagen que proyecta a la sociedad, de una institución de rigor, disciplina y la formación de hombres de «bien» fueron la motivación para que se cree en el imaginario de muchos padres o apoderados la necesidad de internar a sus hijos para hacer de ellos hombres civilizados.

- El encierro afectó la personalidad de los jóvenes que estudiaron en el CMLP de distintas formas. En el primer año, periodo de adaptación y de duras pruebas, logró que la mayoría comprenda el uso de las normas y respeto de las autoridades. Además la fuerte presión sobre ellos los mantuvo en alerta constante y a desarrollar un carácter fuerte que les ayudó a superar distintos problemas tanto dentro como fuera de la institución. En el segundo año, ya aprendido el funcionamiento de la institución y al tener una menor presión de las autoridades, los jóvenes cadetes logran construir espacios de libertad en los momentos donde no esté una autoridad presente, así, saben comportarse de acuerdo al lugar y el grupo de personas con las que se interrelacionan, lo que en la investigación se ha llamado la formación de una doble moral. Sin embargo, durante el tercer y último año en la institución pasan por un periodo de reflexión en donde reconocen que todo lo vivido les ayudó a ser mejores personas, y comparándose con otros adolescentes de su edad, ellos consideran están mejores preparados para la vida social, lo cual hace se sientan orgullosos y superiores al resto de sus contemporáneos.

- Los egresados del colegio y sus familias consideran en forma mayoritaria haber alcanzado el éxito social gracias a la educación escolar impartida durante los 3 años de internado del Leoncio Prado. Sin la institución, asumen que no hubieran podido cambiar de carácter, conducta, no serían disciplinados, ordenados, y no

habrían adquirido el poder mental para no decaer ante las dificultades; manteniéndose siempre vigilantes ante la cambiante coyuntura. Esos valores son muy apreciados socialmente, por ello se enorgullecen y citan una identidad leonciopradina que les permite salir de los claustros y enfrentarse a la realidad de la vida civil sintiéndose lo suficientemente preparados para afrontar cualquier tipo de problema o dificultad. Los retos que se les proponen no los evitan, todo lo contrario, los afrontan y en la mayoría de los casos afirman lograr superarlos. En esta investigación se han presentado diversos testimonios que lo prueban, existiendo este carácter en egresados que ejercieron diferentes profesiones, como escritores, futbolistas, artistas, actores, periodistas, políticos, empresarios, militares y tantos otros que afirman haber conseguido éxito gracias a la educación militar del tipo encierro. Por otro lado, es importante resaltar que no en todos los casos una educación militarizada y de internado fue positiva, ya que en la presente investigación también se han encontrado casos (el 20% de los entrevistados) que confiesan no tener buenos recuerdos de su paso por los ambientes del Leoncio Prado, existiendo algunos que exclaman mucho dolor al pensar en esos años donde pasaron por diversas humillaciones y maltratos. Existen casos donde los jóvenes terminan odiando a los padres y la milicia, o piensan en el suicidio; algunos tuvieron que pasar por sesiones con psicólogos y psiquiatras, otros simplemente no quieren hablar del tema porque tocarlo los lleva a volver a recordar imágenes que desean olvidar definitivamente. Para estos entrevistados, pasar por los 3 años de normalización no necesariamente produce hombres de bien. Incluso, existen algunos casos de leonciopradinos que aparecen en las noticias policiales por haber cometido algún delito o falta grave. De este modo, una educación con férrea disciplina y duras condiciones no siempre resulta positiva para todos los seres humanos; es necesario analizar mejor el cómo se debe educar a los adolescentes en nuestro país, resultando útil el plantear la posibilidad de elaborar los marcos teóricos y estrategias pedagógicas para la formación de un nuevo ideal de ciudadano, laico, menos militarizado y más libre que contribuya a tener una sociedad menos oprimida y justa en base al diálogo como herramienta frente a la violencia.

ANEXOS

EL ENCIERRO COMO ESPACIO SOCIAL CIVILIZATORIO: EL CASO DEL COLEGIO MILITAR LEONCIO PRADO (1944 – 2014)

Entrevistas semiestructuradas

CUESTIONARIO DIRIGIDO A CADETES, EXCADETES, FAMILIARES Y AUTORIDADES DEL COLEGIO MILITAR LEONCIO PRADO

I. Objetivos de la entrevista semiestructurada

Recoger los diversos testimonios de personas vinculadas al Colegio Militar respecto a cinco temas: el proceso de normalización, educación, ascenso social, y civilidad.

II. Presentación

Le agradecemos que haya aceptado esta entrevista que tiene como objetivo recoger testimonios de personas vinculadas al Colegio Militar.

¿Podemos grabar esta entrevista?

(En el caso que acepte, agradecer. En el caso que no acepte, apagar la grabadora o el celular y tomar apuntes).

III. Información general

Variables de identificación	Información	Observaciones
Nombres y apellidos del/a entrevistado(a)		
Lugar de nacimiento		
Distrito donde reside actualmente		
Profesión y estudios realizados.		
Cuál es su vínculo con el CMLP.		

IV. Guía de preguntas

Variables	Preguntas
Conocimiento sobre el CMLP, y causas del ingreso a la institución.	¿Cómo conocieron sobre el CMLP, explique en qué contexto? ¿Qué impresión les causó la institución?
	¿Por qué decidieron que su hijo estudie en el CMLP? ¿Qué expectativas educativas tenían sobre el CMLP? ¿Conocen del trato a los estudiantes en su internamiento?

<p>Nota importante: Seleccionar las preguntas según el entrevistado (cadete, familiar, autoridad)</p>	<p>¿Cómo se decidió que estudiaría en el CMLP? ¿Cuál fue su reacción al conocer que estudiarías en el CMLP? ¿Por qué empezó a laborar en el CMLP?</p>
<p>Proceso de control y autocontrol</p>	<p>¿Puede explicar su proceso de admisión al CMLP? ¿Puede explicar su primer día en el CMLP? ¿Luego de su primera semana ¿qué fue lo que más le llamó la atención de su proceso de internamiento? En su primer mes en el colegio ¿Qué extrañaba de su vida civil? Es conocido por todos que a los nuevos cadetes les realizan un “bautizo” ¿nos puede contar su experiencia? ¿El CMLP tiene varias ceremonias ¿Cuál de ellas son para usted las más significativas, por qué? ¿Nos puede explicar su experiencia durante el primer año en el CMLP? ¿Nos puede explicar su experiencia durante el segundo año en el CMLP? ¿Nos puede explicar su experiencia durante el tercer año en el CMLP? ¿En algún momento se arrepintió de haber ingresado al CMLP, por qué? ¿Qué cambios notó en usted luego de su permanencia en el CMLP? ¿Puede contarnos alguna anécdota significativa vivida dentro del CMLP?</p>
<p>Ascenso social y civilidad.</p>	<p>¿Qué cambios notaron en su hijo luego de los primeros meses en el CMLP? ¿Creen que esos cambios son positivos, por qué? ¿Consideran fue buena la educación militar impartida a su hijo? Desde su experiencia como padre ¿Qué sería lo positivo y negativo del CMLP? ¿Recomendaría a otros padres para que eduquen a sus hijos en el CMLP, por qué? ¿Por qué una educación militarizada es buena para un menor?</p>

	<p>¿Puede mencionar 3 aspectos positivos y negativos de estudiar en el CMLP?</p> <p>Terminados los tres años de estudio ¿Qué sentimientos le dejó la experiencia de haber estudiado en el CMLP?</p> <p>¿Cuánto cree ha influido en su vida presente el CMLP?</p>
--	--

V. Cierre

Muchas gracias por su apoyo. Le consulto si desea que su nombre y apellido figure en la investigación o prefiere que utilicemos un código.

Nuevamente muchas gracias, su aporte es muy significativo para nuestra investigación, porque nos permite recuperar las voces y las memorias de los trabajadores de San Marcos.

ENTREVISTADOR:

José Smith Vásquez Mendoza

HIMNO DEL COLEGIO MILITAR LEONCIO PRADO¹²

Letra: Anaximandro Vega
Música: Monseñor Chávez Aguilar

CORO

¡LEONCIOPRADINO...!

Alto el pensamiento
como una bandera
encendida el alma
como azul hoguera
recio el corazón
hagámonos dignos
del nombre que lleva
nuestra institución

¡LEONCIOPRADINO...!

I

Leoncio Prado vivo y claro ejemplo
de virtud, altivez y decisión
sed el guía de nuestras ansias jóvenes
y el astro que les de valor y fé
Sean nuestros sus lauros hazañosos
el fulgor de su gloria inmarcesible
su encendido ideal de libertad
su patriótica unción, su lealtad

II

Abrasemos nuestra alma en los fervores
del amor al trabajo y al honor
volquemos las potencias de raza
lancemos al futuro nuestra voz
y veremos que en todos los confines
se yergue sólo el nombre del Perú
y para ello a luchar, fuerte a luchar
cadetes del Colegio Militar

¡LEONCIOPRADINO!

¹² Fuente: Historia del Colegio Militar Leoncio Prado, de Addhemar Sierralta, 1968.

VII. Fuentes primarias

- Archivo Colegio Militar Leoncio Prado: Cuadernos de matrícula (1944 – 2002)
- Anuario CMLP de la promoción XX, 1965 - 1967
- El Comercio (2016, marzo 11) <https://elcomercio.pe/lima/fernando-zevallos-piden-35-anos-carcel-lunarejo-168955>
- Revista digital Antorcha Leonciopradina.
<http://www.antorchaleonciopradina.com>

VIII. Referencias bibliográficas

Aguirre, C. (2000). *Delito, raza y cultura: el desarrollo de la criminología en el Perú (1890-1930)*. *Diálogos en historia*, 2: 179-206.

(2008) *Dénle duro que no siente: poder y transgresión en el Perú republicano*. Lima: AFINED.

Barrio, S. (1993). *Reflexiones sobre la masculinidad*. Pretestos. DESCO N°5. Lima.

Barrig, M. (1981). *Convivir, la pareja en la pobreza*. Lima: Mosca Azul editores.

Basadre J. (2005) *Historia de la república del Perú (1822 – 1933) Tomo II*. Lima: Editorial El Comercio.

Burga, M. y Macera, P. (2013). Colección Pensamiento Educativo Peruano. Vol. III: *Escuela de obediencia y memoria del inca, 1743-1818*. Lima: Derrama Magisterial.

Callirgos, J. (1998). *Sobre héroes y batallas, Los caminos de la identidad masculina*. Lima: DEMUS.

Casalino, C. (2006). *De los expósitos protegidos a los expósitos desprotegidos. La transición de la administración colonial al Estado republicano del Perú y sus*

efectos en grupos vulnerables. Publicado en el libro *Mujeres, familia y sociedad en la historia de América Latina, siglos XVIII-XXI*. Lima: PUCP.

Castro, C. (2013). Colección Pensamiento Educativo Peruano. Vol. VII: *Reconstruir y educar: tareas de la nación, 1855 – 1905*. Lima: Derrama Magisterial.

(2013) Colección Pensamiento Educativo Peruano. Vol. VIII: *Una educación para re- crear el país, 1905 – 1930*. Lima: Derrama Magisterial.

Cárdenas, L. (1997). *La Construcción de la Masculinidad en Sectores Populares: El caso de jóvenes cargadores de La Parada*. Lima: EuroPROFEM.

Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano*. Parte I. México DF: Universidad Iberoamericana.

Chocano, M. (2013) Colección Pensamiento Educativo Peruano. Vol. V: *Educación del ciudadano y disciplina social, 1827 - 1826*. Lima: Derrama Magisterial.

Chuhue, R. (2009) *Orfandad, asistencialismo y caridad cristiana en Lima Colonial. Historia de la Iglesia de Niños Huérfanos de Lima*. Revista del Archivo General de la Nación N° 27.

Collantes, A. (1993). *Historia de algunos hechos del Colegio Militar Leoncio Prado*. Lima: Editorial Monterrico.

COLEGIO MILITAR LEONCIO PRADO (1944). *Colegio Militar Leoncio Prado*. Callao: Editorial CMLP.

(1993) *El Colegio Militar Leoncio Prado, Bodas de oro*. Callao: Editorial CMLP.

Contreras, H. (2006) *Las milicias de pardos y morenos libres de Santiago de Chile en el Siglo XVIII, 1760 – 1800*. En cuadernos de Historia del Departamento de Ciencias Históricas. Santiago: Universidad de Chile.

Cotler, J. (1987) *Estado y Nación en el Perú*. Lima: IEP

- Descola, J. (1962). *La vida cotidiana en el Perú en los tiempos de los españoles 1710-1820*. Buenos Aires: Lib. Hachette S.A.
- Días, P. (1999). *El Colegio Guadalupe y la educación peruana*. Lima: Edit. Mantaro.
- Domínguez, F. (2009) *Infancia en internados: Historias, narrativas e itinerarios* (Tesis doctoral). Universidad de Alicante. Disponible en https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/14255/1/Tesis_Dominguez.pdf
- Elias, N. (2012) *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (3ª. ed.). México DF: FCE.
- Espinoza, W. (1997) *Los incas, economía, sociedad*. (5ª. ed.)Lima: AMARU Editores.
- Fernández, A. y otras. (1997) *La mujer en la conquista y la evangelización en el Perú*. Edit. FEPUCP.
- Foucault, M. (1979) *Microfísica del Poder*. Ediciones La Pirueta.
- (1986) *Historia de la locura en la época clásica, volúmenes I – II*. Edit. FCE.
- (2009) *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- Fuller, N. (1997). *Identidades masculinas*.Lima: PUCP
- García, R. (20, setiembre 2010) La ciudad y los perros, C. Cornelio[Reportajes].
Recuperado De <https://www.youtube.com/watch?v=gLtoSBAGY5U>
- Galliani, S. (20, setiembre 2010) La ciudad y los perros, C. Cornelio [Reportajes].
Recuperado De <https://www.youtube.com/watch?v=gLtoSBAGY5U>
- Gilmore, D. (1994) *Hacerse hombre, concepciones culturales de la masculinidad*.
Barcelona: Ediciones Paidós.
- Goffman, E. (2008) *Internados: Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrourto editores.

- Gomez, O. (1993) *El primer eslabón de oro*. Lima: Editorial Prisma.
- Hildebrandt, C. (28, febrero 2010) En la boca del chato, Hildebrandt rompe su silencio, H.Grossmann [Programa de televisión DIA D]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=nNO8mKFjxc8>
- Kimmel, M. (1992). *La producción Teórica sobre la masculinidad. Nuevos aportes*. Isis internacionales; México: Ediciones de las mujeres N°17.
- Lam, J. (2017, 4 de julio) CMLP: de Colegio Emblemático a Colegio de Alto Rendimiento. Gaceta Leonciopradina N° 272, Recuperado de <http://www.gacetaleonciopradina.com/?p=5027>.
- Lavrin, A. (1973) “*La riqueza de los conventos de monjas de Nueva España: Estructura y evolución durante el siglo XVIII*”. *Cahiers des Ameriques Latines*. N° 8, pp. 91-122.
- Lavrin, A. y Rosalía L. (2006) *Diálogos espirituales. Manuscritos femeninos Hispanoamericanos. Siglos XVI-XIX*. México, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2006
- Lavallé, B. (2005) *Miedo reverencial versus justo miedo: presiones familiares y vocación religiosa en Lima 1650 – 1700*. En Claudia Rosas (edit.). *El miedo en el Perú, siglo XVI al XX*. Lima: Edit. PUCP
- León, R.y Stahr M. (1995). *Yo actuaba como varón solamente*. Entrevistas a procesados por delito de violación. Lima: DEMUS.
- Matos, J. (1984) *Desborde popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980* . Lima: IEP.
- Melhus, M. (1993). *Una vergüenza para el honor, una vergüenza para el sufrimiento*.

Quito: Ediciones Abya-Yala.

Meneses, M. (2005) *Juicio moral en los adolescentes de un colegio militar y un colegio no militarizado*. Tesis de magister en Psicología, UNMSM.

Morante, F. (2009) *Menores infractores en instituciones de reforma, una mirada desde dentro*. Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS) N° 126 pp. 71 – 106.

Pacheco, J. (2012) *La vida en la penitenciaría de Lima (1868-1962)*. Lima; el blog Rincón de la Historia peruana. <http://historiadordelperu.blogspot.pe/>

Ragas, Jo. (2004) *El discreto encanto de la milicia. Ejército y sociedad en el Perú borbónico*. En *El Virrey Amat y su tiempo*. (Compiladores: Carlos Pardo Figueroa- Thays y Joseph Dager Alva) Lima: IRA.

Rodríguez, H. (2006) *La novena en décimas*. Lima: Bellido ediciones.

Rodríguez – Magariños, F. (2013) *Historia de las prisiones*. DIALNET.

Rostworowski, M. (1999) *Historia del Tahuantinsuyo*. Lima: IEP.

Romero, T. (1993) *Colegio Militar Leoncio Prado; Bodas de oro*. Lima: CMLP.

Ruiz, A. (1994) *Psiquiatras y locos*. Lima: Instituto Pasado y presente.

Salas, E. (1968) *Los Colegios Militares en la Educación Secundaria Peruana*. Tesis de Bachiller. Lima: PUCP

Sierralta, A. (1968) *Historia del Colegio Militar Leoncio Prado*. Callao: Imprenta CMLP.

Smith A. (2013) *Teoría de los sentimientos morales*. Madrid: Alianza Editorial

Sobrevilla, N. (2010) *Hermanos Compañeros y Amigos de sus mismos contrarios: las*

guerras de independencia en el Sur Andino 1805-1825. En Dossier, Las guerras frente a la crisis del orden colonial. Hispanoamérica. Historia Política. Lima: IEP.

Tauro, A. (2001) Enciclopedia Ilustrada del Perú. Tomo 11. Lima: Editorial Peisa.

Tauzin, I. (2008) *Las Cárceles Peruanas y su Ficcionalización: una imagen del Perú Contemporáneo*. Universidad de Bordeaux.

Tello, A. (2008) *El Policía Desconocido: Marco Miyashiro, la disciplina de un líder en la sombra*. Disponible en: <https://issuu.com/atellojusto/docs/atellojusto>

Urbano, H. (1999) *La Extirpación de la Idolatría en el Pirú ,1621*. Cuzco:Centro de estudio Regionales Bartolomé de las Casas (CBC).

Valdizan, H. (1918) *Los locos de La Colonia*. En Annales de Facultad de Medicina de Lima Vol. 1. UNMSM.

Stavenhagen, R. (1969) *Clases sociales en las sociedades agrarias, siglo XXI*. México: Siglo XXI.

Van Deusen, N. (1987)*Dentro del cerco de los muros: el recogimiento en la época colonial*. Lima: CENDOC-Mujer.

(1994)*Instituciones religiosas y seculares para mujeres en el siglo XVII en Lima*, en Clara García y Manuel Ramos (Coords.). *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*. México: CONDUMEX, pp. 65-86.

Vargas Llosa, M. (2001) *La Ciudad y los perros*. PEISA.

(2016) *El Pez En EL Agua*. Lima: Alfaguara.

Velásquez, D. (2013) *La reforma militar y el gobierno de Nicolás de Piérola el Ejército moderno y la construcción del Estado Peruano(tesis de maestría)*. UNMSM , Lima, Perú.

Vilela, S. (2011). *EL cadete Vargas Llosa*. Jaén: Alcalá Grupo , editorial.

Villacorta, A. (1956) *Breve historia del Colegio Militar Leoncio Prado*. La Perla:
Editorial CMLP.